Mundo Argentino

ENERO 24 de 1934
20 centavos
en toda la República

EN ESTE NUMERO:

El Sargento BERMÚDEZ

relato de la guerra del Chaco, por

AUGUSTO ALBERTO CANSTATT

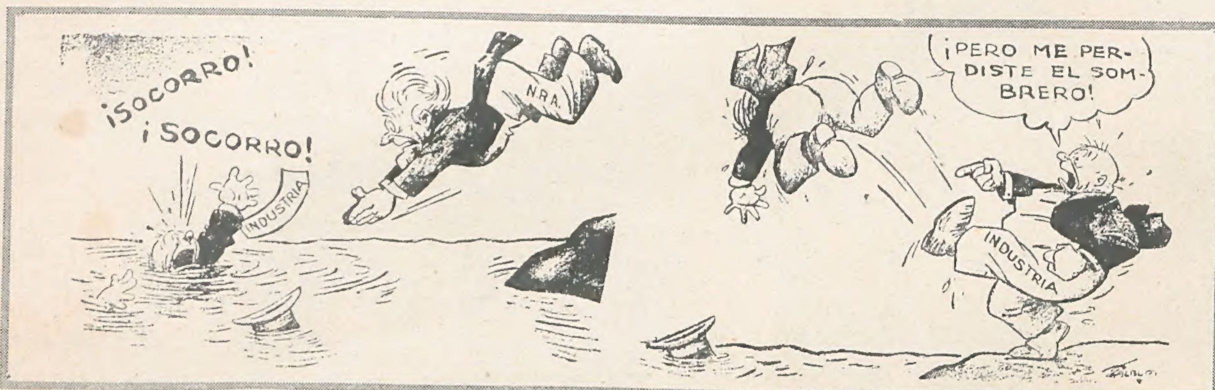
El ESPEJO de la OPINION PUBLICA en el PAIS y en el EXTRANJERO



1 **REPUBLICA ARGENTINA**
Lo que veremos si llega a cundir el ejemplo.



2 **EL EXTREMO ORIENTE**
—¡Ojo al Oriente, caballeros!
(De "Glasgow Bulletin")



3 **ESTADOS UNIDOS**
No hay comedido que salga bien.
(De "Washington Daily News")



4 **LOS ARMAMENTOS**
—No me envidien. Todos tenemos que apretarnos la cintura. Ahora yo por dentro y ustedes por fuera.
(De "Daily Herald")

El BALANCE de la POLITICA MUNDIAL

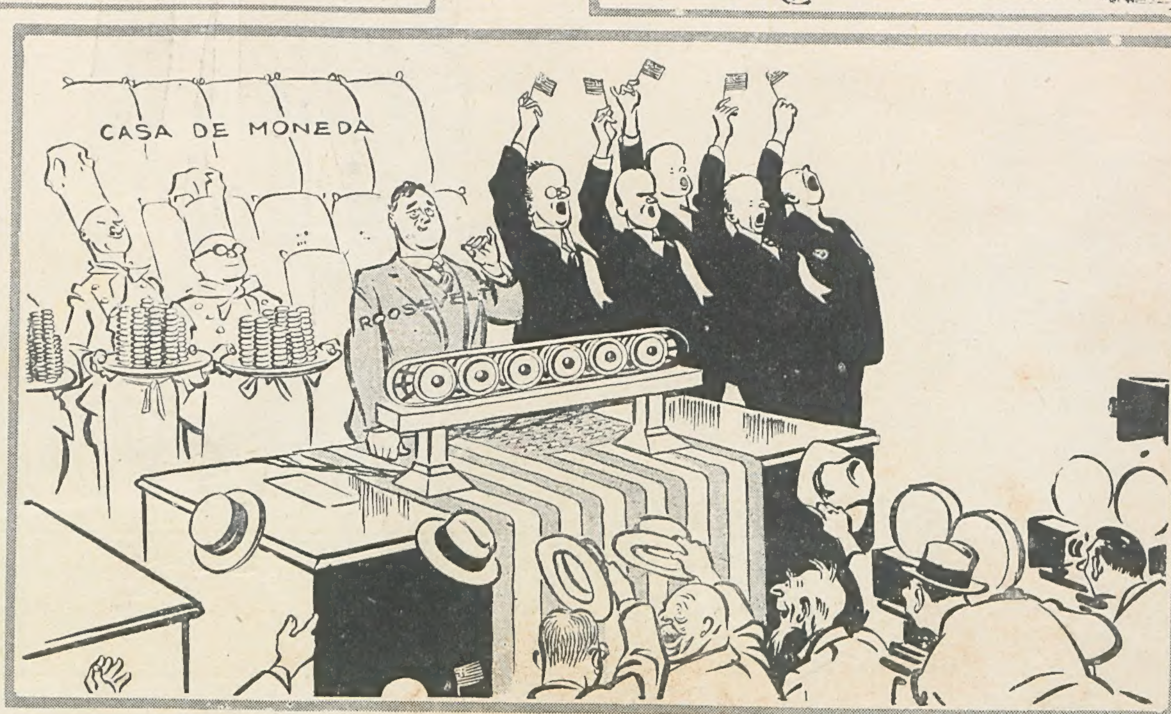
(1) Si el ejemplo de la provincia de San Juan, donde existen papeles llamados "debentures", a los que se ha dado el valor de moneda corriente, llega a cundir en el país, **todo ciudadano se sentirá con el derecho de fabricar su propio dinero.**

(2) **La creciente preponderancia japonesa en Extremo Oriente es vista en ciertos círculos europeos con suma desconfianza,** tanto en lo que concierne a la competencia económica como a la situación política repleta de amenazas para la paz del mundo.

(3) Los recientes ataques de los grandes industriales al Plan Roosevelt, llegando después que se han dejado sentir los primeros efectos benéficos de la acción federal, son interpretados por los partidarios del presidente como **una reacción egoísta de parte de los beneficiarios al sentirse salvos de la inminente catástrofe en que hubieron de perecer.**

(4) La era actual ofrece el inquietante espectáculo de **la miseria y el hambre que padecen los millones de desocupados frente a fantásticas erogaciones para mantener las fuerzas armadas,** que insumen, sin duda, una gran parte de toda la riqueza mundial.

(5) Esta caricatura sugiere que el presidente Roosevelt, para afrontar el enorme déficit en el presupuesto de la Unión, se habría propuesto lanzarse al inflacionismo sin restricciones, **cosa que se ha desmentido aparentemente al proponer éste la contratación de un empréstito para mantener el equilibrio fiscal.**



5 **LA INFLACION**
Se adelanta que Roosevelt resolverá los problemas de la crisis emitiendo mil millones de dólares comestibles.
(De "Evening Standard")



Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES

EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: RÍO DE JANEIRO 300 - U. T. 60, CAB. 1020 AL 1029

FUNDADOR ALBERTO M. HAYNES



AÑO XXIV — BUENOS AIRES, ENERO 24 DE 1934 — Nº 1201

Debe ELIMINARSE de la UNIVERSIDAD la POLITICA

Entre los viejos defectos de nuestra democracia hay que señalar como uno de los más graves el de las actividades políticas que se desarrollan en el seno de sus aulas. Este mal endémico debe extirparse cuanto antes. Los estudiantes no necesitan políticos, sino competentes maestros que los guíen por el camino del saber, sin contagiarlos con malsanas pasiones o ideologías extremistas, que nada tienen de común con la función docente.

El gobierno nacional, según era de esperarse, consecuente con las averiguaciones promovidas después de los sucesos del 29 de diciembre, resolvió intervenir la Universidad del Litoral. "No obstante el respeto a la autonomía universitaria", decía el decreto, significando con ello la violenta, pero indispensable mortificación que la tal medida comporta, para un principio consagrado de antiguo entre nosotros. Lo que se procura es que aquella casa de estudios "responda a los fines científicos, sociales y docentes que deben justificar su existencia", vale decir, restablecer una jerarquía ultrajada por las pasiones políticas y depurar una atmósfera viciada por la mala conducta de quienes han abandonado el acento de los verdaderos maestros.

Con todo no tendría esta intervención otras proporciones que las de un episodio local, enérgicamente sofocado, si no se supiera que la aludida no es la única universidad argentina que aparece trabajada por esta fuerza desquiciadora de la política. De aquí la importancia que el problema reviste para el futuro del país y la consiguiente justificación de este comentario.

No es que nos alarme la filiación política, notoriamente identificada de tales o cuales profesores universitarios, sino que se sabe que hay en el país facultades izquierdistas y facultades nacionalistas, donde se hace tanta o más política activa que en cualquier comité de provincias, con la suficiencia y la desenvoltura que provienen de sentirse amparados por la contemplada autonomía que invocábamos.

Se sabe que los alumnos se embanderan, que hay apellidos que se resisten por su origen, y catedráticos que hacen prosélitos. Todos los "ismos" de los sistemas políticos en boga se han introducido en las aulas, en perjuicio de la cultura técnica y filosófica, cuyos intereses, en suma, se posponen o se olvidan.

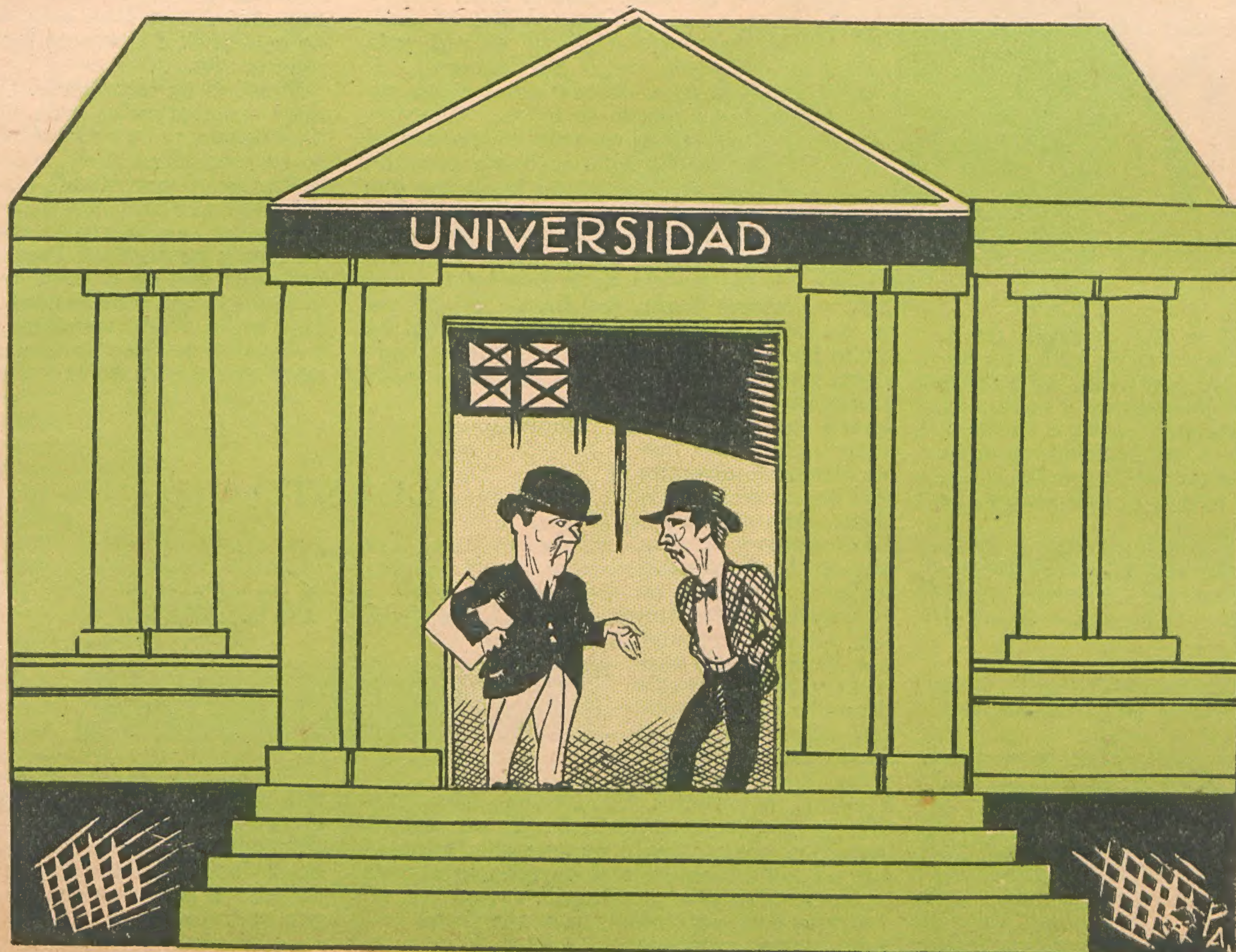
Con el pretexto de que la universidad debe ser activa se la convierte en teatro de estúpidos enconos electorales y de agitados proyectos. Para que no se fosilice la dividen, la embanderan y, en difinitiva, la disminuyen.

Aflige este fenómeno por la confusión de ideales que apareja, tanto más si se piensa que no es un fenómeno reducido a nuestras fronteras, y por lo mismo difícil de atenuar.

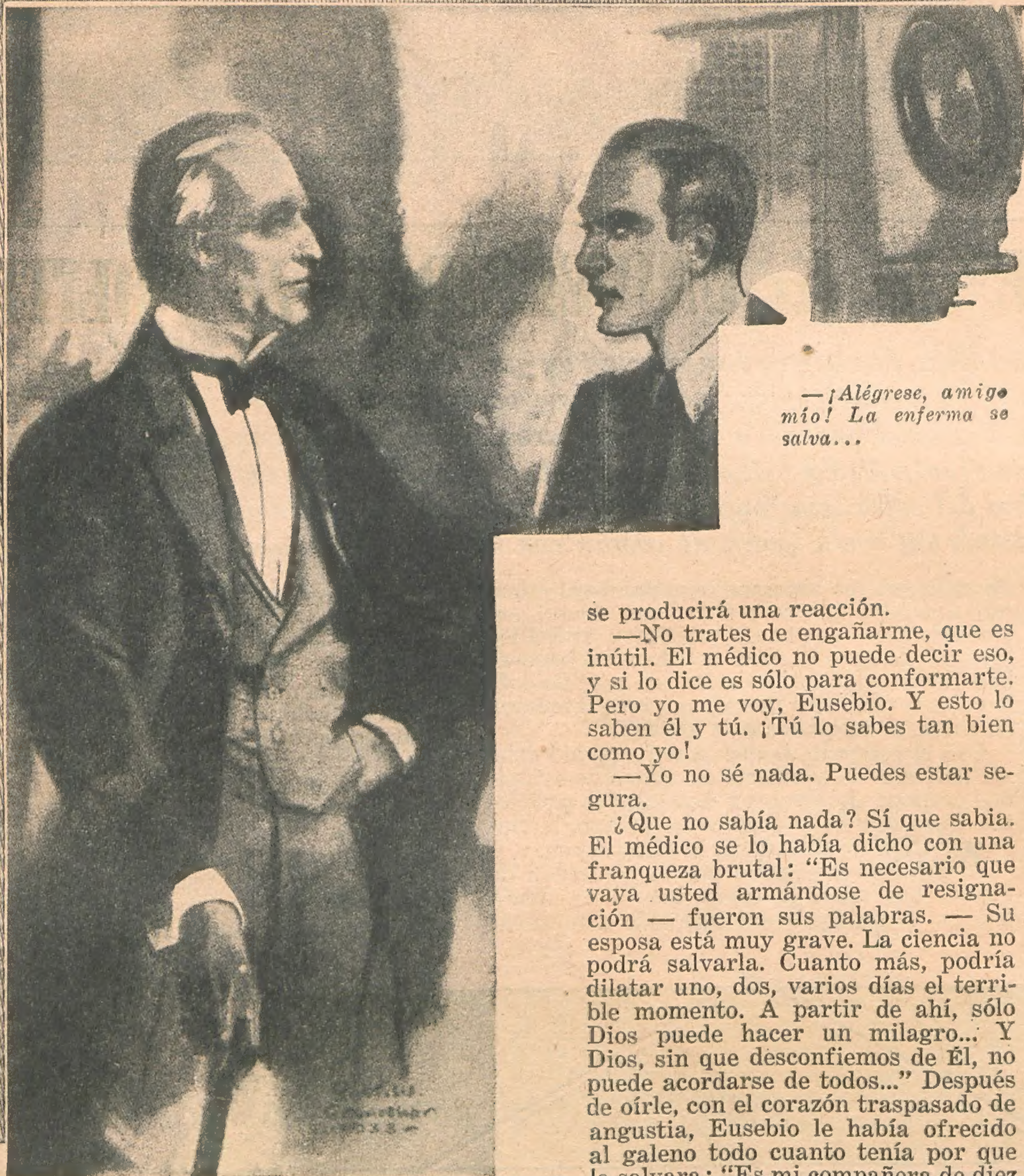
La "Universidad política" puede tener su razón de ser bajo ciertos regímenes, cuando justamente viene de afuera la causa perturbadora de su fecundo desenvolvimiento. Pero ¿por qué ha de serlo entre nosotros, en un momento en que las instituciones tradicionales de la Constitución aparecen más defendidas que nunca? Se puede hasta reconocerle a la universidad que tenga el derecho de resistirse ante un poder avasallador que pretenda sojuzgarla o aniquilarla, pero lo que no se puede es admitir que se convierta por su cuenta en tribunal de disolución y desorden.

Pocas veces ha aparecido la juventud tan necesitada de serenos y sabios maestros, que la estimulen y la orienten, como en el momento actual. No es una frase, sino una conclusión estremecida y veraz. La conclusión que fluye espontáneamente al comprobar que están las cátedras pobladas por hombres que sacrifican lo mejor de su tiempo y de sus desvelos a actividades electorales ajenas al destino de las aulas.

Insistimos en que la universidad intervenida no es una excepción en el país. Además, por análogas razones, tan vituperable es un "ismo" como otro, venga de la izquierda o de la derecha, cuando se le enarbola para prosperar en el campo de las especulaciones electorales o en el otro más insensato del motín cómplice. La universidad no debe ser confundida con el agitado comité. Casa de estudio y no semillero de intrigas políticas debe ser, pues de lo contrario se desvirtúa su función técnica.



EL PROFESOR. — Hice política para llegar a la universidad.
EL AMIGO. — ¿Y ahora?
EL PROFESOR. — Como hacía política, me echaron de la universidad.



—¡Alégrese, amigo mío! La enferma se salva...

Frente a la fatalidad, y temeroso del porvenir, el pobre hombre, acongojado, se pregunta:

CUENTO

Por

ELENA S. MUÑOZ

SINTIÉNDOSE a las puertas de la muerte, Jacinta Arajús ardía en deseos de libertar su corazón del terrible dogal que se lo oprimía. Con la voz temblorosa, sin timbre casi, llamó a su marido y lo hizo sentarse a su lado. En seguida, con su mano huesosa abrasada por la fiebre, le tomó una de sus manos y, entornando los ojos, musitó:

—Es doloroso lo que quiero decirte, Eusebio, pero ¿a qué andar con engaños? Dentro de poco nos separaremos para siempre..., para no volver a vernos por los siglos de los siglos...

Eusebio se sacudió, nervioso:

—¡No digas eso, Jacinta! — le atajó, lleno de emoción. — ¿Es que te propones martirizarme?

—¿Matirizarte?... ¡Ah, bien sabe Dios que no, Eusebio! No sólo se lo he oído decir al médico, sino que yo misma me doy cuenta de que me voy sin remedio...

—¿Y si yo te dijera que te equivocas, Jacinta? El médico no ha dicho tal cosa. ¡Al contrario. Él tiene fe, una gran fe; cree que se producirá una reacción.

—No trates de engañarme, que es inútil. El médico no puede decir eso, y si lo dice es sólo para conformarte. Pero yo me voy, Eusebio. Y esto lo saben él y tú. ¡Tú lo sabes tan bien como yo!

—Yo no sé nada. Puedes estar segura.

¿Que no sabía nada? Sí que sabia. El médico se lo había dicho con una franqueza brutal: "Es necesario que vaya usted armándose de resignación — fueron sus palabras. — Su esposa está muy grave. La ciencia no podrá salvarla. Cuanto más, podría dilatar uno, dos, varios días el terrible momento. A partir de ahí, sólo Dios puede hacer un milagro... Y Dios, sin que desconfiemos de Él, no puede acordarse de todos..." Después de oírle, con el corazón traspasado de angustia, Eusebio le había ofrecido al galeno todo cuanto tenía por que la salvara: "Es mi compañera de diez años, doctor — le había dicho. — Ha sido siempre buena para conmigo; me ha querido. Se lo debo todo..., en primer lugar, las horas felices que me ha hecho pasar. Ella, en una ocasión, ha hecho por mí tanto o más de lo que yo hago ahora por ella. Estuve cierta vez enfermo de gravedad. El mal me postró en el lecho por espacio de varios meses. Durante ellos, no sólo me cuidó ella, solícita, sino que, además, sostuvo la casa con su trabajo: un trabajo abnegado en un registro. Esto, doctor, no se paga más que devolviéndole ahora la vida; ahora que la acecha la muerte de tan cerca." Pero el doctor no le prometió nada. Se encogió de hombros, impotente: "Será lo que Dios quiera", se limitó a contestarle. Y así habían llegado a ese momento en que ella, agotada por los sufrimientos, casi deseaba la muerte para substraerse a su calvario.

Oprimiendo débilmente la mano de su marido, Jacinta continuó:

—Perdóname que insista en mi tema de que me voy sin remedio. Más aún, convénceme de que es así, para darme valor. Porque yo no quisiera irme de tu lado sin decirte un secreto que me quema las entrañas, y que sólo la seguridad de la muerte puede darme alientos para decírtelo.

Eusebio le clavó los ojos, asombrado. Se inclinó sobre ella para mirar los suyos, que no fueron capaces de sostener su mirada:

—¿Que tú tienes un secreto para conmigo? — exclamó. — ¡No es posible!

Movió ella la cabeza, y afirmó:

—Es así, Eusebio. Tengo un secreto, que no quisiera por nada del mundo llevarme a la tumba. Me perdones tú o no me perdones, mi muerte no será ya tan angustiosa.

—¡Qué secreto es ese! — rugió él, sacudiéndola por los hombros.

—No te violentes, Eusebio. ¿Qué ganarás con ello? Nada. Peor aún. Me darás miedo, y no te lo diré. Y entonces tendrás este torcedor toda la vida...

Trató él de contenerse. Comprendió que en tales circunstancias toda violencia sería inútil. Además, no la creía culpable de nada. Acaso su secreto no fuera más que una tontería de mujer. Y aun siendo algo grave, ¿qué iba a hacer? ¿Echarle las manos al cuello y acabar antes con su vida? ¿Maldecirla? ¿Abandonarla a su destino? Por fortuna para él, no ignoraba que en la hora de la muerte se les perdona a los moribundos todo el daño que han hecho. Pero, asimismo, no creía que ella le hubiera hecho el menor daño. Moderó sus ademanes y endulzó la voz lo más posible:

—Si es necesario que me digas ese secreto, si diciéndomelo se desahoga tu corazón, estoy pronto a escucharte. Pero si no es así, si pudieras librarme de un gran dolor, entonces cállalo.

—El caso es — dijo ella — que es una necesidad moral para mí decírtelo y que, desgraciadamente, a ti tendrá que dolerte mucho.

De buena gana la hubiera obligado a callar; pero tuvo más miedo del mal que iba a hacerle a ella que del que ella podía causarle a él; y le instó a que hablara. Y Jacinta habló así, quedamente, libertando poco a poco su corazón del terrible dogal que se lo oprimía:

—Tú siempre has creído en mí, Eusebio, ¡siempre!..., al punto de haber jurado que en el mundo no hubo ni habrá una mujer más honrada que yo. Sin embargo...

¿Y ahora?...



Ella, con el pensamiento ausente, desvariando, esperaba su perdón.

—Es que... ¿no lo eres?

Jacinta movió la cabeza negativamente:

—No. Te he sido desleal. Quiero que lo sepas, aunque me maldigas. Aun maldecida y despreciada por ti, moriré tranquila. Y es porque Dios sabe muy bien que si he sido mala, no lo he sido por vicio, ni por ignorancia, sino por... necesidad.

—¡Es posible!

—Fué cuando tú estuviste tan mal. Necesitaba traer dinero a casa con que pagar los remedios, y el alquiler, y el sustento diario. Y en ninguna parte querían darme trabajo. ¡Es muy mala la gente, Eusebio! ¡Es muy mala!

—Entonces... ¿no ibas a un registro de la calle Victoria?

—No. Era una mentira, Eusebio; una mentira mía, pero piadosa. De conocer la procedencia del dinero, tú, que siempre has sido tan mirado, tan celoso de tu nombre, no habrías aceptado los remedios que te salvaron..., y yo te hubiera perdido. Te hubiera perdido para siempre, y me hubiera quedado en la calle, atada a mi vida miserable. En cambio, te curaste, reconquistaste tu empleo, tu antigua posición, y seguimos viviendo, tan felices como antes, sin que la más leve sombra empañase el cielo de nuestro amor. No obstante, Eusebio, a pesar de la sonrisa de mis labios, mi corazón vivió siempre torturado por el recuerdo de mi pecado imperdonable.

Hubo un momento de silencio. Eusebio, con los ojos entornados y los labios contraídos, no osó dirigirle una palabra de disculpa ni de reproche. Jacinta continuó, con la voz apagada y temblorosa de lágrimas.

—No sé si lo que yo hice entonces merece tu condenación. El hecho en sí es abominable; lo reconozco, pero en el fondo no puede ser más humano, Eusebio. Cada uno se defiende en la vida con las armas que posee. El panadero, amasando harina; el chacarero, labrando la tierra; el sabio, robando a la naturaleza sus secretos... Yo, ¿con qué armas iba yo a defenderme si no sé hacer nada? Y yo entonces deseaba vivamente hacer algo por ti: ¡salvarte! Era mi obligación, Eusebio! Para mí, que no he conocido jamás las venturas de la maternidad, tú eras algo así como un hijo muy querido. Cuidándote, sacrificándome por ti, yo no era otra cosa que una madre verdadera. ¿Y hay alguien que le pida cuentas a una madre de cómo ha salvado la vida de su hijo, en inminente peligro? ¿Hay, tampoco, quien sea capaz de censurar su sacrificio, cualquiera que éste sea? Pero no creas, Eusebio, que te digo todo esto para mover tu corazón a la piedad. ¡No! No pido que me perdones, si he pecado, pero sí quiero que sepas por qué te he deshonrado.

Torturado por la inesperada revelación, Eusebio sentía un vivo dolor en las sienes. Le parecía que le iban a estallar. Nunca se le había ocurrido pensar que su Jacinta, tan seria, tan firme, hubiera llegado a ese extremo. Pero lo había hecho por salvarle a él la vida, y esto le desarmaba. No podía negarle su perdón en aquella hora, tan cercana a la muerte. Sería la mayor crueldad. Le daría la gran satisfacción de que se fuera de esta vida, feliz, con la conciencia tranquila.

Tanto él como ella guardaron un momento de silencio. Mientras ella, con el pensamiento ausente, desvariando, esperaba su perdón, él siguió meditando. Dejó volar su imaginación al pasado: a aquellos días inolvidables de su enfermedad, en que ella tuvo que sacrificar su más preciado tesoro por salvarle. Y pensó, lleno de angustia, que si ella en aquellos trágicos momentos le hubiera pedido permiso para consumar el sacrificio, se lo habría negado rotundamente, firmente, y se hubiera dejado morir digno y orgulloso.

"Si esta revelación me la hubiera hecho en otro momento de su vida —siguió pensando, —y no en este, angustioso, de su muerte, no la hubiera perdonado. ¡No; no hubiera podido perdonarla! Pero en esta hora, hora de prueba, ¿cómo negárselo? La historia registra infinitos casos de perdón. Hombres más firmes que yo no han podido substraerse a este piadoso sentimiento frente a un moribundo."

Y fué así cómo, besándola, le susurró:

—¡Muere tranquila, Jacinta de mi vida. ¡Te perdono! ¡Te perdono con toda el alma!...

Qué fué aquello? ¿Milagro de la ciencia, milagro del cielo?... Una reacción súbita en el estado de la enferma hizo que poco a poco fuera retornando a la vida.

Cuando el médico, jubiloso, le dijo a Eusebio, estrechándole fuertemente la mano: —"¡Alégrese, amigo mío! ¡La enferma se salva!", Eusebio se sintió profundamente sacudido, y no pudo menos que elevar los ojos y los puños al cielo, traspasado de dolor:

—Después de haberme abierto ella su corazón, destrozando el mío, ¿por qué la salvas, Señor!... Y ahora... ¿qué será ahora de nosotros?...

FIN

UN VIAJE AL
DE LOS SETECIENTOS TREINTA Y
GANAR A LA RULETA,

Finalizan con esta nota las interesantes observaciones de nuestro colaborador, el conocido periodista Alejandro Sux, hechas en la ruleta de Montecarlo. Ante los ojos de nuestros lectores ha desfilado, desnudo de todo oropel, el verdadero gran casino de los relatos fantásticos, de las fortunas evaporadas y de los suicidios espectaculares. Todo eso ha quedado reducido a la simple verdad. Y la simple verdad es esta que ahora concluye aquí, entre un monótono rumor de fichas y de palabras siempre iguales.

De manera que a usted le han dicho que existen subterráneos lóbregos en los cuales se esconde a los suicidas, invariablemente enterrados durante la noche? Esos subterráneos existen y unen el Gran Casino con el Sporting Club, el Hotel de París y el Hermitage, todos pertenecientes a la misma "Sociedad de Baños de Mar y del Círculo de Extranjeros en Mónaco", pero no son lóbregos ni se destinan a tan fúnebre empleo; son verdaderas avenidas bajo tierra, y se utilizan por damas y caballeros durante el invierno, para ir de los hoteles a las salas de juego, sin menoscabo de tocados y personas.

¿Que en los sótanos del casino se alinean ataúdes de pino ennegrecido, destinados a las víctimas de la ruleta que se hacen saltar la tapa del cráneo? En ellos se alinean mesas de juego en construcción o compostura, material de toda especie..., ¡y nada más!

¿Que a los que pierden hasta el último centavo, pero no la cabeza, el Casino les paga el hotel, viaje, etc., etcétera? En casos muy excepcionales y después de larga y minuciosa encuesta, la administración consiente en adelantar al arruinado, y sólo a título de préstamo, un billete de ferrocarril hasta cualquier frontera de Francia. Si ese préstamo no es devuelto, el favorecido no puede volver al Casino.

CASINO DE MONTE CARLO
~~Jaunelut~~
Carte exceptionnelle
délivrée
à Mr Sux alexandre
Pour visiter les Salons Privés
Valable pour la journée 4 Sept. 1933
M. Lamotte
CASINO DE MONTE-CARLO
Spécial

Carnet de entrada que le fué otorgado a nuestro colaborador para visitar los salones privados del casino, a objeto de escribir estas notas.

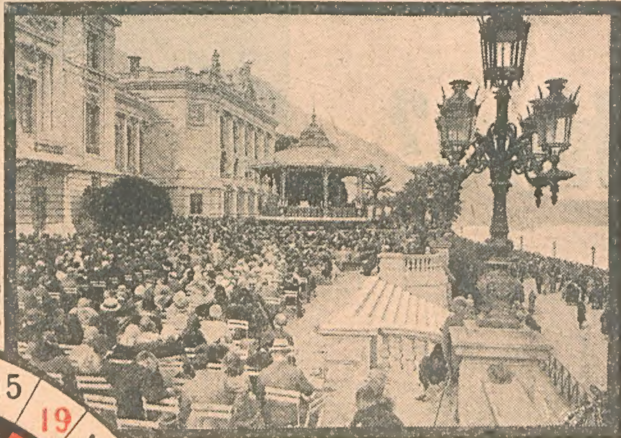
¿Que hay "croupiers" tan diestros en el manejo de la bola de marfil y la rueda enumerada de la ruleta, que para ellos es fácil hacerla caer en el número deseado? La señora Emma Levertine, periodista noruega, afirmó delante mío a un comisario del Casino, lo que a usted le han dicho. El comisario nos citó para el otro día a las nueve de la mañana, hora en la cual, empleados especiales armados de niveles y compases, controlan mesa por mesa y ruleta por ruleta, dejando constancia escrita del exacto equilibrio y perfecta regularidad de las circunferencias de unas y otras. Acudimos. Hizo llamar a un viejo corso, "bouleur" con más de veinte años de práctica, y le dijo:

—Tire la bola de manera que caiga en el número cero. Cada vez que lo logre hay mil francos para usted; dispone de cincuenta jugadas.

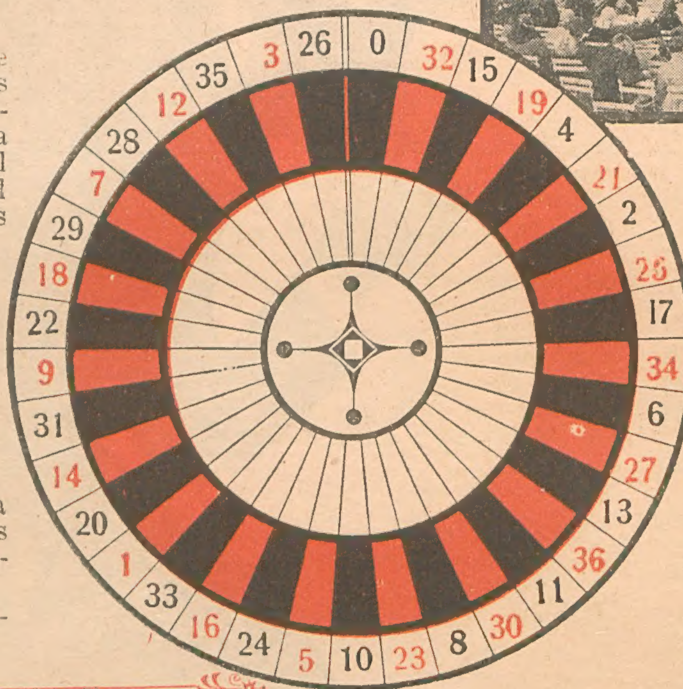
El "croupier" lo miró con extrañeza, nos observó con un poco de recelo y empezó. Una, dos, tres, cuatro..., ¡hasta cincuenta! La bola no cayó jamás, no sólo en el cero, pero ni siquiera en los números vecinos: 26, 32, 3 ó 15.

—¡Claro! — exclamaba después la señora Levertine, — el hombre fué prevenido.

Yo creo que tal maestría es humanamente imposible, pero sí observé que cada "bouleur" produce un juego distinto, hasta el punto que algunos viejos jugadores se abstienen de apostar cuando tal o cual "bouleur" maneja la ruleta. ¿Superstición? No, realidad. Ello obedece, evidentemente, al impulso, al "efecto" que imprime cada uno al lanzar la esfera de marfil contra la pared circular de la ruleta; pero de eso a aceptar que sea posible hacerla caer en tal o cuál número, hay inmensa diferencia.



Mientras en los salones de juego las máquinas diabólicas torturan a los condenados voluntarios, fuera, bajo un cielo azul como la inocencia, las orquestas apagan con notas dulces el ruido de los rastrillos sobre los tapetes verdes de la ruleta y del 30 y 40, y una multitud elegante espera la aparición del maestro César Scotts y de sus 60 músicos para deleitarse.



La ruleta de Montecarlo, en cuyo círculo se ha fundido más de una fortuna y se ha realizado más de una ilusión.

¿Que le relataron cierta hazaña de este género, ocurrida el mes pasado en la ruleta número 14, lo que provocó el enriquecimiento rápido de un "bouleur" y de un jugador, trabajando de común acuerdo? La hazaña es real, pero, según mis informes, ocurrió de modo mucho más explicable. Resulta que los empleados de una mesa, en connivencia con un jugador, aceptaban apuestas de éste cuando ya la bola estaba en el número. Ello costó la expulsión a los ocho empleados y al jugador. La administración cree que la tal "combinación" no le costó más de 200.000 francos, pues los inspectores secretos la descubrieron muy pronto.

¿Le aseguraron que la administración de Montecarlo impide la entrada al Casino a todos aquellos que poseen una martingala productiva? Pero, ¿no le aseguraron, también, que el hermano del general Nóbile, por ejemplo, acaba de ganarse en Montecarlo Beach, 800.000 francos en una mesa de treinta y



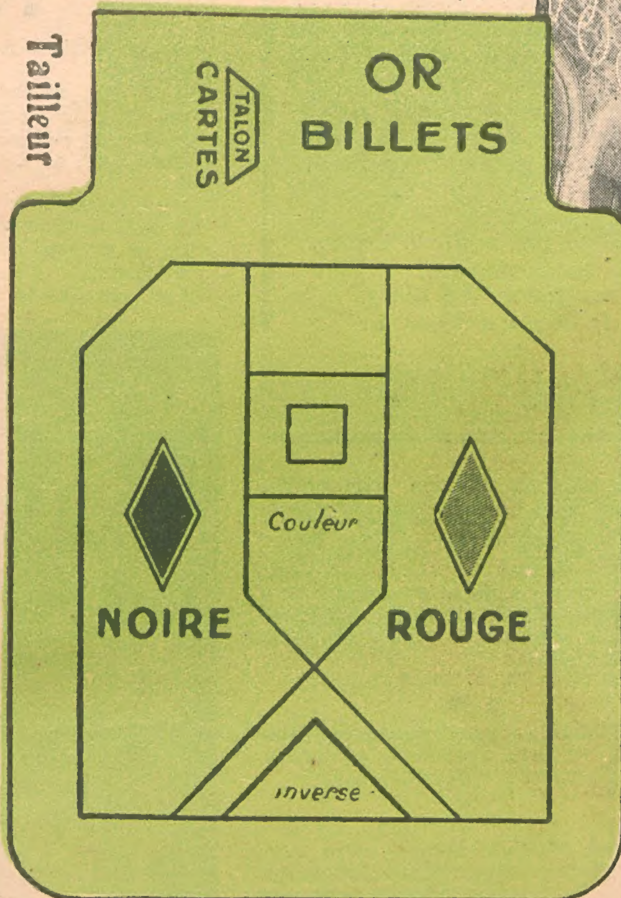
Y mientras unos ríen y otros se desesperan, el rastrillo va y viene sobre el tapete pletórico de fichas, de sueños y de amarguras arrasando todo lo que encuentra.

PAIS DEL AZAR

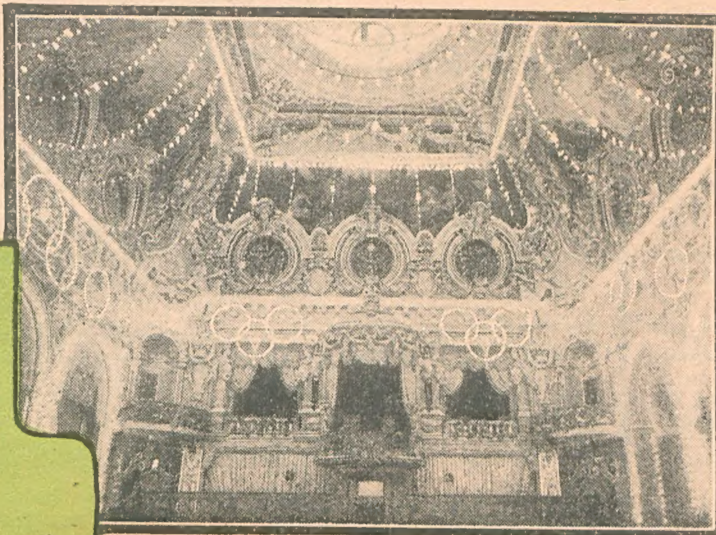
TRES SISTEMAS EXACTOS PARA SOLO VALE UNO: NO JUGAR

Por ALEANDRO SUX

cuarenta? ¿Y que ese industrial italiano con cara de loco se ha llevado más de un millón el año pasado, y éste se está llevando otro tanto? ¿No le han dicho que un grupo de yanquis millonarios se empeñaron en hacer saltar la ruleta y que lo consiguieron en siete días? De esos yanquis dicen que emplearon el beneficio en costear la edificación de un hospital para niños débiles... Ese hospital no existe. ¿Qué es verdad y qué mentira en todo esto? Oficialmente se me asegura que un austríaco ganó la semana pasada 700.000 francos en un día; que un inglés se llevó medio millón ganado en tres; que una dama española estuvo girando diariamente, durante un mes, tres mil pesetas (más de 6.000 francos); que un cubano..., que un egipcio..., que un canadiense... ¿Y los que pierden? Citroën, el famoso fabricante de automóviles, perdió dos millones en una noche; una dama sueca está perdiendo las últimas migajas de su fortuna, calculada en diez y ocho millones; un portugués dejó tres herencias en las cajas de Montecarlo; un comerciante torinense fué vendiendo una a una sus propiedades, sus campos, sus almacenes, para jugar, para obtener la ansiada revancha... e ir dejando todo en forma de fichas rojas, amarillas...



Uno de los paños que forman una mesa de 30 y 40.

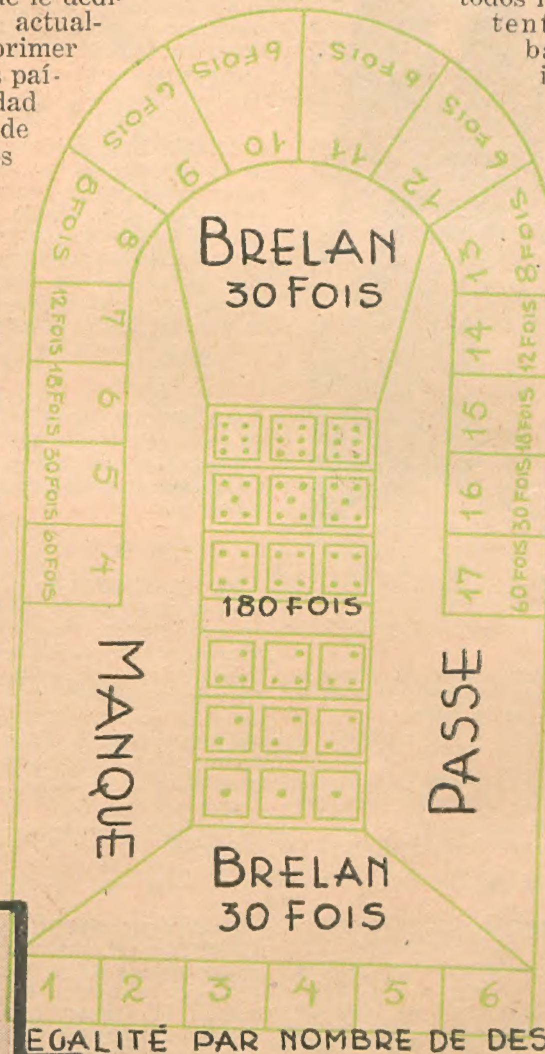

Interior del teatro de Montecarlo. En el fondo, el palco del príncipe. Cada entreacto derrama sobre los salones de juego a cientos de elegantes y ricos espectadores que van a dejar ofrendas de billetes de banco en los altares del dios Azar, deseosos de pasar el tiempo.

¿Que le hablaron de sistemas magníficos para ganar a la ruleta? ¿Sabe usted cuántos sistemas de esos existen, hasta hoy? Exactamente SETECIENTOS TREINTA Y TRES, sin contar con aquellos que merecieron los honores del volumen a 500 francos, a mil o a más, y que resultan, efectivamente, infalibles para el que los vende.

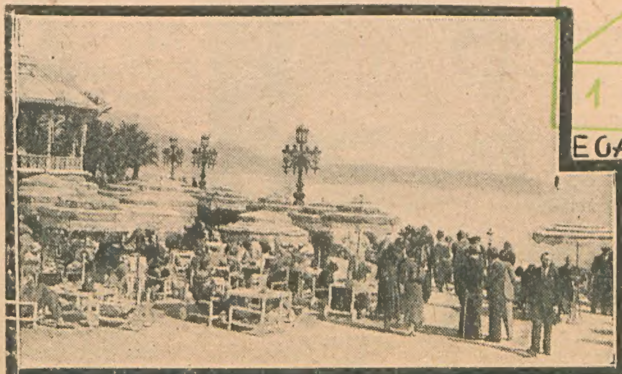
¿Que la salida de los números, en la ruleta, obedece a leyes universales de ritmo y equilibrio, y a las reglas conocidas del azar? Indudablemente, pero el equilibrio y el ritmo universales necesitan de la colaboración del tiempo para lograrse, y el hombre dispone de muy poco; en cuanto a las leyes del azar, aún no son conocidas, sino de manera muy imperfecta, a pesar de los estudios que le dedicaron y dedican actualmente sabios de primer orden en todos los países. La probabilidad permanece digna de su nombre, y los vacíos, diferencias o "écarts" que se presentan en el ritmo alternado del pro y del contra, son, a veces, tan grandes, que suponen la inexistencia de esas leyes y reglas. Le voy a citar a usted los últimos sensacionales "fenómenos" ocurridos, en este orden de ideas, en la ruleta número 2 durante la última temporada: el 3 de enero, por ejemplo, el número 36 no salió durante 423 jugadas; el 8 del mismo mes, hubo 398 jugadas sin que se repitiera un número... ¿Usted se imagina lo ocurrido a los jugadores que siguieron al 36, confiados en la "ley" de la probabilidad que asigna a cada cifra de la ruleta una salida cada treinta y siete jugadas? ¿Y a los que apuestan al número saliente, de acuerdo con la "regla" que asegura una probabilidad de repetición cuando hubo 74 jugadas sin aparecer? ¿Que la excepción confirma la regla? Sí, cuando la excepción merece este nombre, pero cuando se repite caprichosamente, EN APARIENCIA, hay que buscar la razón en factores ignorados hasta hoy, y esto es, precisamente, lo que no hacen los hombres de ciencia ni los jugadores "científicos". Mire usted, aquí tengo las estadísticas de la ruleta número 2; en esta del 8 de marzo del año pasado, por ejemplo, el número 5 tardó 389 jugadas en salir; en esta del 18 de abril del mismo año, el 26 no salió sino al cabo de 344 jugadas... ¡Y le podría mostrar casos como este a miles! ¿Qué pueden valer, todos los sistemas existentes para ganar, basados en las irregulares "reglas" de la probabilidad? Por esto el señor J. de Suresnes, director de "La Revue de Montecarlo", que es el hombre que conoce más y mejor todo cuanto se relaciona con las martingalas para vencer a la ruleta, me decía hablando de ellas:

—La ruleta tiene un secreto; Pascal, su inventor, prometió revelarlo antes de morir, pero no lo hizo.

(Continúa en la página 57)



Una mesa de brelan. El brelan es un nuevo juego de origen cubano cuya patente es exclusiva del Casino de Montecarlo. Se juega con tres dados. Si salen los tres iguales es "brelan". Se puede apostar un "brelan" determinado, ganando 180 veces lo apostado, o a todos los "brelanes", ganando entonces 30 veces. Las demás jugadas se explican en el tablero. Si la suma de los tres dados da 14, por ejemplo, gana el número 14, que paga 12 veces, y, además, los números de la parte de abajo, uno por cada dado correspondiente.


Un rincón apacible al cual vienen los jugadores desgraciados para consultar nuevamente sus complicados sistemas infalibles que acaban de dejarlos sin un centavo.

EL CONSEJERO DE LOS NOVIOS

Por NENUFAR

PUEDE SONREÍRLE al rubio, ya que de todos modos es el que más le gusta. Además, si él vuelve a saludarla debe responder a la atención, aunque esté su mamá presente.

Contestando a "Por ser seria me pasó eso", de Rosario.

● ●

OFRÉZCALE una oportunidad para reanudar la relación, ya que él en todo momento se portó correctamente. En seguida debe explicarle la verdad de lo ocurrido, para que no haya entre ustedes malentendido.

Contestando a "Desconfiada", de Tucumán.

● ●

RECIBÍ su nueva foto, mi simpatiquísima amiguita, y ella ha afianzado la impresión que me produjo la primera que me envió. Si alguna vez realiza el viaje de sus sueños a esta ciudad, quizá llegue a conocerme.

Muchas gracias por su envío y retribuyo su cariñoso saludo.

Contestando a "Estrella pampeana".

Apostasía

(Colaboración)

Hay veces que siento al mirar tus ojos
algo tan extraño en mi corazón,
que yo, el incrédulo, el indiferente...
dudando me digo: ¿será esto amor?...

¿Será, por ventura, que tus ojos tengan
la magia divina del supremo don;
que jamás hallara en ojos algunos,
y nunca sentido en mi corazón?

....

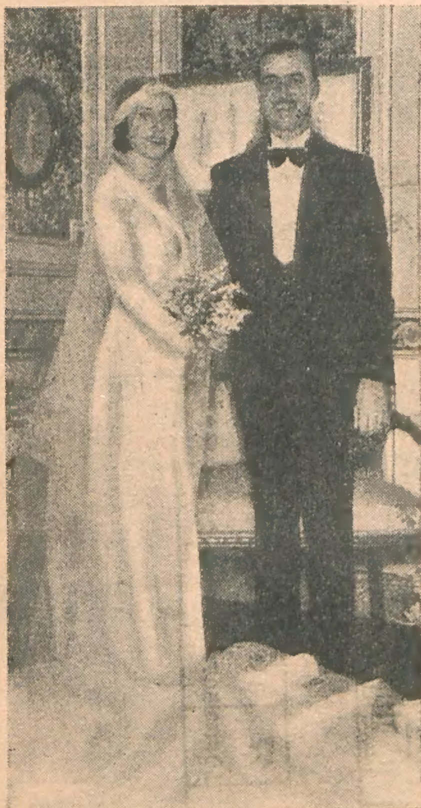
¡Que yo, el incrédulo, el indiferente,
llegue a preguntarme si será eso amor!...

Esa rara angustia que me excita el alma;
esa dicha ciega mezcla de dolor
que hace de mi vida un sueño extraviado,
jamás conocido ¿podrá ser amor?...

¡Oh, tus ojos!... Ellos, por malos o buenos,
o acaso inocentes de tal comisión,
me van enredando las fibras del alma,
madeja promiscua de dicha y dolor...

¡Que yo, el incrédulo, el indiferente,
empiezo a decirme si será eso amor!

Por A. ROMERO MORENO



Enlace de Carlota Amanda Costa con Mario Fiorini. Los contrayentes después de la boda.

Foto Suñé

ESA EDAD no es obstáculo para que vista traje blanco.

Contestando a "Rubén", de Chivilcoy.

● ●

1º **ELLA NO DEBE** pedirle permiso, ni tampoco usted fijarle el tiempo.

Sin considerarse obligaciones, entre personas que bien se quieren es de imaginarse que la separación se hará de común acuerdo, y que la ausencia durará el tiempo que ambos fijen.

2º Tampoco está obligada a darle fotografía, pero accediendo a su pedido, si lo desea y le tiene confianza, puede entregarle una.

3º Si usted la quiere y está seguro de que su familia juzga mal sin motivo a esa señorita, debe hacérles comprender a sus padres el error; así ellos cambiarán de opinión.

4º ¿Ya visita a esa señorita? ¿Lo guían buenas intenciones? Entonces, cualquier momento es aparente para llevar su familia a que la conozcan.

Contestando a "Desolado", de Mercedes.

● ●

ANÍMESE y hable a los padres de la chica. Dígales que quizá ellos están equivocados en el concepto que de su persona tienen, debido a los informes que les han dado personas que quieren perjudicarlo. Explíqueles cuál es su situación real y las intenciones que lo guían, y en esa forma tal vez consiga lo que tan difícil le parece.

Contestando a "Por ti me muero", de Guaviraví.

● ●

NENUFAR agradece de todo corazón los saludos y buenos deseos recibidos con motivo del nuevo año.

● ●

EL TERCIOPELO no me parece adecuado para esa época. Puede confeccionar su traje nupcial de crêpe satín, flor de soie, crêpe romain. En cualquier tienda importante le mostrarán telas apropiadas para ello.

Que sea muy feliz.

Contestando a "Capital", de Capital.

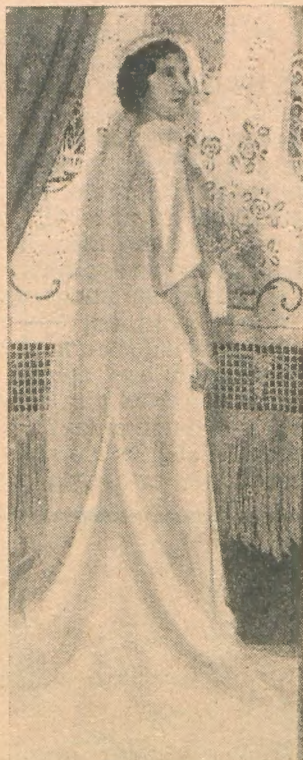
● ●

1º **NO ES IMPRESCINDIBLE** el día del compromiso fijar la fecha de la boda. En cuanto al tiempo que debe mediar entre una cosa y otra no hay plazo determinado; cada uno realiza el casamiento cuando está en condiciones de efectuarlo.

2º Sí, es correcto que su mamá solicite la mano de esa señorita.

Agradezco y retribuyo su saludo y además lo felicito por su próximo compromiso.

Contestando a "Bride Groom", de Cañada de Gómez.



María Esther Buglioli, cuyo enlace con Miguel Spinelli acaba de realizarse.

Foto Saslavsky

● ●

YO NO PUBLICO plagios. Su poesía "Adiós" es copia de la de nuestro malogrado poeta Belisario Roldán titulada: "La dulce amargura". ¿Pretende burlar mi buena fe?

Contestando a "A. K." de San Cristóbal.

● ●

¿RECIBIÓ la segunda respuesta? Amigo mío, me tiene extrañada su silencio. ¿A qué responde? ¿Puedo saberlo?

Contestando a "Rigel", de Alta Mar.

● ●

HASTA AHORA procedió usted inteligentemente. ¿Cree que "ese remedio será peor que la enfermedad?"; entonces no lo haga desconfiar, dándole celos, sino tornándose también indiferente; mucho menos apasionada, que ya no esté tan "seguro" de su cariño. Perdido por perdido le conviene tentar cambiando de táctica, pues aunque doloroso sea comprobarlo, cuando el amor empieza a declinar corre el riesgo de morir.

Bueno, querida amiga, por el momento haga la prueba de lo que digo y escríbame el resultado que deseo sea de todo punto halagüeño.

Contestando a "Negra diabla", de Córdoba.

● ●

PEQUE POR MUDO. Siga los consejos del conocido refrán: "A palabras necias, oídos sordos". Su silencio le demostrará la poca importancia que ahora da a su persona.

Devuélvale la correspondencia y pida que ella haga lo mismo con la suya.

Lamento comunicarle que esta vez también se verán defraudadas sus esperanzas en lo que se refiere a la publicación de sus poesías.

Contestando a "Palos póstumos", de Rosario.

● ●

ESA COQUETA buscó una aventura para amenizar el viaje; de ahí sus continuas insinuaciones.

Después de la noticia dada por la tía ¿no le parece lo mejor abandonar?

Tendré el gusto de publicar su poesía.

Contestando a "Humbreto Iº", de Rosario.

● ●

No se publicarán las poesías enviadas por:

"P. F. C.", de Rosario de Santa Fe.
"Ch. M.", de Ingeniero Luiggi.
"P. S.", de Rosario.
"Chrysalis", de Cuenca (Pampa Central).
"Nauj Osiom", de Rosario.
"J. A.", de Mendoza.
"C. de B.", de Campana.
"A. T. C.".
"Lidi", de Monte Caseros.



Enlace de Ofelia Escribano con José Vidisi. Los novios después de la ceremonia religiosa.

"A. S.", de San Juan.
"Pampero".
"M. V.", de Rosario. La poesía que envió es un plagio.
"A. S.".
"Ilusión", de San Juan.
"C. S. R. L.", de La Rioja.
"Bois Brulé", de Venado Tuerto.
"Elsie", de Mercedes.
"J. C. T.", de capital.
"Morocha soñadora".
"L. F.", de Rosario.
"Porteña", de Victoria (Entre Ríos).
"J. A.", de Morea (F. C. A.).
"A. E. L. S.", de capital.
"Nelumbio", de Acebal.
"La artista del teatro Porteño", de capital.
"Empalmero", de Villa Constitución.
"M. S. T.", de capital.
"Luis", de capital.
"Chispazo", de Tapalqué.
"L. B.", de Rosario de la Frontera.
"M. J. I.", de Catamarca.

Sin el AMOR, la VIDA no TENDRIA ENCANTO

¿EXISTEN DIAMANTES EN LA PATAGONIA?

Por REYNALDO J. C. RAVAZZOLI

En una de nuestras frecuentes andanzas por el Sur, tuvimos oportunidad de conocer a Visser, un boer recio y taciturno. Con su plantación de manzanos, su huerta y una "puntita" de ovejas, había logrado acumular, al correr de los escasos años buenos, un pequeño capital. Complacíale referir sus actividades mineras vividas allá por la Colonia del Cabo. La afición por su primer oficio despertóse en él nuevamente sobre los campos del Chubut, sin duda a fuerza de tropezar a cada paso con tanto canto rodado.

En sus ratos de ocio solía recorrer encorvado los lechos de los torrentes y cañadones, especialmente después de los fuertes deshielos. Y, al decir de los ovejeros que lo conocían de cerca, era fácil sorprenderlo por aquellos andurriales golpeando y atisbando piedras. Para tales tareas se proveía invariablemente de un martillo triangular, de una lupa con asa negra y de una bolsa de lona o morral, dentro del cual las almacenaba. Por murmuraciones de los vecinos se sabía también que las piezas consideradas más interesantes merecían los honores de ser guardadas en las amplias faltriqueras de su cazadora de cuero. Cierta noche un colono retardado y curioso, atraído por la luz, acercóse a la casucha en cuyo interior Visser pasaba y repasaba, bajo su ya célebre lupa, las piedras recogidas durante el día. Estas extrañas manías, como las llamaban, sirvieron al principio de pasto a los comentarios lugareños, pero no pasaron de allí. Pronto terminaron por no hacerle caso y se olvidaron casi completamente de él, llamándolo "el loco de las piedras".

Alguien, sin embargo, más terco o ladino que los otros, logró un buen día saber el secreto o la manía del viejo boer. Visser estaba convencido, a través de las muestras coleccionadas y de sus diarias observaciones, que aquellos campos contenían diamantes... ¡Nada menos que diamantes! Que hubiese hallado arenas auríferas, pepitas de oro y hasta un filón de tan valioso metal, vaya y pase, decían los colonos, pero una mina de diamantes aquí, no.

Por lo inesperada la noticia causó cierto escozor en aquel reducido ambiente rural, pero pronto se aquietaron los ánimos y los chistes que en tales circunstancias nunca faltan, restaron al asunto todo comentario serio. Sólo Visser experimentó desde aquel día un pequeño cambio en su apodo: desde entonces se le llamó "el loco de los diamantes".

Sin molestarse mucho por las burlas, el tozudo surafricano se mantenía firme en sus trece, y tan pronto como se lo permitían los trabajos de su granja, poníase su chaqueta de cuero color lacre, recogía sus infaltables adminículos, dejaba la casa al cuidado de un peón y se lanzaba a través de la estepa. Fué entonces cuando los "puesteros" empezaron a notar que se alejaba cada vez más de los cañadones y hondonadas habitualmente frecuentados. Parecía que orientaba sus pasos, que "peludeaba", "campeando" una huella a través de las piedras conocidas. De tiempo en tiempo algún ovejero traía al poblado la noticia de que, durante el rodeo, había creído verlo merodeando en tal o cual lugar, a veces muy distante un punto del otro. Pero "la cosa" a ninguno interesaba, sencillamente, porque nadie lo creía.

Lo cierto es que un día Visser sorprendió la intimidad de los incrédulos colonos, mostrándoles sobre la palma de la mano unos pequeños diamantes. La noticia recién causó sensación cuando la autenticidad de aquellas piedras preciosas pudo ser confirmada por la aseveración de un pasajero. Entonces la ambición particular, precipitándose, trató de descubrir el lugar, y se propusieron "hacerlo charlar". Todo fuí inútil; ni los vinos, ni los licores ofrecidos generosamente lograron abrir la boca del afortunado granjero. Lo único que pudieron saber fué que aquellos diamantes habían sido hallados "allá en un cañadón entre Puerto Madryn y Deseado". Todos comprendieron que aquello era una "tomadura de pelo" del viejo Visser. Existen tantas y tantas hondonadas y barrancos en tan largo trayecto, que no hubo uno solo de entre ellos que se decidiera a tentar tamaña exploración, seguro de fracasar.

Visser, satisfecho, anunció su propósito de llevar tales piedras y otras nada menos que a Kimberley, y de ser posible, agregaba, traería un capitalista o un técnico que pudiera asesorarlo sobre la importancia del yacimiento por él descubierto. A los dos años escasos regresó en compañía de una persona. ¿Era un geólogo, un capitalista o simplemente un minero? Nadie lo su-



Característica de la región que encierra el secreto de los diamantes del viejo Visser, el boer recio y taciturno, al que todos llamaban "el loco de las piedras".

(Continúa en la página 27)

El cajero

MONOLOGO para PEPE ARIAS

POR

LORIBAN PETISEN



PERSONAJES:

PEPE ARIAS

UNA BOTONES

TELON CORTO

Al levantarse el telón aparece Arias con su típico indumento atorrantil, sentado sobre un brasero, ante una mesa y un sifón. Se halla preocupadísimo con la crisis. *(Pepe, no el sifón.)* Con el despojo de un lápiz hace cálculos, escribe, lee, borra con un chorro de soda y el codo, y reinicia las operaciones.

Extrae del brasero un pedazo de vidrio y observa detenidamente una serie de números. Y continuando el presunto soliloquio, prescindente de los espectadores, dice:

—¡No hay nada que hacer!... Los miro con telescopio..., y a pesar de lo gordos..., no pesan. *(Juego escénico.)* Así... parecen 22.222 del ala.., pero al natural, ¡cómo se achican! Siempre el "défici". *(Leyendo y sumando.)* Mi activo, al cierre del ejercicio: $ 2,22, que me deben... Pasivo: mi deuda consolidada, $ 14,75... Y bueno...; me concurso y pago sin pagar, y obtengo carta de pago como me aconseja Claudio Fojas... Pero ¿y el honor? *(Sigue leyendo.)* Siempre el "défici". A esto conduce la prodigalidad... *(Decidido.)* ¡No hay más remedio!: me declaro sinvergüenza o me pego un tiro. *(Extrae del brasero una cantidad de diarios de donde desenvuelve un zoquete imposible de masticar, mientras dice lo siguiente:)* ¡Qué lástima!... Cuando estaba listo para emprender una "vita nuova" cortando concomitancias funestas con mis ulteriores desenvolvimientos... *(Ingiere un chorro de soda.)* Y tener que beberlo así desde que me operaron el bazo..., ¡el único que tenía! *(Guarda el zoquete en el brasero.)* Ahora que iba a lanzarme *(Se mira receloso.)* a la conquista del futuro. *(Transición.)* Voy a cerrar el escritorio. *(Mientras habla, pone el brasero sobre la mesa, el sifón en el brasero, el lápiz en la media, y cargando con todo se dirige a bambalinas.)* Pero la culpa es mía... El hombre debe ser hijo suyo, es decir, hijo de su propio esfuerzo *(Apenas puede.)*, hijo de sus obras; y desprendiéndose de sus prejuicios *(Tira unas sobras.)*, ¡volar, culminar, vencer!... Y si no, matarse.

(Desaparece. Al instante se oye dentro un estampido. Breves momentos y vuelve a escena con la cabeza del sifón colgando del dedo. Sonriente, al público:)

—¡Reventó el sifón..., dentro de la caja de hierro! De lo contrario..., la cara no me importaba, ¿pero la ropa? ¿Cómo me hubiera puesto el traje de calle y cómo me hubiera presentado mañana al instituto? *(Transición.)* ¿Eh?... Mañana me incorporo a un instituto de "beauté"... *(Como suena.)* *(Parando el golpe.)* No. ¡No!, en calidad de "cajero". Esa es la gran novedad. He debido ceder a las reiteradas instancias de cierta señora de "la alcurnia". ¿Y qué voy a hacer? *(Mojigato.)* ¡Misterios!..., caprichos que hay. Uno de esos lancecitos que se tiran con uno... *(Con suficiencia.)* Hace un rato estaba en el escritorio revisando la contabilidad con motivo de una sensible rebaja de mis arrendamientos... Sí, señores, yo hube de ganar una fortuna de obtener a tiempo el capital necesario.

"Un día viene un amigo y me dice: — ¿Querés tragarte unos "duraznos"? — Le digo: — ¿En algún circo? — Me dice: —Unos "mangos". — Le digo: —Todos los que haya. — Me dice: —Tenés que trabajar. — Le digo: —Nada de sacrificios estériles e innocuos. — Me dice: —Te los ganás sin moverte del catre. — Le digo: —Hablá despacio; no me excités... — Me dice: —Vos sabés que mucha gente va al teatro a verte y sonreírte; pero el teatro es caro y muchas veces la gente se queda

"El hombre debe ser hijo suyo, es decir, hijo de su propio esfuerzo..., hijo de sus obras; y desprendiéndose de sus prejuicios, volar, culminar, vencer."

dormida porque no estás en caja esa noche. — Le digo: —¿Querés finiquitar? — Me dice: —Ponés un aviso en los diarios ofreciendo tus servicios cómicos e intransferibles. Cae un neurasténico, le largás cuatro pavadas, le hacés unas muecas; el tipo se desinfla de risa, agradece y abona. — Le digo: —¿Cuánto se puede cobrar por consulta? — Me dice: —A la aristocracia, cinco "duraznos"; a los burgueses, uno; a parientes y amigos, artículos de consumo o bebidas. — Le digo: —¿Sabés que me embaraza la idea? Prestame dos "duraznos" para el aviso. — Me dice: —Salgo a buscarlos... *(Transición.)*

"Lo estoy esperando todavía... ¡Mama!, ¡el platal que me hubiera ganado en estos últimos veinticuatro años de actitud expectante! Pero la restricción del crédito me ha llevado a la convocatoria. Y así, al menudeo, o a domicilio, no se va a ninguna parte. Hoy, ¡por fin!, la taba me muestra su lado flaco... Este nuevo horizonte que se me abre *(Bosteza.)* me permitirá satisfacer mis íntimos anhelos, mis debilidades. *(Por el estómago.)* Porque, por dentro, soy un mozo distinguido.



(Arreglándose los tirantes de soga.) Me tira la "cultura". Hasta ahora me sofocaba este ambiente nauseabundo y deletéreo. ¿Para qué me iba a estar gastando ante la procesión de analfabetos con que me codeo? Pero cuando me destape... *(Se saca el sombrero, extrae un pedazo de espejo contemplándose.)* ¡Pepe solo!... *(Saca un pucho de dentro de la cinta del sombrero y un fósforo de dentro de un guante usado y se lo rasca en los fundillos.)* Yo sé que los

(Continúa en la página 13)



El perro, con las orejas tiesas y los ojos fijos en las profundidades, se situó sobre el "Peñasco de los Fijadores".

"Los FIJADORES"

que dan tema a este dramático cuento de ambiente correntino, son pescadores del litoral que se valen para su trabajo de un instrumento, "fija", que consiste en una caña que lleva en su extremo una especie de espolón.

CUENTO POR ARSENIO CAVILLA SINCLAIR

SENTADO en cuclillas bajo el alero de un rancho que por su tamaño y su estructura más bien parecía un juguete construído con juncos y totoras, Pancho Villarruel afianzaba el extremo de dos metros de tacuara, un hueso de pescado afinado en forma de puón.

Terminada la tarea se incorporó; probó la fijeza del arma sobre la pared del rancho que se sacudió al bote, y satisfecho de su obra, llamó:

—¡Paí!... ¡Isidro!

Los ladridos y saltos de un hermoso perro de aguas respondieron a su primer llamado.

Acarició la cabeza del animal, y gritó:

—¡Isidro...o! Y'es hora.

Levantando la estera que oficiaba de puerta, una mujer joven de primitiva y singular belleza, apareció ataviada con el blanco "tipoy" de las correntinas; acercóse a Pancho y fijando en él sus ojos grandes, negros y acariciadores, canturrió:

—Aquél 'ta durmiendo entuavía.

—¿Y no lo yamastes?

—Sí; pero la "paraguaya" di anoche se li ha sentao en los ojos.

—¡Lindo marido has echao!

—Y di ái; ¡total...! — Y su mano casi fina se posó sobre los hombros del joven.

—¡Guardia, andá que se levante!

—¡Di ande! Tiene a los menos pa'dos días. — Y cambiando de tono interrogó: — ¿Vas a fijar?

—¡Ajá!

—Voy con vos, ¿eh?

—¡No! A la final va'malisiar.

—¿Tas arrepentido?

—No es eso, pero... — El perro no lo dejó continuar; tomando suavemente entre sus dientes un extremo de la faja de Pancho, simuló tironear de ella.

—No te apurés, Paí; ya vamos yendo.

—Sé güeno — rogó ella; — traigo la sesta y la carnada y ti acompaño, ¿querés?

Él la miró profundamente y se encogió de hombros.

Unos segundos después, precedidos de Paí, los tres en fila indiana, por la picada abierta en el monte, buscaron el río que a la distancia rezongaba el cansancio de su carrera de olas.

Y llegaron al sitio de costumbre.

El perro, separándose de ellos, con las orejas tiesas y los ojos fijos en las profundidades, se situó sobre el "Peñasco de los Fijadores", especie de lengua de granito qué, introduciéndose varios metros en el río, rompía en esa parte la corriente agitada del Paraná.

A ambos lados de la peña el agua se ofrecía tranquila y transparente.

Villarruel echó la carnada y luego se perdió entre los árboles.

Ella aguardó sentada.

Pasados unos instantes apareció el fijador; en la diestra su tacuara y como única indumentaria un taparrabos obscuro. Bronceada la piel, taurino el pecho, musculosas las extremidades.

Los ojos de la correntina se adornaron de reflejos metálicos, e incorporándose le preguntó:

—¿Te los espanto si mi atraco?

—¡Quedate ái! — Y él fué a situarse junto a su perro.

La vista del hombre y la del animal parecían haberse empeñado en un contrapunto de potencias.

Al fin, Paí arqueó el cuello y agachó sus orejas; Pancho juntó sus pies, se levantó suavemente sobre la punta de ellos y como una saeta se hundió en las profundidades que emanaron círculos y espumas.

El perro lanzó un aullido sordo; la mujer se aproximó al peñasco.

De inmediato volvieron a agitarse las aguas.

Primeramente, un dorado afianzado al extremo de la fija; luego el hombre sacudió su cabeza crinuda, respiró en un resoplido y ganó la orilla.

Ella le sonrió; Paí, en cambio, no pareció satisfecho.

—No ti aflijás — lo conformó el joven; — ya v'haber tamién pa'vos.

Aguardó luego a que las aguas se tranquilizarán y reeditó por cinco veces el matemático movimiento de su primera zambullida.

Total: un dorado y tres truchas.

Su quinta fijada la completó Paí.

Un salmón magnífico apareció en

(Continúa en la página 13)

PARA LAS MADRES

Por "EL MEDICO DE GUARDIA"

ARTICULOS DE DIVULGACION
EL TIFUS EXANTEMATICO

Contra lo que muchos creen, el tifus exantemático es una enfermedad de etiología diferente a la del tifus abdominal. El germen de esta última es el bacilo de Eberth, y su contagio se hace siempre por el aparato digestivo, generalmente por el agua de bebida de los ríos que se contamina directamente o de los pozos infectados. La leche puede ser contagiada también, directamente, por falta de aseo de los lecheros que ya han tenido la enfermedad; otro medio de infección es la ingestión de las legumbres que se han regado con aguas servidas e infectadas. Las moscas constituyen un medio de transporte; las ropas no desinfectadas hasta 60 días después de usadas pueden también ser origen de contaminación.

El germen patógeno del exantemático, desconocido hasta hace poco, es la Ricketzia Prowazzoki, que es transmitida por los parásitos, no sólo del cuerpo, sino también de la cabeza. Las pulgas de ciertas ratas son transmisoras igualmente de la enfermedad. Los yanquis, que se han caracterizado por las interesantísimas experiencias sobre el contagio del exantemático, están estudiando actualmente la posibilidad de la infección por medio de las chinches.

Explicado ya el origen diferente de estas enfermedades, hablaremos en particular de cada una de ellas, empezando por el exantemático, que es el tema de actualidad.

Una vez que el parásito transmisor pica al individuo sano, comienza el período de incubación, que dura de 6 a 14 días, y a veces hasta 21 días. En seguida viene el período de invasión, que se caracteriza por gran escalofrío, temperatura brusca (40°), o bien ascenso gradual en tres días. Al sexto día la temperatura desciende por unas 48 horas, para volver a subir. Generalmente la temperatura dura 16 días. Al quinto día empieza el síntoma que ha dado nombre a la enfermedad, el exantema, que son manchas que aparecen en las partes laterales y superiores del tórax, después en el abdomen; la erupción aumenta y llega hasta los muslos y aun los brazos. Estas manchas son hemorragias de los pequeños vasos sanguíneos de la piel y se presentan a veces ligeramente papulosas o como aureolas rosadas; no desaparecen a la presión del dedo.

En este estado es característico el signo de la lengua: sucia, seca, con fuliginosidades en los bordes del labio; el paciente no puede sacar la lengua (lengua de loro). Hay fenómenos nerviosos, como delirio; la presión arterial está descendida; las manos y los pies se hinchan, etc.

La afección evoluciona como un estado tifoideo: el enfermo presenta una cara de indiferencia, estupor, con tendencia a los síncopes, cuadro que dura diez o quince días más. La enfermedad, en total, evoluciona en un mes, más o menos.

Las complicaciones del exantemático son las hemorragias cerebrales y los compromisos de las cápsulas suprarrenales.

El pronóstico depende, según la intensidad de la epidemia. La forma endémica tiene una mortalidad inferior.

En cuanto a la profilaxis, lo más importante es una guerra sin cuartel a los parásitos transmisores del exantemático: matarlos a todos, ya que no se puede hacer una selección de los que están infectados. Otra medida de capital importancia es evitar las aglomeraciones, para que el contagio directo no se produzca. Esta es la causa por qué en casos de epidemias se cierran locales adonde acude público en gran cantidad. La desinfección de los locales es de importancia secundaria, y puede hacerse con simple agua. En Estados Unidos, que es el país que más se ha preocupado de esta enfermedad, no le dan mayor valor a la desinfección.

En resumen, la campaña contra el exantemático se reduce a matar los parásitos; en aislar los enfermos; en llevar a los que han sanado a locales limpios, donde no haya tifosos; en evitar las aglomeraciones, y en colocar las vacunas preventivas y curativas que últimamente se han recomendado. Para todo esto, las personas encargadas de la profilaxis tienen diferentes medios, que deben ponerlos en práctica con energía y constancia para terminar con el avance de la enfermedad y evitar así sus fatales consecuencias.

El tifus exantemático inmuniza a los enfermos; éstos si vuelven a infectarse de parásitos, no contraen nuevamente la enfermedad, pero sí son transmisores del contagio.

El tratamiento sintomático es igual al de toda enfermedad infecciosa: sueros glucosados, coloidales, agua clorada, adrenalina, etc.

• •

PARA REFRESCAR LAS HABITACIONES

En esta época de fuertes calores en que el ambiente de las habitaciones se caldea sobremanera, pueden refrescarse e higienizarse mediante la colocación en medio de ellas de un vaso o vasija de cristal, llena de agua, en la que previamente se habrá sumergido un manojo de ramas de sauce, tilo o abedul, en la mayor cantidad que la vasija pueda contener.

Esto hará que en breve el ambiente de la habitación cambie fundamentalmente, notándose notablemente refrescada. Hecho esto, en las horas de sol, los rayos que entren en la habitación producirán una cantidad de oxígeno que purificará completamente el ambiente.

Es de advertir que al ponerse el sol debe retirarse de la habitación el vaso o vasija que contiene las ramas a que nos hemos referido más arriba, ya que sus efectos, tan saludables y útiles durante las horas del día, acaban por convertirse en perjudiciales en cuanto va llegando la noche.

Cdo. a "Preguntona", de Chivilcoy.

• •

CARAMELOS PARA ADELGAZAR

En efecto, las referencias son exactas. Un hombre de ciencia de Atlante City, Estados Unidos, opina con mucho fundamento que los caramelos son una gran ayuda para la reducción del peso. Este hombre de ciencia, que es el doctor H. E. Barnard, jefe de la oficina de investigaciones sobre la industria de maíz, acaba de desmentir la creencia popular de que los caramelos sirven para engordar. Según él, un régimen alimenticio con grandes cantidades de almidón y azúcar es propicio para eliminar la grasa del cuerpo.

A pesar de la opinión de este profesor, es no sólo creencia general, sino que se ha demostrado hasta la evidencia que los dulces sirven precisamente para criar grasa.

Esto es cuanto podemos decirle con respecto a la consulta que acaba de hacernos. Por nuestra parte, nos abstenemos de aconsejarle.

Cdo. a "Pipina", de Arrecifes.

• •

BARBAS DE CHOCLO

Está usted bien informada. El agua hervida con barbas de choclo es en extremo diurética y muy recomendada para los casos de retenciones urinarias, afecciones a la vejiga y a los riñones.

Puede hacer uso de ella con toda confianza. En cualquier farmacia se las venderán. Muchas gracias por los honrosos conceptos de su carta.

Cdo. a "Felisa M.", de Tandil.

(Continúa en la página 47)

FRECUENTEMENTE SE VE QUE LA MUJER QUE GUIA UN COCHECITO LO EMPUJA ANTE SI SIN PREOCUPARSE MUCHO DEL NIÑO QUE LLEVA, SIN APENAS MIRARLE; Y ESTA FALTA NO DEJA DE SER GRAVE, PORQUE EL NIÑO, CASI SIEMPRE DORMIDO, LLEVA VACILANTE LA CABEZA, QUE SIN APOYO POR NINGUN LADO ADQUIERE VICIOSAS POSICIONES Y SUFRE VIOLENTAS SACUDIDAS QUE LE SON PERJUDICIALES.

DESDE EL INSTANTE EN QUE EL NIÑO PUEDE SENTARSE SOLO, YA NO SE LE DEBE DEJAR DURANTE EL DIA EN SU CUNA, SINO QUE SE LE COLOCARA EN EL SUELO SOBRE UN TAPIZ O UNA ESTERA RODEADO DE ALMOHADONES, DANDOLE JUGUETES PARA QUE SE ENTRETENGA. ASI SE LE VERA CORRER A GATAS DEL UNO AL OTRO JUGUETE. ESTA, DESDE LUEGO, ES SU EDAD MAS PELIGROSA, Y DEBE VIGILARSELE MUCHO.

Los niños y las plantas

Jugando, casi siempre, es cómo los niños aprenden muchas cosas; cómo, al correr del tiempo, aquello que más les ha atraído puede constituir su vocación.

Por eso resulta necesario cultivar las aficiones de los niños, siempre que éstas puedan ser provechosas. Cuando un niño da muestras de afición por la ingeniería, la mecánica, la carpintería, etcétera, deben los padres estimulársela, a fin de que acaben por tomarles verdadero cariño.



Si el niño se muestra aficionado a los trabajos de jardinería, no debe contrariársele. Un niño que aprende a cuidar las plantas, que se encariña con ellas, adquiere sentimientos de humanidad de que carecería un niño que se consagrase a jugar a la guerra.

Somos de opinión que a los niños, en general, debe inculcárseles el amor a las plantas; enseñarles a cuidarlas y a hacerlas respetar de los niños traviesos y despreocupados. Y esta práctica puede realizarse en el jardín de la propia casa, embelleciéndolo.

Un NIÑO OBEDIENTE *y* RESPETUOSO *es un* ORGULLO *para sus* PADRES

"Los fijadores"

(Continuación de la página 11)

la superficie antes que el hombre y libre del puón; su carne herida buscó la correntada.

El perro, ladrando, aguardó ia orden que no se hizo esperar.

—¡Trujílo, Paí!

El animal se lanzó al agua.

El pez ya había ganado metros en el río; el perro tras él, parecía nadar en secreto.

Uno y otro se hundieron varias veces y otras tantas aparecieron.

Dos metros nada más los separaba.

—¡Áhura es d'él!

Y en efecto; un ladrido distinto a los anteriores; un salto sobre la correntada y un cambio de rumbo en dirección al amo trayendo entre sus dientes a la presa que oponía al lila de la tarde los reflejos sonrosados de su carne fresca. El perro aguardó un "¡muy bien!", y conseguido, sacudió su cuerpo para arrojar el agua que se escurría por entre su pelo; ella aprovechó este movimiento para situarse detrás del hombre y apoyar sus manos sobre la espalda desnuda de éste.

—¿Tenemos cuántos?

—Sinco.

—Y'es bastante; vámonos yendo.

Él volvió por sus ropas y partieron.

Sentado bajo el alero del rancho de juguete y dibujando con el índice, marcas sobre el suelo gredoso. Isidro Villarruel aguardaba.

Paí se llegó hasta él; le apoyó sus manos sobre el pecho y con su lengua áspera le lijó la mejilla.

Lo apartó suavemente, y con más suavidad aún preguntó a la pareja:

—Y... ¿cómo les jué?

La mujer se apresuró a responder:

—Bien, che; tráimos sinco y ¡mácuas!... ¿Hase mucho que te levantastes?... Me cansé 'e yamarte...

—Carculo; ¡chupé tanto anoche!

Ellos entraron en el rancho.

Paí volvió a su primera tentativa; Isidro volvió a separarlo, y con voz preñada de tristeza, habló al animal:

—No se ejuerse, amigo, por contarme. ¡Lo sé dende hase rato!

Pasaron dos semanas; un sol de fuego requebraba la totora del rancho, y, sin embargo, Isidro, sin cuidarse de sus rayos, afianzaba el puón de su fija.

Su pupila serena miró repetidas veces al astro.

—¡Por fin! — exclamó, después de dos horas largas. Y aproximándose a la cocina, repitió el llamado de rigor:

— ¡Paí!... ¡Pancho, y' es hora!

El hombre y el perro aparecieron juntos.

—¿Tenés lista la carnada?

—Va entre la sesta.

—Vamo, entonses.

Y marcharon; el monte no tuvo necesidad de devolver una sola palabra; Paí, delante, trotaba por la picada; ellos le seguían separados por un metro de angustioso silencio. Y en esa misma forma los encontró el peñasco, cuando ya libres de sus ropas se dispusieron a la tarea.

Pancho habló:

—¿Y'echastes la carnada?

—Sí; ya l'eché.

Y seis pupilas sondearon las aguas.

Un minuto después, de nuevo la voz de Pancho, quedamente:

—¿Listo?

—¡Listo!

Y como si hubieran sido dos acróbatas ejercitados hasta el cansancio en un salto prodigioso, con idéntico movimiento y a un mismo tiempo se perdieron en el río.

El perro, echado a la expectativa, lanzó un rezongo.

Luego el agua se agitó unos instantes, y Paí se incorporó medroso.

Un círculo aceitoso y sanguinolento se hizo en la superficie, flotó sobre ella una chuza sin dueño; después otra chuza y otro círculo de sangre, y después... ¡nada!

El sol se cansó de brillar.

Y mientras que en la puerta del rancho de juncos y totoras una mujer aguarda en vano, Paí, de pie sobre el "Peñasco de los Fijadores", perfora las sombras con sus aullidos de muerte.

FIN

El cajero

(Continuación de la página 10)

fósforos no se encienden así. *(Y así le ocurre.)* Están los brichés; *(Por briquet.)* sé que la palabra "orre" es un abreviativo franchute de "orre vuar".

No soy un tipo ordinario... Tengo mis ribetes. Yo he pasado por los colegios dende temprano; pero los porteros no me dejaban entrar. *(Se come las uñas.)* Cuando cambie de estado no me comeré las uñas sino después de lavarme los dedos; ni llevaré el cepillo de dientes en el bolsillo del chaleco mostrando los pelos—del cepillo—para darme importancia... No; yo sé muchas cositas; conozco la etiqueta. *(Refiriéndose al pucho apagado.)* Y llevaré el smoking como se debe... Bueno. Si se debe se lo llevará otro. Y con lo que me gusta leer... *(Con los dientes se corta un hilo que le cuelga.)* Yo me como los libros... *(Larga un escupitazo sobre el hombro.)* No hay como la "coltura" para abrirse camino. Sin estas condiciones fisioterápicas no hubiera conseguido este acomodo... Estoy a la expectativa. *(Extático, como en un sueño.)*

Arreglada mi situación económica, me incorporo al instituto de belleza y a lo mejor hago un matrimonio de conveniencia, que son los más durables. El destino es así, chacotón; repente sacude un talerazo en las canillas, repente hace una guiñada. Hay que dejarlo al destino, hay que dejarlo que resuelva. Yo soy de esos, de los que han esperado sin apuros su hora. *(Solemne.)* Abandono definitivamente el sendero del atorrantismo, y en cuanto me abroche mi nuevo traje civil, mando estos andrajos al... Museo de Luján con este rótulo: "He aquí el espíritu del último "reis bonarensis".

(En estos momentos aparece una bataclana vestida de mensajero con una tarjeta en la mano. Pepe se la arrebata y lee en voz alta: "Mañana a las ocho, preséntese." Y con ímpetu levanta la chica en alto, la abraza, la besa, etc.)

MENS. — *(Sofocada y chillando.)* ¡Suelte, suelte, sinvergüenza, todo sucio!... ¡Perdulario!, ¿qué se cree?...

PEPE. — *(Prendido.)* Me estoy incorporando al instituto...

MENS. — ¡Suelte, imbécil! *(La suelta.)* Y concluya de leer.

PEPE. — *(Tomando la tarjeta del suelo.)* "Mañana a las ocho, preséntese..."

MENS. — Siga, siga del otro lado... "cajero falluto."

PEPE. — "A retirar las cajas vacías y barrer la vereda; de lo contrario se le suspenderá la leche."

(La chica se va oronda y Pepe se sincopiza y cae junto con el telón.)

FIN

Para sentir el heroísmo en el grado maravilloso de abnegación y sacrificio de que es un admirable ejemplo...

El SARGENTO BERMUDEZ

...es necesario tener un gran corazón y un amor muy arraigado a la familia y a la patria.

I

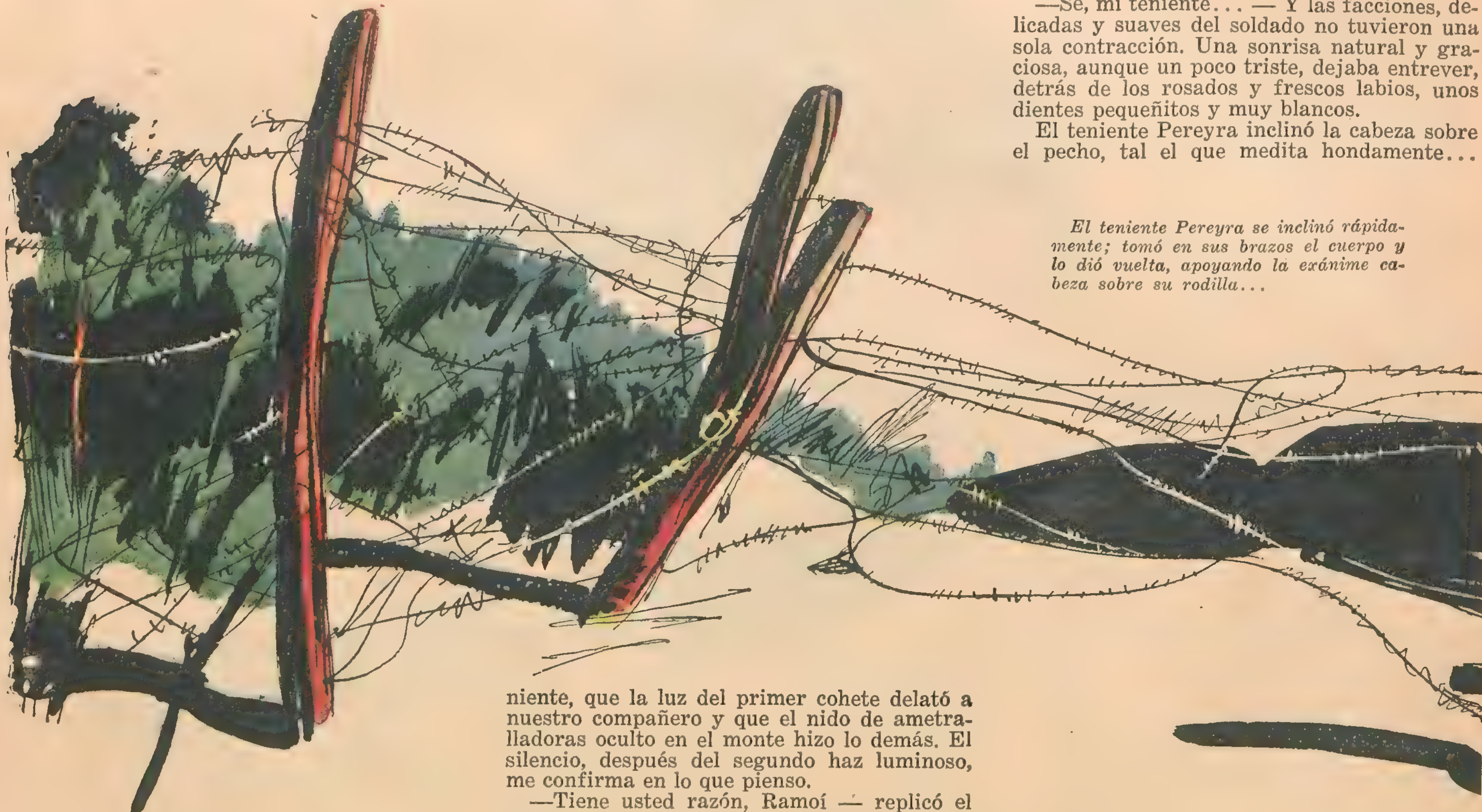
UN cohete luminoso rasgó las tinieblas, y antes de que murieran sus últimos destellos, el tableteo escalofriante de una ametralladora llegó distintamente hasta el puesto de observación del reducto número cuatro.

—¡Lo han visto!... — exclamó con angustiada voz el vigía, a su compañero de guardia.

Éste, que estaba sentado en el suelo acupado en liar un cigarro de gruesa hoja, se encogió de hombros con un gesto fatalista, y respondió:

—Ya le dije al teniente que el trecho claro y sin resguardo en que desemboca la trinchera, está batido por una perra ametralladora... En cuatro días ya son seis hombres los que no vuelven... — Calló, encogiéndose de hombros nuevamente, y después, en súbita transición, agregó: — Préstame un fósforo... Los míos están húmedos... ¡Puerca guerra!...

El atalaya no oyó o no quiso oír las palabras de su compañero, pues sin responder a ellas prosiguió con la vista fija en la obscuridad.



El teniente Pereyra se inclinó rápidamente; tomó en sus brazos el cuerpo y lo dió vuelta, apoyando la exánime cabeza sobre su rodilla...

Un segundo cohete iluminó, lívidamente, el rostro de ambos soldados, las alambradas ríspidas de los caballos de frisa y el tupido follaje de la selva traidora y umbría.

Pero las murientes luces de la bengala no fueron acompañadas esta vez por los disparos del mortal artefacto. Un silencio pesado y lúgubre, sólo interrumpido por el serruchar de los grillos y el rezongar de los escuerzos, siguió aplomándose sobre aquel pedazo de tierra ensangrentada por una lucha tan fratricida como estéril.

—¡Se acabó!... ¡Uno más!... — exclamó el vigía. — La ametralladora, silenciosa, es la mejor prueba de que nuestro camarada fué tocado con los primeros disparos.

—¡A lo mejor, pasó!...

—¡Como para pasar!... ¡Doscientos metros al descubierto y un abanico de balas tupido como un aguacero maldito!

—Bueno...; te pedí un fósforo...

El centinela hurgó en los bolsillos, y, sin dejar de mirar en dirección de la zona peligrosa, ofreció a su compañero la caja de cerillas.

Acompasados pasos resonaron presurosos por el camino de tablas del reducto, y el teniente Pereyra, acompañado de un sargento y dos soldados, llegó junto al vigía.

—¿Qué ha observado?

—Con seguridad, nada; pero creo, mi teniente, que la luz del primer cohete delató a nuestro compañero y que el nido de ametralladoras oculto en el monte hizo lo demás. El silencio, después del segundo haz luminoso, me confirma en lo que pienso.

—Tiene usted razón, Ramoí — replicó el teniente, — y lo grave es que, con éste, ya son seis los hombres que se traga la maldita ametralladora... Habría que localizar ese nido y destruirlo; es la única forma de dejar libre el paso hasta la aguada.

—¡Vaya a saber uno dónde la han escondido! — intentó aclarar el centinela. — ¡Sólo los aviones darían con la madriguera!

—Imposible esperar... ¡Necesito que en esta misma noche quede libre el paso!

—Si usted me permite, mi teniente...

El aludido giró prestamente sobre los talones y se enfrentó con el que así le hablaba:

—¿Cómo dice, Bermúdez?

—Decía, mi teniente, con el debido respeto, que si usted lo permite yo saldría a reconocer; y con dos bombas de mano, pudiera ser que...

—¿Usted, Bermúdez? — Y el teniente Pereyra se quedó atónito. El soldado que se ofrecía para el sacrificio, así, tan sencillamente como quien piensa en dar un paseo, era un jovencito imberbe, flacucho, casi esmirriado, que llegara cinco días antes al frente.

—¿Por qué no, mi teniente, si usted lo permite?

—Pero, soldado Bermúdez..., ¿sabe usted lo que ofrece y conoce usted a lo que se expone?

—Sé, mi teniente... — Y las facciones, delicadas y suaves del soldado no tuvieron una sola contracción. Una sonrisa natural y graciosa, aunque un poco triste, dejaba entrever, detrás de los rosados y frescos labios, unos dientes pequeñitos y muy blancos.

El teniente Pereyra inclinó la cabeza sobre el pecho, tal el que medita hondamente...

Novela corta de la guerra en el Chaco

Por

AUGUSTO ALBERTO CANSTATT

¿Podría, él, mandar a una muerte cierta, inevitable, a aquel jovencito que tenía más valor que años contaba? ¿En ese cuerpo, casi frágil, podía albergarse un alma de tanto temple y de energía tanta? ¿Es que, no sería una añagaza y el soldadito se valía de un ardid para desertar, haciéndose el muerto?

El teniente se rehizo y, encarándolo abiertamente, interpeló al soldado Bermúdez:

—¡Hay que ser paraguayo hasta la raíz, para hablar así!

—¡Lo soy, mi teniente!

—¡La muerte es lo único que encontrará!

—¿Qué más da hoy que mañana?

—¿Cuántos años tiene, Bermúdez?

—Veinte, señor...

—¿Y no tiene miedo a morir?

Bermúdez no contestó, pero su sonrisa se hizo más triste y en sus ojos brilló un fulgor metálico.

El teniente vió esa sonrisa y esos ojos, y comprendió que ni el miedo ni la traición alentaban en el alma del soldadito que tenía a su frente.

II

La noche se ensombrecía aun más bajo la cúpula compacta de negros nubarrones, cuando el soldado Bermúdez, llevando pendiente del cinturón dos bombas de mano, saltó el antepecho de la trinchera, y pegándose a la tierra como un gusano, comenzó a deslizarse lentamente en la probable dirección del siniestro nido de las ametralladoras enemigas... Más de cien metros había marchado ya, arrastrándose entre espinas y baches, cuando el silbido característico de un cohete se anunció. Breves momentos más tarde el haz luminoso tiñó, con fúnebre luz, un buen trecho del campo, y, acto seguido, repiqueteó la máquina batiendo la zona. Pero Bermúdez, de cara al suelo, dejó pasar la ráfaga de plomo y esperó inmóvil.

Cuando el fuego cesó, el soldado empezó a deslizarse de nuevo, pero ahora a rumbo fijo, ya que la batería traidora había mostrado los colmillos y el lugar exacto desde donde los clavaba. ¡A otros cien metros, a la linde del monte y entre un cerco vivo, disimuladas por las ramas, estaban las perras ladradoras y felonas!

Otro silbido y otro cohete iluminó las cosas... ¡Parecía que el enemigo olfateaba la proximidad del hombre! Mas Bermúdez se adhirió más al suelo protector... El tableteo mortal no se hizo oír esta vez, y el descubierto entendió que los cohetes no significaban otra cosa que una precaución y que los disparos sólo respondían al plan de tirar a ciegas para tener constantemente batida la zona que daba paso a la aguada.

Otro buen trecho anduvo Bermúdez: él no podía calcular cuánto sin un punto de referencia... ¡A lo mejor ya estaba muy cerca y proseguir sería imprudente!

Quedó a la expectativa de otro cohete delator que le permitiera apreciar las distancias...

Transcurrió un cuarto de hora largo hasta que, finalmente, a menos de veinte metros del soldadito surgió la anhelada luz y a sus lívidos reflejos pudo ver los siniestros metales de las bocas de la muerte. Cuando la luz se apagó, Bermúdez quedó más inmóvil todavía, a la espera de los disparos, pero el silencio no fué interrumpido. Lentamente se arrastró diez metros todavía, desprendió de su cintura las granadas, y, poniéndolas al alcance de la mano, esperó el instante decisivo...

Matemáticamente, quince minutos más tarde, silbó un cohete, pero antes de que el abanico de luz inundara el lugar, dos fuertes estampidos separados por cortísimo intervalo, fueron claramente escuchados desde el reducto por el teniente Pereyra y sus hombres...

III

—¡**Sargento** Bermúdez!

—¡Ordene, mi teniente!

—¿Tengo monos en la cara?

—No, señor...

—Y entonces, ¿qué le pasa, que hace un rato largo que me está mirando como a un bicho raro?

—Disculpe, mi teniente, no me había dado cuenta...

Contrastaba la voz suave del interpelado con las jinetas de sargento que lucía en ambos brazos y, más aún, si se sabía que esas jinetas habían sido ganadas valerosamente en acto heroico, y que le fueron impuestas por el coronel en persona frente a todo el batallón formado.

En efecto, no era de suponer tanto valor, decisión y sangre fría, en aquel jovenzuelo de tez aterciopelada, de labios voluptuosos y ojos azules, de mirar intenso y lejano; y, sin embargo, en el batallón, hasta los veteranos más curtidos y zumbones hablaban con respeto y admiración del sargento Bermúdez.

Nadie tenía ascendiente sobre él. Su camaradería era hermética y casi desconfiada. Servicial y afable con todos, con nadie había intimado y, más aún, en los pocos momentos en que el continuado servicio le dejaba libres, se encaminaba al refugio del teniente Pereyra y se complacía en poner un poco de orden en los revueltos papeles y enseres del oficial.

Una tarde éste le sorprendió en la faena:



—Siento, mi teniente, que me hayan hecho sargento.

—¿Por qué, Bermúdez?

—Porque me hubiera gustado mucho ser su asistente...

El teniente quedó cortado, pues hacía ya tiempo que observaba la afectuosa adhesión de su subordinado. Por decir algo, comentó:

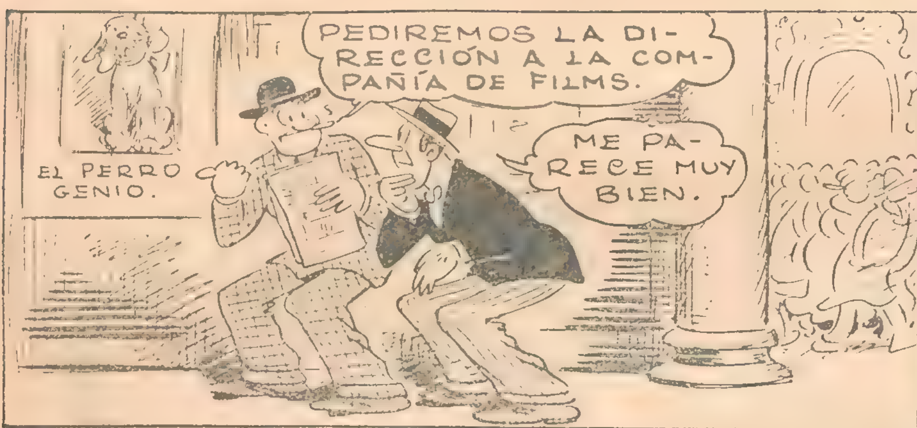
—Cuando quiera usar de mi mesa y enseres, para escribir a su familia...

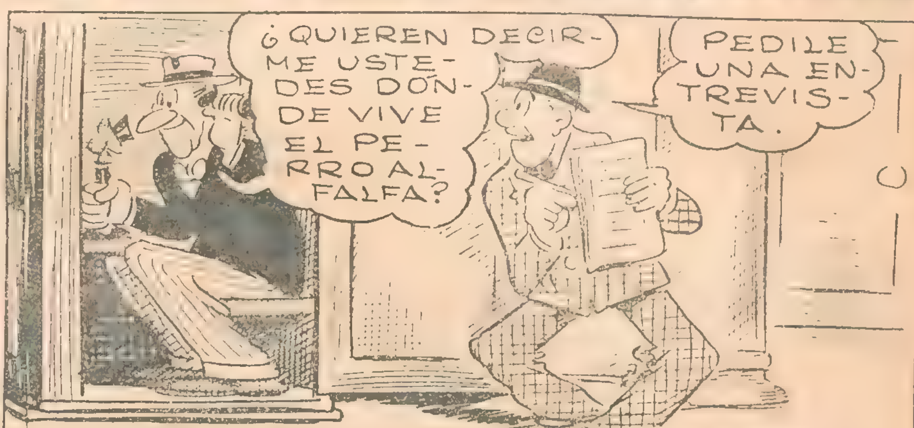
(Continúa en la pág. siguiente)

DON PÁNFILO Y SU PERRO ADOLFO

¿DARÁN UN GOLPE MAESTRO
ESTE PAR DE MALANDRINES
QUE ANDAN RECORRIENDO CINES
EN BUSCA DE ALGÚN SECUESTRO?











El sargento Bermúdez no respondió.

—No tendrá que pedirme permiso... Ya lo sabe...

—No tengo familia... —susurró, casi, el joven.

—¿Ni padre ni madre?

—Nadie, señor... —Y el sargento entornó los ojos para fijar la mirada en un punto imaginario.

Al oficial interesóle la triste declaración del muchacho y, con infinitas precauciones, para no herirle en lo vivo, intentó inquirir detalles:

—¿Tan joven y sin familia?

—Así es, señor...

—¿Se crió solo?

Bermúdez titubeó, mas comprendiendo que las palabras del oficial no eran preguntas de simple curiosidad, sino que, adivinando, instintivamente, un noble interés, respondió:

—No, señor..., tuve familia..., hasta hace poco...

—Cuénteme, Bermúdez...

—No sé si debo, mi teniente... Además, no quisiera que mi historia trascendiera en el batallón...

—Siendo así, no insisto...

—Es que, mi teniente, no sé por qué usted me ha inspirado, desde mi llegada al reducto, una confianza muy grande... Me parece que lo he conocido toda mi vida.

—Gracias.

El teniente Pereyra sintió una especie de inquietud motivada por las últimas palabras del muchacho, tanta dulzura, emoción y humildad había en ellas.

—Yo, mi teniente, vivía, con mis viejos abuelos, muy cerca de Boquerón..., porque mis padres murieron cuando yo era muy pequeño aún...

—Y sus abuelos, ¿murieron?

—Sí, señor... Pero no precipitemos los acontecimientos. Como le dije, vivíamos mis viejitos abuelos y yo muy cerca de Boquerón, en una finquita de escasas hectáreas. Cultivábamos la mandioca y el maní; y, quince o veinte animales, entre caballos, bueyes y vacas, era lo que nosotros llamábamos orgullosamente "nuestra hacienda".

"Nada turbaba nuestro sosiego, y nuestra vida apacible transcurría sin sobresaltos ni temores. Al salir el sol nuestro abuelo y los cinco hombres que formaban la peonada, se iban al campo a iniciar los trabajos del día..."

—Y usted ¿por qué no iba con ellos? —interrumpió el teniente.

—Yo... —y Bermúdez vaciló, pero, rehaciéndose, contestó veloz: —yo me quedaba en las casas para atender a la abuela, para buscar agua en el río y para que, junto a ella, quedara siempre un hombre...

"Un atardecer, reventando caballos, llegó a la finca un hombre herido... Desmontó, y, tambaleándose, llegó hasta la cocina pidiendo un poco de agua. Lo interrogamos y nos dijo que había guerra; que, desde lejos, otros hombres que decían tener derechos sobre nuestro suelo, venían a conquistarlo a tiros... Cambiamos los sucios vendajes del herido y le dimos cama, pero al alba el hombre murió sin proferir otras palabras. Ya de mañana, mi abuelo mandó encerrar la haciendita en el corral, y ayudado por los peones tapió puertas y ventanas con bolsas de tierra. Mi abuela y yo hicimos hilas, es decir, mi abuela sola...; yo..., yo ayudaba a tapiar las aberturas y a cargar cartuchos para las dos desvencijadas escopetas que componían todo nuestro armamento."

El teniente observó las reticencias, pero permaneció silencioso e impasible esperando el fin del relato.

—Dos días transcurrieron en la más absoluta tranquilidad, pero una noche comenzaron a pasar por el camino, distante unos quinientos metros de las casas, muchos hombres, carros, cañones y más carros, más cañones y más hombres...

"En la tarde del siguiente día oímos claramente el tronar, primero intermitente, después continuo, de la artillería... El bombardeo duró toda la noche... De madrugada arreció en intensidad: parecía que el trueno se acercaba a nosotros y que la tierra iba a hacerse pedazos bajo el cielo desplomado.

"Serían cerca de las cuatro de la mañana cuando una gruesa patrulla de enemigos se acercó a nuestra casa...

"—¡Abran, perros!

"Mi abuelo contestó con la voz de "¡fuego!", y una descarga de nuestras viejas armas tumbó en tierra a dos de los más próximos.

"Desde afuera los merodeadores, enfurecidos, contestaron a tiros de inmediato.

"El triste final no se hizo esperar mucho: ellos eran más, estaban bien equipados y pertrechados; nosotros sólo disponíamos de dos escopetas antiguas y unos cincuenta cartuchos en total...

"Mis abuelitos y los cinco hombres fueron reducidos, y, atados codo con codo, sacados al patio y allí, junto a una pared, todos, sin remisión, sin un dejo de piedad ni para mi pobre y vieja abuela, fusilados con una ametralladora para no perder tiempo..."

—Y usted, ¿cómo se salvó?

—Ganando el monte cercano... Desde allí pude observar, desesperado e impotente, aquella tragedia tan cruel como inútil. Cuando los hombres, vencedores, penetraron en la que unos momentos antes fuera mi casa, yo huí por entre el monte en busca de las tropas de mi patria.

—Es cierto que lo que me cuenta es horrible —interrumpió el teniente, — pero la guerra así lo exige, sargento. Aquellas tropas que se acercaron a su casa fueron atacadas... Si yo, con mis hombres, sufriéramos igual recibimiento, haríamos lo propio, porque las leyes de la guerra lo reclaman imperiosamente. Los civiles que atacan o son sorprendidos con las armas en la mano, son, en todas partes, irremisiblemente fusilados. ¡No hay escape!

—Comprendo, mi teniente; pero los que han hecho esas leyes bárbaras no debieron olvidar que, en todos los rincones del mundo, los hombres, uniformados o no, defenderán hasta morir sus hogares y su honor. ¡Para ser patriota no es imprescindible vestir uniforme!

—Tiene razón, Bermúdez; pero así son las leyes de guerra en todas partes... Mas prosiga su relato...

—Bien, mi teniente: atravesando montes llegué hasta una avanzada de las nuestras. El centinela me paró y le conté sucintamente lo ocurrido; llamo entonces al cabo de cuarto, me entregó a él, éste me condujo al teniente y de ahí hasta el mayor.

"—¿Qué quieres? —me preguntó el jefe.

"—¡Ser soldado! —respondí.

"—¡Bien; quedas incorporado!

"Me llevaron a retaguardia... Allí me uniformaron, después me instruyeron un corto período, y, al cabo, me mandaron aquí, a este reducto que usted comanda, mi teniente."

—¿Por qué aquí?...

—Porque yo lo pedí...

—¿El motivo?

—Que esta es la zona más peligrosa de todo el frente.

—Y a los quince días usted, Bermúdez, el más joven de mis soldados, les enseñó a los veteranos cómo se ganan las jinetas de sargento...

Bermúdez sonrió tristemente...

IV

En el refugio del comandante del reducto número cuatro, su jefe, el coronel Villarda, decíale al teniente Pereyra:

—Tomará usted quince hombres... No se me oculta que la misión es terriblemente peligrosa, y no es mi intención ocultárselo tampoco a usted, mi teniente.

—Tomaré quince hombre y cumpliré con mi deber, señor... —sólo repuso el oficial.

—Bien... Con esos quince hombres saldrá usted en la primera hora de la madrugada... Con la mitad se ocupará de cortar las alambradas de púas, y con el resto, las comunicaciones telefónicas... Pero éstas a último momento. De la habilidad, la prudencia y el valor con que usted desempeñe su cometido depende el éxito del objetivo que persigue el alto comando... En usted y sus hombres deseansa el honor de esta empresa y de ella la consecución de planes sucesivos.

—¡Cumpliremos, señor!

—Así lo creo y así lo espero, mi teniente... Y ahora, ¡abráceme bien fuerte, bien fuerte!...

Cuando ambos hombres se separaron del estrecho abrazo que los confundió por un instante, las pupilas del superior estaban varonilmente humedecidas, y el rostro del teniente Pereyra sólo acusaba un rictus de sus mandíbulas fuertemente contraídas.

El teniente llegó a su puesto y llamó:

—¡Sargento Bermúdez!

—¡Ordene, mi teniente!

—Usted está con licencia, ¿verdad?

—Sí, señor: dentro de media hora salgo para retaguardia por ocho días.

—Entonces, llame al sargento Rajoy...

—¿No puedo servirlo yo, mi teniente?...

—No, porque usted no está de servicio... ¡Y me alegro que así sea!

—¿Por qué, mi teniente, se alegra?...

—Nada... ¡Llame al sargento Rajoy!

Bermúdez dió dos pasos para salir a cumplir la orden, pero, repentinamente, hizo alto, y encarándose con su superior preguntó con un dejo de amargura en la voz:

—¿Por qué se alegra, mi teniente, de que yo no esté de servicio?

—¡He dicho que por nada!

—Y... ¿no puedo servirlo yo, en lugar de Rajoy?...

—Bueno; no pregunte más y obedezca... —Pero el tono de la orden no tenía todo el imperio necesario: la voz de Pereyra estaba velada por la emoción.

El sargento comprendió que su oficial quería aparentar una energía que distaba mucho de sentir, de modo que, aun a riesgo de una reprimenda, insistió:

—Le ruego, mi teniente, que disponga de mí...

—¡Imposible!... Usted está franco de servicio... ¡Dios quiere que no esté hoy en el reducto!

—Bien, mi teniente: aún no he dispuesto de mi licencia, y, por eso, Dios quiere que todavía me quede en el reducto para acompañarlo!

—¡Bermúdez!

—¡Señor!

El teniente Pereyra se puso intensamente pálido. La adhesión sublime del muchacho le pegó en pleno corazón, estremeciéndolo hasta en sus fibras más íntimas, y, con palabras que pretendió hacer serenas, procurando no traicionar su entereza, exclamó:

—¡Yo no debo llevarlo a una muerte que todavía no le está destinada!

—Y yo lo acompañaré, mi teniente, dondequiera que sea... Soy un soldado: noble y limpia sangre corre por mis venas, y no he venido a la guerra sino para ofrecerla toda y sin vacilaciones por mi patria...

Pereyra nada respondió... No hubiera podido.

—Deje, mi teniente —prosiguió el sargento, —que no haga uso de mi licencia sino después que usted no me necesite... Además —y en su boca se dibujó su triste sonrisa— las balas me respetan, no me quieren...

—¡Sea! —interrumpió el oficial, con visible esfuerzo. —¡Sea, Bermúdez! —Y después de una cortísima pausa agregó: —Elegirá usted quince hombres de los más decididos..., los proveerá de cizallas para cortar alambres; les entregará media docena de granadas de mano a cada uno como único armamento y sola impedimenta, y a la una de la mañana en punto los tendrá usted listos junto al repecho de la salida del reducto. Nuestra misión se reduce a cortar las alambradas de púas y los hilos telefónicos... Yo tomaré ocho soldados y tendré a mi cargo los caballos de frisa; usted, con los hombres restantes, se ocupará de los hilos telefónicos...

—Bien, mi teniente..., y ¡gracias!

El soldado giró sobre sus talones y desapareció.

El teniente Pereyra, cuando quedó sólo, extrajo de su pecho un medallón, lo contempló un rato largo y después lo llevó a sus labios...

Aquel beso debió repercutir en el corazón de la viejecita que, en ese mismo instante, de hinojos ante la imagen de la Eterna Dolorosa, imploraba por el hijo ausente...

V

—¡Sargento!...

—¡Aquí estoy, mi teniente!...

—¡Chist!... ¡Despacio!...

Un cohete luminoso se elevó en los aires...

—¡Maldito sea!... ¡Nos han visto!... —masculló el teniente.

Dos cohetes más hendieron el espacio.

—¡Péguese al suelo, mi teniente!

Un reflector cortó de improviso las tinieblas y su ojo frío e inquieto buscó... ¿Qué había alarmado al cíclope?

Lo indeseable no se hizo esperar: dos ametralladoras comenzaron a batir ciegamente el área de terreno sospechosa... El tableteo infernal resonaba seco y furioso en medio de la noche...

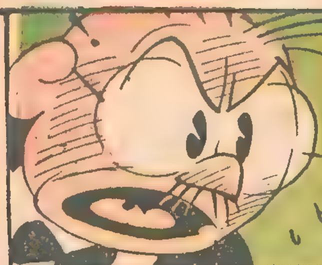
—¡Más contra el suelo! —ordenó el sargento a sus hombres.

—¡Volvamos! —mandó el teniente.

—¡Imposible, señor!... ¡Es mejor no movernos!

—¡Volvamos, he dicho! —gritó el oficial, con voz que quería ser escucha-

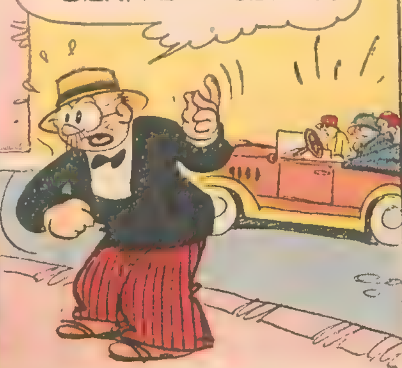
(Continúa en la página 27)

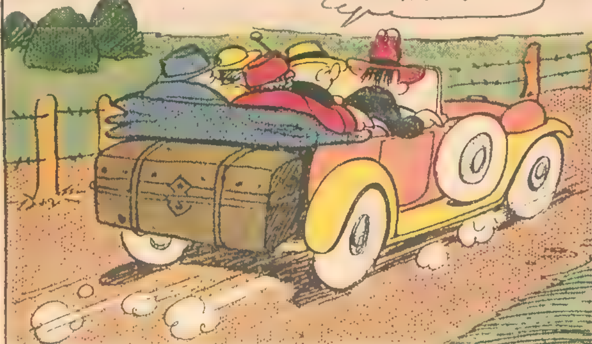


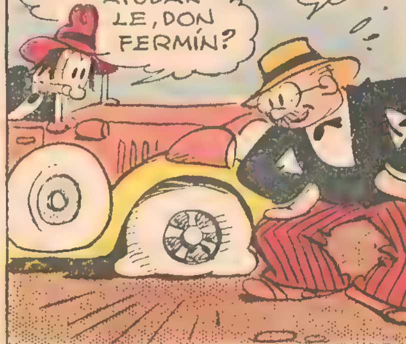
DON FERMÍN

POR DANTE QUINTERNO

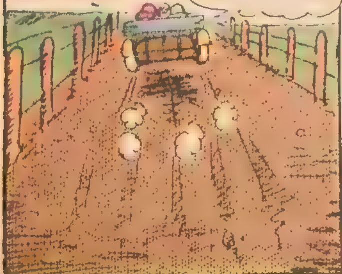
DON FERMÍN Y FAMILIA SALEN EN AUTOMOVIL PARA CÓRDOBA, A CUYAS SIERRAS VAN A VERANEAR.

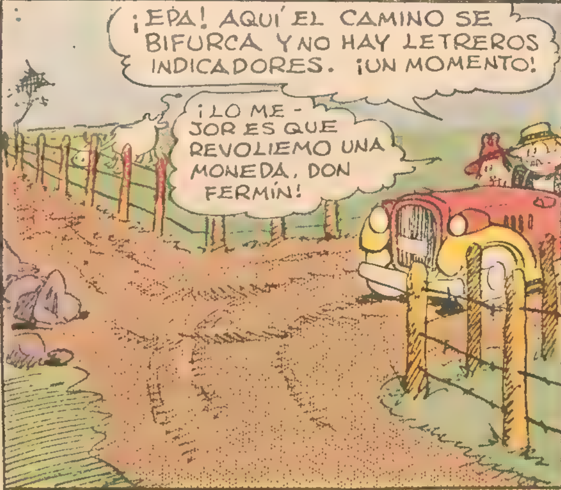




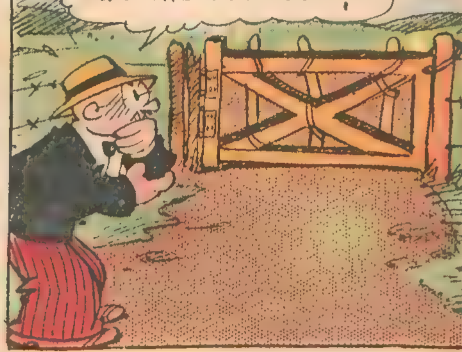


UNA HORA MÁS TARDE



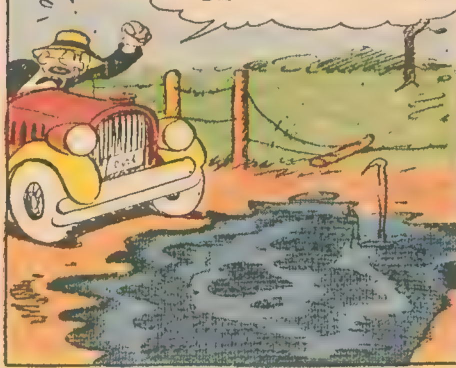


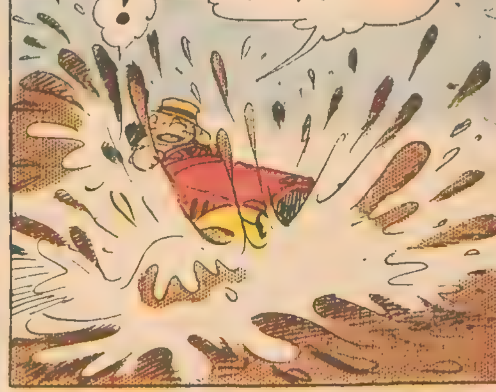


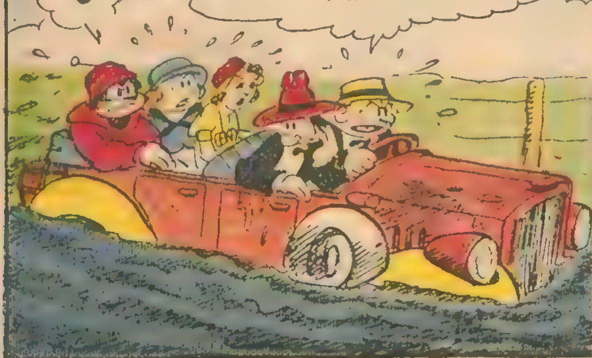


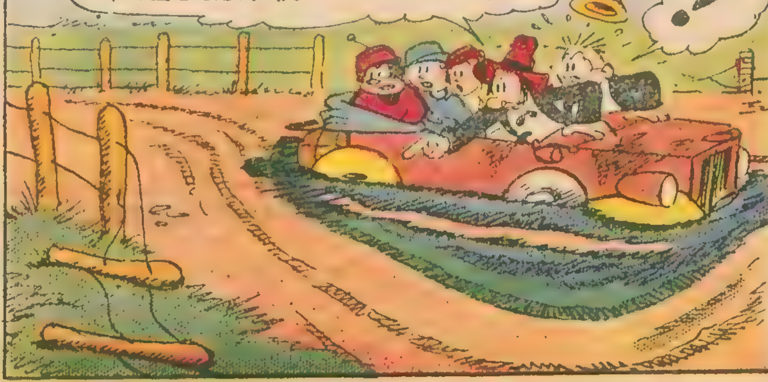


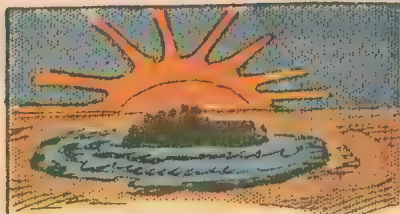












SIGA EN EL PRÓXIMO NÚMERO LAS DIVERTIDAS INCIDENCIAS DEL VIAJE A CÓRDOBA, DE DON FERMÍN Y FAMILIA.

DANTE QUINTERNO 1-24.

El Departamento *de* Informaciones *es el* Alma *de los* Estudios Cinematográficos

Interesantes Revelaciones
por
DAVID THOMAS

¿QUIÉN?
¿POR QUÉ?
¿CUÁNDO?
¿DÓNDE?
¿CÓMO?

LAS verdaderas estrellas de Cinelandia no son las que uno ve proyectadas sobre la pantalla. Estas brillan por un breve espacio, para luego perderse de vista. Las verdaderas estrellas no desaparecen; a través de los años siguen brillando; ellas son el alma de la industria cinematográfica, y, sin embargo, no se conoce ninguna de ellas. Estas personas son las que trabajan en los departamentos informativos de los estudios; su sola misión consiste en contestar toda clase de preguntas.

Autores, directores, ayudantes, actores y técnicos se dirigen al departamento informativo cuando tienen alguna duda, y este departamento no debe jamás contestar: "No sabemos."

Los directores tratan siempre de presentar una cinta técnicamente correcta; con este fin cada departamento o estudio tiene su informativo equipado con una extensa biblioteca que abarca todos los temas imaginables.

¿Pueden comer señoras en un cuartel de oficiales británicos? Los lacayos de la corte alemana de antes de la guerra, ¿llevaban pantalones cortos? ¿Cuál es el rito exacto de la ceremonia nupcial budista? ¿A qué hora fué asesinado Lincoln? ¿Cuántos tiros dispara una ametralladora? ¿Cuál es el número de empleados en la tienda más grande de Nueva York? ¿Cuál es el uniforme de un cartero en Islandia? ¿Qué tiempo es el indispensable para efectuar un casamiento en Francia? ¿Cuáles son las medidas exactas de una mesa de billar? ¿Cómo se corrían los 100 metros pedestres en 1857?



Labor inacabable, paciente e interesantísima es la que está reservada a la directora de un departamento de informaciones, por cuanto de ella exclusivamente depende el éxito de ambiente e indumentaria de una película.

Estas y otras tantas preguntas fueron contestadas en el acto por Natalia Bucknall, jefa del departamento informativo de la Metro-Goldwyn-Mayer, agregando que este departamento contesta un promedio de 25.000 preguntas por año.

—Además de contestar estas preguntas — dice mis Bucknall, — dedicamos gran parte de nuestro tiempo a obtener y clasificar fotografías o dibujos, mostrando los vestidos, muebles, arquitectura y ubicación de edificios en cualquier país y época.

A continuación damos una idea de la información suministrada por mis Bucknall a los autores y directores durante un solo mes:

Una fonda típica de España.

Una vista de la construcción del túnel Holland de Nueva York.

Un par de esposas francesas.

Una vista de un hipódromo francés con todas sus instalaciones.

Una botella de leche, parisiense.

Todas las escenas de una cacería de zorro inglesa.

El interior de la cámara de los jurados de una corte de justicia estadounidense.

Claro que muchas de estas preguntas no tienen influencia directa sobre la producción de las películas, pero ahora demostraremos por qué deben ser contestadas.

En una nueva película de Joan Crawford el director necesitaba saber el tamaño y la forma de una botella de leche de las que se usan en París, porque en una escena Joan y Neil Hamilton aparecen sentados sobre una escalera bebiendo juntos una botella de leche en París. Claro que la botella debía ser idéntica a las que se usan actualmente allí.

Hace 17 años la señora Elizabeth Mc Gaffey organizó un pequeño escritorio de información para el uso de Cecil B. De Mille. Ahora es la directora del departamento de información de la Radio Pictures, teniendo a su cargo una biblioteca que contiene millares de libros y fotografías y como doce empleados.

"Este servicio informativo ha evolucionado mucho durante los 17 años que he estado actuando con ellos — dice. — Al principio el mayor cuidado de los directores consistía en la arquitectura, dándole poca importancia a la indumentaria; luego esto fué subsanado hasta el punto que ahora casi todas las cintas son correctas en todos sus detalles.

"Otra función importante de este departamento consiste en idear nuevas formas de matar al protagonista; con este objeto se han coleccionado recortes de diario informando asesinatos misteriosos y muertes accidentales en los últimos veinte años; si un autor precisa eliminar a uno de sus protagonistas, recurre en seguida a este departamento, que le ayuda a encontrar la forma de eliminarlo, de acuerdo a la época.

"Muchas cuestiones relacionadas con la guerra civil norteamericana necesitaron ser contestadas para la filmación de la película de Richard Dix, titulada "El servicio secreto".

"¿En qué consistía la comida de los soldados federales y unitarios durante la campaña? ¿Qué bebía el general Grant? ¿Cuáles de los dos bandos predominaban, si los de barba o los lampiños?

"Para la mayor parte de la gente esto parece insignificante, pero no es así."

He aquí otras preguntas que causaron dolores de cabeza al departamento de informaciones:

¿Cómo se dividió el mar Rojo? ¿Qué nombre se dió a la primera locomotora que penetró en Deadwood? ¿A cuántas pulgadas del suelo llegaban las polleras de las niñas de 1924? ¿De qué forma son los boletos que se expenden en los viajes de tren París-Berlín? ¿Qué tipo de camisones usaban las chicas inglesas en 1913? ¿En qué año suprimieron los chinos sus trenzas? ¿En qué consiste el desayuno de una familia noruega? ¿Qué clase de instrumentos quirúrgicos se usaban en el siglo XIX?

Un breve paseo por el departamento de información de la Paramount da la impresión del trabajo emprendido por sus empleados; la biblioteca contiene más de 10.000 volúme-

(Continúa en la página 50)

DENTRO *de la vida* MODERNA, *las* HIJAS *constituyen un* PROBLEMA,

según afirma en esta nota

MARY R. RINEHART

HE criado tres varones y puedo decir que los he criado con éxito, pero no pude tener una niña.

Siempre lo lamenté, aunque en estos últimos tiempos mi parecer ya no es el mismo.

Aunque no he tenido una hija, he estado en continuo contacto con las chicas modernas. Después de la guerra me he convencido de una cosa: sus problemas no son los que tuve que afrontar yo en mi adolescencia. Por ejemplo: ellas saben mucho más que yo a la misma edad; además, se hacen menos ilusiones.

Hoy, si tuviera una niña la trataría de manera muy distinta a la que fuí yo criada. Tendría que reconocerla como mujer a una edad en que a mí se me trataba como una chica, y como tal me abstendría de exigir ciertas respuestas, especialmente en lo que atañe a sus amigos, citas, bailes, paseos, etc.

Para una madre a la antigua es indudable que las hijas hoy resultan un problema, pues éstas no pueden amoldarse a los hábitos anacrónicos de la madre, ni la madre aceptar las corrientes de libertad en que la juventud rige hoy su vida. Sobre este tema de gran importancia habla en esta nota nuestra colaboradora señora Rinehart.

He llegado a la conclusión de que las familias de hoy no son unidas. Las hijas a una cierta edad se separan de los padres; primero para ir al colegio; luego para seguir una carrera o una profesión. Esta tendencia de apartarse de la familia se debe probablemente a la curiosidad nata de toda niña para conocer ciertas fases de la vida que no puede satisfacer en su propio hogar. Yo misma era impulsada por esta curiosidad, pero en mis tiempos debía uno abstenerse. Lo que realmente debe entenderse es que hoy día la influencia del padre debe predominar; por la misma libertad que les acuerda a nuestras hijas, éstas tienen la oportunidad de comparar sus padres con los hombres que encuentran y con quienes pasean. Esta comparación les puede servir de base para elegir al hombre que tiene que ser su esposo.

Hoy estaría obligada a acordarle una libertad absoluta, una libertad para elegir los amigos o quizá novio. Aunque no lo demuestren, nuestras hijas son muy románticas, y es este factor el que más tiende a separarnos de ellas, porque en esta gran aventura, ansiosamente esperada, no conciben que después de un tiempo se reduzcan a una vida plácida y algo monótona, como la que llevan sus padres.

Tenemos que reconocer en nuestras hijas ciertas cualidades, producto de la época en la cual vivimos. Por ejemplo: un cierto coraje para afrontar los problemas de la vida diaria. Con una tranquilidad asombrosa la nueva generación ha descartado normas y modales existentes en mi juventud; ha surgido una nueva moralidad, aunque no en forma difinitiva, puesto que esta generación está todavía haciendo experimentos.

¿Será verdad que el joven de hoy no exige castidad en la mujer que debe ser su esposa?... ¿Será verdad tal aberración?... Son estas cuestiones que la juventud debe resolver con su misma conciencia. ¿Qué autoridad puede imponer una madre de hoy? No se les puede encerrar; se considerarían víctimas, y el distanciamiento entre hijas y madres se agrandaría. La solución queda a cargo de ellas; claro que queda todavía entre esa juventud algunos tradicionalistas, hombres que exigén la más estricta moral de parte de las esposas, pero éstos son los que forman la minoría, y sus opiniones no influyen mucho.

Las chicas han sometido el matrimonio a un examen minucioso, pero francamente el resultado no es muy halagador; para ellos no ha llegado a su definitivo estado; en los tiempos antiguos el matrimonio se formalizaba entre dos seres que apenas se conocían; luego vino el casamiento sentimental, teniendo la mujer el derecho de elegir, aceptar o rechazar el pretendiente.

Actualmente consideran que es necesario para el matrimonio definitivo un casamiento experimental. Esto no excluye el amor, pero para que

(Continúa en la página 60)

LAS EVASIONES FAMOSAS

ESPADACHIN, GALAN, CONSPIRADOR, TODO *lo* FUE *el* BARON *de* TRENCK

POR
ALFREDO SORENSON



SI algún hombre puede llevar el nombre de "hijo en desgracia", ese hombre es el barón Federico Trenck, cuya vida parece más bien un romance exagerado que una historia verídica.

Pasó la mayor parte de su existencia buscando peligros y siempre los encontró.



Si consideramos que bajo sus pies se hallaba una losa con su nombre grabado, es lógico suponer que la idea del suicidio lo habría atormentado muchas veces.

El barón Federico Trenck pertenecía a una antigua, noble y rica familia de Prusia. Nació en 1726 en Koenigsberg, y fué educado en la universidad de esa ciudad; fué un excelente estudiante y un experto esgrimista. Durante su estada en la universidad tuvo varios duelos, hiriendo siempre a sus adversarios.

Invitado por un amigo, oficial, Trenck se presentó al rey Federico el Grande, en Postdam, en 1742. Causó muy buena impresión ante S. M., quien le permitió alistarse como cadete en su guardia y al mismo tiempo le prometió una pronta promoción.

Después de seis semanas el rey lo examinó en varias materias y lo ascendió; luego lo nombró edecán, como recompensa por su galantería en el campo de batalla. Su futuro parecía brillante, pero un simple traspié cambió su suerte.

El elegante oficial ganó secretamente el amor de la hermana del rey, la princesa Amelia, cuyo amor por él duró toda la vida.

Un día un oficial le dió bromas sobre su amor clandestino, y sintiéndose insultado sacó Trenck su espada y tuvo un duelo con el oficial, a quien hirió. Al domingo siguiente el rey Federico, que seguramente estaba bien informado sobre el asunto de amor y el duelo, le dijo a Trenck, cuando éste pasó a su lado: "Los duelos empiezan a oírse y la suerte puede caer." A los pocos días de esta advertencia Trenck fué arrestado y enviado a prisión por poco tiempo; al recobrar la libertad fué enviado con las tropas en campaña a Silesia. A su vuelta le pasó algo más desagradable. Había mantenido una inocente correspondencia con su primo, que estaba al servicio de Austria; esa correspondencia con el miembro de una armada enemiga fué tomada como traición, y Trenck fué hecho de nuevo prisionero por orden del rey.

Negando que jamás tuvo el menor pensamiento de traicionar a su país escribió al rey pidiendo se le hiciera un juicio; pero el rey no cont...

Su próximo paso fué establecer correspondencia con la princesa Amelia; ésta le contestó diciendo que tenía plena confianza en él y culpando al rey por la injusta suposición. Le prometió a Trenck pronta ayuda y al mismo tiempo le envió mil ducados. Trenck gastó este dinero libremente, lo que hizo creer a los oficiales que era dinero recibido de su primo.

Después de cinco meses de prisión en la fortaleza de Glatz, Trenck fué sorprendido en una tentativa de fuga. Los planes fueron hechos por otro prisionero; un capitán, quien informó a las autoridades para ganar con esto su confianza. Varios años después Trenck encontró al traidor en Varsovia, y en un duelo lo mató.

Inmediatamente después de haberse descubierto la tentativa de fuga, la vigilancia de Trenck se hizo más severa por orden del rey; pero Trenck esta vez decidió pelear o morir.

Con su cortapluma y una lima cortó tres barrotes de su calabozo, y cortando sábanas en tiras se deslizó; pero cayó de rodillas en el barro, viéndose obligado a llamar a un centinela para que lo levantara. El centinela lo llevó de nuevo a su celda.



Federico el Grande, que envió a Trenck a la prisión, en la cual pasó por terribles momentos hasta conseguir por fin la libertad.

Una semana después de este accidente humillante Trenck preguntó a un oficial si sabía cuánto duraría su prisión.

—Un traidor que mantiene correspondencia con el enemigo, sólo puede esperar el perdón y la gracia del rey — le contestó el oficial.

Enfurecido, Trenck sacó su espada, hirió a cuatro guardias, se deslizó por un pasillo angosto y tuvo que herir a otro centinela para seguir su fuga, siendo herido en tales circunstancias por una espada en el pie y el labio superior; tuvieron que golpearlo fuertemente para apoderarse de él y llevarlo nuevamente a presidio.

Poco tiempo después de esto fué envuelto en un complot con un número de soldados que conspiraban para desertar y libertar a todos los prisioneros de la fortaleza, pero cuando llevaron los soldados el complot al fin no libertaron a Trenck.

Sólo veinte de los desertores escaparon con felicidad. Trenck rehusó dar los nombres

(Continúa en la pág. 23)



CORREO CINEMATOGRÁFICO



Por KING



MIRIAM HOPKINS, por Luis Vigil, de Santo Tomé (Santa Fe).

Muchas gracias por la galantería. Hace poco menos de un año que **JANET GAYNOR** se divorció de **LYDELL PECK** acusándolo de celoso, inconsiderado, peleador y poco delicado. Como ves, las causas eran más que suficientes, sobre todo si se tiene en cuenta lo buenita y humilde que fué siempre **JANET**. Además, él le llevaba fácilmente cincuenta centímetros de estatura, causa por la cual bien se le pudo dar el gusto a ella. Naturalmente, te aseguro que la pobrecita siempre tendrá esperanzas de atraparlo a **CHARLES FARRELL**, que, como recordarás, cuando supo que **Janet** se había casado, por poco enloquece y terminó siendo marido de **Virginia Valli**.

a **Yo Yo.**



EMIL JANNINGS, por Luis Juan Affif, de Villa Maipú (Mendoza.

★ Me pides que te haga un análisis del entusiasmo que la mujer norteamericana siente por los actores de cine, cosa que me resulta imposible. Superficialmente puedo hablarte de ellas, pero nada más. Y para que veas cómo son, te contaré lo que le sucedió a **GEORGE RAFT**, ese actor con cara de capataz de estancia que habrás visto en **Scarfare**, con **PAUL MUNI**, y **Pescada en la calle**, con **SYLVIA SIDNEY**. Resulta que este terrible sujeto llegó a Nueva York donde lo aguardaba un verdadero enjambre de jóvenes desocupadas que querían ver "al hombre más parecido a **Valentino**". Tal fué el entusiasmo, que lo asaltaron, y mientras unas lo abrazan, otras lo besaban, otras lo despeinaban, algunas se entretenían en arrancarle los botones del saco para guardarlos como recuerdo, y no faltaron dos o tres que provistas de tijeras pretendieron cortarle algunos mechones de su engominada cabellera. Naturalmente, este exceso de entusiasmo puede darte una idea de la forma cómo la mujer del Norte admira al actor de cine. Hizo con **GEORGE RAFT** lo que con **Maurice Chevalier** hicieron las francesas, en París, y con **Ramón Novarro**, las inglesas, en Londres. Lo interesante sería saber cómo trataría la mujer porteña a cualquiera de esos "Romeos" si alguno nos visitara...

a **Amigo de King.**

FARRELL MAC DONALD, por Martín Giménez, de Capital.

★ No, lectora; **GLENDA FARRELL** no ha dejado de actuar en la pantalla ni piensa hacerlo. Si últimamente no filmó fué por un capricho suyo, bastante extraño por cierto. ¡Figúrate que no quiso posar para los fotógrafos con las piernas al aire! ¿Imaginas tú a una mujer joven y con piernas bien formadas como las de **Glenda** negándose nada menos que en Hollywood a dejarse fotografiar con la falda más arriba de la rodilla o en traje de baño? ¡Pues eso lo hizo **Glenda**, de resultas de lo cual casi la dejan sin contrato! Pero ahora ya ha cambiado de opinión y está dispuesta a que sus extremidades inferiores sean admiradas por alguien más que por su marido...

a **León XIII.**

★ ¿Qué es la **SANTA CAUSA MARLENISTA?** Hijo mío, eso es muy difícil de explicar, pese a lo cual trataré de satisfacerte. La **SANTA CAUSA MARLENISTA** (así con letras grandotas) es una agrupación compuesta por 453.614 personas (según censo hecho por un servidor en el último mes de diciembre), que aseguramos a fuerza de gritos la supremacía de **MARLENE DIETRICH** (que Dios la conserve) sobre todas las demás actrices actuales, sean norteamericanas, alemanas, japonesas... o suecas. Todos estos señores, menos uno, se han unido a esa sociedad por dos motivos fundamentales: 1º, porque en aquellos inquietos días en que se discutía la recíproca superioridad de **Marlene** y de cierta sueca cuyo nombre no recuerdo, todo el mundo chillaba por la última sin saber por qué; y 2º, porque reconocieron que **Marlene** era mucho mejor. Ahora bien: con tan poderosas razones en la mano, resolví crear una especie de asociación, a la que tuviesen entrada únicamente aquellos que jurasen ser marlenistas hasta que la parca guadañuda se los llevara. Llovieron solicitudes por todas partes, cientos de lectores pedían semanalmente ser inscriptos y algunos llevaron su entusiasmo al extremo de acompañar sus pedidos con un billetito de cincuenta o de cien pesos, que yo, de acuerdo con un gentil pedido del director, tuve que devolver. Hoy es el día en que la S. C. M. cuenta con casi medio millón (salvo error de aritmética, casos de fallecimiento o deserciones) de inscriptos que, pese a los pantalones de **Marlene** y al **Cantar de los cantares**, aún seguimos diciendo, al que nos quiera escuchar, que la alemana es lo mejor que existe en el mundo, aunque deje de mostrar las piernas...

a **Eduardo Roland.**



JEAN PARKER, por J. M. Caussanel, de C. Andonaegui 2934 (Capital).

LEILA HYAMS, por Mario Rufolo, de Anchorena 691 (Capital).



KAY FRANCIS, por Antonio Adrover, de Rojas.

WALLACE BEERY, por José E. Colom, de Teuco 58 (Capital).

★ Creo que el actor más alto de la pantalla es **VICTOR MC LAGLEN**, con mts. 1.89. No tengo la menor noticia de que algún estudio pida actualmente hombres para desempeñar el papel de **Tarzan**. Con esto del nudismo, lo que dentro de poco sobrará por esas calles serán Tarzanes... y Tarzanas.

a **Richard.**

★ Mucho te agradezco tus palabras que continúan teniendo para mí el interés de siempre. Por lo que respecta a Mesec Tubat, creo que lo más conveniente será que le escribas a ella, a esta misma dirección. Mis mejores deseos y hasta pronto.

a **Alraune.**

JOHN BARRYMORE, por Helena T. Iriarte, de la calle 9-1423 (La Plata).

★ **El amor no muere**, cuyo título original es **Smilin 'trough**, fué dirigida por **Sidney Franklin** e interpretada principalmente por **NORMA SHEARER, FREDRIC MARCH, LESLIE HOWARD** y **RALPH FORBES. NORMA nació en Montreal (Canadá) el 10 de agosto de 1904.** Mide mts. 1.53, tiene ojos celestes, cabello castaño y está casada con Irving Thalberg desde el 6 de octubre de 1927. **FREDRIC MARCH es norteamericano, de Racine, desde el 31 de agosto de 1898.** Su nombre verdadero es Fredrick Mc Intrye Bickel, mide mts. 1.77, tiene ojos y cabello castaños y una esposa de nombre Florence Eldridge. **LESLIE HOWARD nació en Londres (Inglaterra) el 24 de abril de 1893.** Se llama, en realidad, Leslie Stainer, mide mts. 1.77, tiene ojos azules, cabello rubio y está casado con Ruth Martin. **RALPH FORBES nació en el mismo sitio que el anterior, el 30 de septiembre de 1898.** Mide mts. 1.80, tiene ojos azules, cabello rubio y está divorciado de **Ruth Chatterton.** Y es bueno que sepas que aquí no cobramos nada por responder a los lectores. A lo sumo, nos limitamos a aceptar uno que otro regalito que nos llena el rostro de rubor, pero que no devolvemos por temor a ofender a quien lo envía...

a **Una lectora de provincia.**

★ Finalizada la lectura de la carta de ustedes, donde lo que menos me llaman es antipático, intolerable, insoportable y viejo solterón (esto último es lo que más me agradó), advierto que me dicen que si soy hombre valiente debo contestarles. Bien; todo ese palabrerío no me ha hecho enojar. Al contrario, pues me recuerda a la enamorada que, tras de insultar a su novio diciéndole que no quiere verlo más y que es un antipático, termina mirándolo en los ojos y colocando su boquita de la mejor manera posible para que el otro le dé un beso. Así, pues, quedo en la seguridad de que ustedes me escribirán, aunque no sea más que para darme el placer de decirme



RAÚL ROULIEN

por NARCISO MOYANO

En Bialet Massé (Córdoba) se domicilia el autor de la presente ilustración, cuyo mérito principal reside en la gran expresión de vida que tiene y en el parecido que guarda con el conocido actor brasileño. Ha sido premiada con los diez pesos moneda nacional que todas las semanas otorgamos al mejor dibujo recibido.

que acerté en la comparación...

a **Flores Silvestres.**

Tengo entendido que uno de los deportes que más se practican en Hollywood es el ciclismo, sobre todo entre los artistas que tienen que rebajar de peso. ¿Lo imaginas todas las mañanas a **RICHARD ARLEN**, dale que dale al pedalcito para no engordar? Y eso sin contar la forma cómo bufarán **CHARLES LAUGHTON, OLIVER HARDY** y otros pesados de Hollywood, sin hablar de **CLARA BOW**, que en cuanto duerme ocho horas seguidas y come un par de días como Dios manda, ya aumenta kilos por lujo.

a **El penado 14.**

Ese muchachito al que **FRANK MORGAN** le pega un sopapito en **De Broadway a Hollywood**, se llama **EDDIE QUILLAN** y nació en **Filadelfia (EE. UU.) el 31 de marzo de 1907.** Está soltero, mide mts. 1.66 y tiene cabello y ojos obscuros.

a **Juan L. Páez.**

¿Por qué quieres datos de **GRETA** y de **MARLENE**? ¿No comprendes que esa clase de preguntas ya es anticuada, con olor a momia y todo? ¡Hay que renovarse, hijita! ¡Hay que hablar de cosas modernas, de **KATHARINE HEPBURN**, del cine nacional y de otras cosas que requieren atención, porque están naciendo!

a **Garbista acérrima.**

Tu carta censurando a **MARLENE** por su tonta manía de vestir pantalones ha llegado como llega toda mujer a una cita; tarde. Sabrás que la alemana ya perdió sus veleidades de hombrecito y ha vuelto a su humilde condición de mujer. De regreso al estudio declaró que jamás tuvo la intención de imponer moda alguna, y que si usó pantalones fué porque se le antojó y nada más. Pero lo esencial es que ahora los ha dejado, cosa que llenó de satisfacción a su marido, no tanto porque al fin **Marlene** dejaba de hacer pavadas como porque él heredará los trajes que, con ligeros arreglos, podrá ponerse...

a **Estoy esperando.**

Ese recorte que me envías sobre la clausura de los bancos en California y el estado en que dejó a los artistas de cine me parece muy interesante. Yo ya había leído algo acerca de eso, pues según parece sucedieron cosas muy interesantes. **CLARK GABLE**, por ejemplo, llegó al estudio en auto de alquiler y pagó los ochenta centavos que marcaba el taxímetro con un cheque. **JOAN CRAWFORD**, como no tenía talonario, se fué a trabajar en bicicleta; algunos pedían a los obreros que les prestasen monedas para comprar cigarrillos, y **LESLIE HOWARD** llegó al extremo de tener que caminar dos kilómetros y medio por carecer de dinero en efectivo para comprar la nafta de su coche. Naturalmente, esto duró poco, cuestión de días, pero no por eso dejaron de registrarse cosas muy curiosas.

a **Jacinto Invierno.**

Espadachín, galán, conspirador, todo lo fué el barón de Trenck

(Continuación de la página 21)

de los conspiradores y fué perseguido como encubridor. La princesa Amelia, con la cual mantenía correspondencia, le escribió diciendo: "Mis lágrimas corren con las tuyas; el mal no tiene remedio; nada más puedo hacer; escápate, si puedes."

Un día un oficial llamado Bach, que era un experto esgrimista y buscador de riñas, invitó a Trenck a reñir, contándole que había herido a un oficial en un duelo.

—Creo que no le sería a usted tan fácil herirme a mí — le contestó Trenck.

A los pocos minutos Bach volvía con dos espadas, diciéndole:

—Muéstreme usted ahora lo que es capaz de hacer.

Comenzaron a pelear, y Trenck lo hirió en el brazo.

—Es usted mi dueño, y obtendrá con mi ayuda su libertad. Tan cierto como que me llamo Bach.

Alabó el arte de espadachín de Trenck y se ofreció en sacrificar su propia vida si era necesario para ayudarlo. Esa misma noche llevó a la celda de Trenck a un oficial llamado Schell; arreglaron que éste último desertaría con Trenck, y así fué; una noche vino a buscarlo, diciéndole:

—Estamos descubiertos; sígame, pero no permita que caiga en manos de mis enemigos; no tenemos un minuto que perder.

—Llevo este prisionero al departamento de los oficiales — dijo Schell al centinela, pero un poco más lejos encontraron un ayudante y un oficial.

Schell saltó sobre una pared, pero cayó, lastimándose el tobillo; inmediatamente hizo lo propio Trenck, llegando al lado de Schell; este último, sacando su espada, le pidió que lo matara y se escapara.

En lugar de hacer lo que le pedía, Trenck lo levantó sobre sus hombros y comenzó a correr con él sin saber adónde iba. El sol acababa de ponerse y el suelo estaba cubierto de escarcha.

Cruzó con él el río Neiss, y pronto encontraron un refugio seguro sobre el territorio de Bohemia.

En agosto de 1748 Trenck entró al servicio de Rusia, como capitán de dragones. Se hizo muy popular en Moscú y ganó el afecto de varias damas prominentes.

Una de ellas era una joven princesa que, aunque comprometida para casarse con un viejo rico, fué el verdadero amor del galán Trenck.

En 1754 su madre murió en Rusia, y obtuvo permiso para pasar a Danzig para arreglar sus asuntos de familia, pero al llegar allí, las autoridades, a un pedido del rey de Prusia, lo entregaron, y fué llevado a Berlín, siendo encerrado en la fortaleza de Magdeburg.

Tan pronto como Trenck se encontró solo en su torre comenzó a planear su fuga; arrancando la mesa que estaba incrustada en la pared con unos hierros. Usó de éstos para levantar las piedras del suelo, numerando cada una de ellas para poder colocarlas en su sitio sin que el centinela se diera cuenta de su trabajo. Comenzó a excavar, y con la paciencia de una hormiga deshacía la tierra en polvo con sus pies y luego lo soplaba por la ventana durante la noche. Ya había llegado casi a su término el trabajo, cuando por orden del rey fué llevado a otra prisión. Esta vez le pusieron cadenas, y su cintura estaba atada con un hierro. Luego se le agregó un collar de hierro alrededor del cuello; a sus pies tenía una lápida mortuoria con su nombre escrito y una calavera grabada.

Trenck, sin embargo, decidió escapar nuevamente; como primer paso tenía que aflojar los hierros, y con un esfuerzo continuo consiguió quitarse los de las muñecas. Luego, con uno de los hierros, enderezándolo, empezó a excavar el suelo, después de haber removido la lápida; pero a los nueve o diez centímetros encontró un banco de arena, que empezó a eliminar con la ayuda de un centinela que simpatizaba con él. Después de nueve meses de penosa labor sus esfuerzos fueron vanos, pues se le hicieron agregar más cadenas.

Finalmente, después de diez años de encarcelamiento, Trenck fué libertado por el príncipe Ferdinando de Prusia, por haberle hecho gracia sus tentativas de huída.

Al recobrar su libertad, viajó por Europa, y se casó con la hija de un bodeguero del Sur de Francia. Durante la Revolución Francesa fué considerado sospechoso, y en 1794 fué guillotinado.

FIN

RESCOLDO

AQUELLA mañana, despertándose más temprano que de costumbre, Lilí evocaba, con la sonrisa en los labios, el paseo de la noche anterior en el coche de Carlos. Nada más que una corta vuelta, con un alto en la confitería para tomar un refresco. Casi sin hablar; pero juntos... Carlos, guiando con una sola mano, la rodeaba con su brazo. Sólo una vez había detenido un momento la marcha para inclinarse sobre ella y besarla de improviso.

Lilí, cerrando los ojos, volvía a sentir la misma extraña emoción de la víspera. Si el primer beso — pensaba — había bastado para trastornar de tal modo sus sentidos, era preciso evitar que el hecho volviera a repetirse. Tenía miedo.

Marta y Raimundo terminaban su desayuno cuando Lilí entró en la cocina con el sombrero puesto y la cartera en la mano, lista para salir.

— ¡Hola! ¡Qué madrugadora! — exclamó Marta cariñosamente, olvidada por completo de la violenta escena de la noche pasada.

Raimundo, apartando la taza vacía y encendiendo un cigarrillo, se permitió una pregunta de doble sentido:

— Pájaro del alba, ¿sales a cazar un gusanito?

— A cazar el tren, nada más — respondió, sonriendo, mientras se servía el café. — Estoy harta de tener que correrlo todos los días.

Pero a Marta no le pasaron inadvertidos el brillo de sus ojos, el rojo de sus labios, el cuidadoso peinado, la blusa y los guantes nuevos.

Lilí quedó sola, terminando despaciosamente su refacción. Se miró por última vez al espejo y salió.

Carlos, que subía al tren de las 8.02 una estación antes, le reservaba un asiento a su lado. Esa mañana Lilí, notando las miradas curiosas de los habituales compañeros de viaje, no dejó de pensar en la envidia con que ella misma había seguido tantos idilios nacidos en el tren. Habitualmente, después de un tiempo, ELLA desaparecía de la escena; solamente ÉL continuaba viajando... Pero Lilí estaba decidida a no verse en igual trance. Antes que el casamiento estaba su carrera. Cada vez se afianzaba más en su resolución de no posponerla a nada. Ni al amor. Por eso, cuando Carlos le preguntó en el vaporcito:

—¿Quieres que volvamos a salir esta noche?

—No, por favor — contestó; — tengo que estudiar mucho.

—Podrías dejarlo para otro momento, me parece. Iré a buscarte a las ocho, así dispondremos de más tiempo.

—Te he dicho que no — respondió con firmeza. — Mis estudios están primero. ¡Siempre! — Había casi indignación en sus palabras. Le parecía imposible que Carlos no tomara en serio "su música".



Aunque cantaba "sotto voce", no percibió el rumor de la verja, que alguien abría, ni el de unos pasos que hollaban el camino de entrada.

En San Francisco, antes de separarse, él insistió una vez más.

—No puedo, Carlos. Lo exige mi carrera. Es una satisfacción que debo a los míos y a mí misma. ¿No lo comprendes?

—Lo comprendo muy bien — dijo él con tristeza. — Eso significa que no tienes tiempo disponible para mí. ¡Está bien! — Con visible disgusto se encasquetó la gorra que había conservado en la mano y le dió las espaldas, sin despedirse siquiera.

Lilí quedó consternada.

—¡Hasta luego, Carlos! — gritó.

Pero él se alejaba ya, sin contestarle.

Durante todo el día Lilí lucho desesperadamente para alejar de su imagina-

de AMOR

RESUMEN DE LO PUBLICADO EN EL NUMERO ANTERIOR

Lilí Lansing, que tiene veinte años, es la hija menor de una modesta y numerosa familia de Woodlake. Todos se sacrifican por ella para costearle la carrera de canto. Vive en Oakland en casa de su hermana Marta, casada con Raimundo, y desde allí tiene que trasladarse diariamente a la vecina ciudad de San Francisco de California, donde trabaja en una oficina. En el vaporcito que utiliza para cruzar la bahía y concurrir a su empleo, encuentra a Carlos Sargent, hijo menor de un rico propietario de vapores. Los Sargent solían veranear, años atrás, en una residencia que poseen en Woodlake. Allí se han conocido los dos jóvenes. En encuentros sucesivos, Lilí se enamora de su amigo sin reparar en la posición social tan diferente. Marta se entera y censura la conducta de su hermana, conminándola a que no piense más que en sus estudios, que tantos sacrificios han costado a la familia. Las dos hermanas han tenido, por la noche, una violenta discusión. Lilí, desobedeciendo a Marta, ha salido a pasear en auto con Carlos.



ción el recuerdo de Carlos. Por la noche, en su casa, buscó refugio junto al piano, en "su música".

Irene, la hermana de Raimundo, había ido a que Marta le ayudase a cortarse un vestido. Desde el comedor le llegaban, de cuando en cuando, fragmentos de su charla. Como siempre, Irene hablaba de sus noviazgos: "...es una monada de muchacho...", entonces él me dijo...", "casi me muero de alegría...", "no estamos realmente comprometidos, pero me ha dicho..."

Mientras Lilí proseguía en sus vocalizaciones, pensaba en aquella manía de Irene, de imaginarse siempre comprometida con alguno... De pronto, no pudiendo ya fijar la atención en sus ejercicios, tomó la partitura de "Madame Butterfly" y la abrió al azar, en la página en que la japonesita canta su esperanza en el retorno del amante que nunca más volvió...

—Un bel dì vedremo...

Marta, que había escuchado satisfecha las vocalizaciones de su hermana, estaba ahora intranquila oyendo el nuevo número. Le pareció que Lilí cantaba con demasiado sentimiento, que ponía mucho de su alma.

—Estás fuera de tono — tuvo que avisarle. En efecto, Lilí, que no conocía bien la partitura, cantaba con inseguridad. Ella lo sabía perfectamente; pero no se detuvo. Porque también sabía que si dejaba de cantar no habría podido resistir a la tentación de correr al teléfono y llamar a Carlos...

IV

Carlos había dejado de tomar el tren de las 8.02. Seguramente volvía a viajar en el de las 8.30, según era su costumbre antes del casual encuentro con Lilí. No se habían encontrado más, y ella casi se alegraba. Estaba decidida a no preocuparse de Carlos, a dedicarse exclusivamente a su estudio. Algún día, quizá..., pero no ahora.

Un atardecer Lilí cantaba una alegre canción francesa, mirando distraídamente hacia la calle. De pronto la voz se le quebró en la garganta. Una terrible sensación de angustia la sobrecogió. Acababa de pasar el coche verde de Sargent. Una joven rubia llevaba el volante. A su lado, hablándole y sonriéndole, iba Carlos.

Esa noche no pudo estudiar, ni cenar, ni conciliar el sueño. ¡Imposible librarse de aquella visión obsesionante!

Al día siguiente le costó tanto trabajo levantarse que perdió el tren. Se vió precisada a utilizar el de las 8.30, aunque le atormentaba la idea de que Carlos pudiera imaginarse que lo tomaba a propósito para encontrarse con él. Subió sin mirar a nadie y se enfrascó en la lectura de una revista.

En el vapor no quiso buscar su asiento favorito. Al subir le había parecido escuchar la voz de Carlos; se sintió enrojecer, pero no quiso mirar. En efecto, Carlos pasó junto a ella. Iba con un señor de aspecto imponente, de pobladas cejas y rostro tostado por el sol. El señor Sargent, sin duda. Temerosa de que Carlos pudiera notar su presencia, en lugar de sentarse fué a apoyarse contra la borda, mirando la bahía.

De nuevo volvió a escuchar la voz de su amigo. Esta vez casi en su oído.

—¡Lilí, cuánto me alegra encontrarte!

Se dió vuelta, desconcertada. Carlos la contemplaba con manifiesta satisfacción. Pero ella no se atrevía, no podía hablar. Además, notó que el señor Sargent y otro caballero que lo acompañaba tenían la vista fija en ellos.

—Estoy con papá — dijo él, señalándoselo orgullosamente.

—Lo sé — contestó casi con frialdad; — lo vi una vez en Woodlake. Y también a tu mamá, aunque creo que ya no la reconocería.

Hubo un silencio embarazoso. Entretanto, Lilí pensaba que todo lo que quedaba en su memoria acerca de la señora Sargent eran sus lujosos vestidos, su aire mundano y la poca cuenta en que tenía a las modestas gentes de Woodlake. Carlos, por su parte, no sabía qué actitud adoptar; la presencia de su padre lo cohibía.

—Espero verte pronto, Lilí — atinó a decir.

Lilí, sonriendo, pero sin responderle, se apoyó de nuevo en la borda. Fué como si ella lo hubiera rechazado, en lugar de ser él quien se despedía.

La vida de Lilí continuaba por su monótono cauce habitual. El obscuro trabajo de la oficina, la caza a los trenes, las comidas a escape, la ayuda a su hermana en los quehaceres de la casa, las lecciones de canto, los ejercicios y ensayos, el estudio del italiano y del francés... Todo llevado a su grado de intensidad máxima; para ocupar la mente, para no recordar...

Una noche Irene llegó de visita, rebosante de alegría.

—¡Estoy comprometida! — Y para dar a entender que esta vez, por fin, era cierta la noticia, se apresuró a añadir: — ¡Comprometida para casarme!

Lilí acudió a la algazara. Se unió a las congartulaciones, admiró el cintillo de brillantes, escuchó toda la historia de aquel amor, desde el primer encuentro hasta el noviazgo... No era, pues, imaginación. Alguien amaba realmente a Irene. Alguien le había pedido su mano. Irene, ¡tan insignificante!, ¡tan poca cosa!

Lilí retornó a su piano, a su canto. Un día y otro día con un ardor casi febril...

Marta y Raimundo coincidieron en que Lilí necesitaba un descanso. Era preciso que se tomara dos semanas de vacaciones en Woodlake. Porque ya no podía caber duda: Lilí estaba ciertamente enferma.

V

Por primera vez en casi seis años los Sargent volvían a pasar una temporada en su residencia veraniega de Woodlake. Una de las razones por las cuales Lilí había deseado, en esta oportunidad más que nunca, retornar a su casa, era precisamente la necesidad que sentía de alejarse de Carlos, de evitar todo encuentro. ¡Y el destino se empeñaba en llevarlo allí, tan cerca de ella!

Pasados varios días, Lilí dejó de preocuparse por la posibilidad de verse frente a Carlos. La mansión de los Sargent estaba sobre la otra orilla del lago, "la orilla distinguida", y sus moradores no parecían dispuestos a invadir la margen opuesta.

(Continúa en la página 50)

UNA CLASE DE BELLEZA POR SEMANA

Por JOSEFINA HUDLESTON

PEINADOS *y* MAQUILLAGE PARA *la* NOCHE

ESTAN *de* MODA *los* ADORNOS *en el* CABELLO

BRILLO! ¡Esplendor! Se presentan de nuevo en esta temporada y con ella vienen para el mundo femenino un sinnúmero de cremas, pastas y líquidos cuya aplicación da al cutis un aspecto fresco y juvenil. Para el cabello, que tanto realza la belleza de la mujer, se usan mucho los adornos. Los brillantes de todas clases y formas, entrelazados en el cabello, confieren al peinado más sencillo una encantadora elegancia.

¡Nosotras las mujeres somos peculiares! Ya sea por exceso de temperamento o simplemente por coquetería femenina, nunca nos divertimos en una fiesta si creemos que no estamos en nuestro "buen día".

Es verdad lo que se ha dicho de que el placer que se obtiene de ir a una fiesta comienza para la mujer en el momento de verter con mano perezosa las sales perfumadas en el baño, y en que deja correr su mente sobre todos los afeites y coqueterías de su toilette. Así que mientras el baño se llena de agua, preste la atención necesaria a la limpieza de su cutis. Después de terminada esta operación, palmee con delicadeza una espesa capa de crema sobre el rostro y el cuello, y luego descanse en el baño caliente todo el tiempo posible.

Después de secarse fuertemente con una toalla áspera y de remover toda la crema del rostro y cuello, póngase una saltacama y preste toda su atención a sus manos. Extienda una nueva capa de barniz en las uñas. Coloree las uñas un tinte más obscuro de lo que acostumbra usarlas durante el día, o simplemente acreciente el colorido de las uñas de los dedos pequeños. El matiz de las uñas debe armonizar con su traje, accesorios o afeites.

Para el arreglo del rostro tengo algo novedoso y sorprendente. Prescindiendo de la natural tersura de su cutis, usted puede hacerlo suave y delicado como el de un niño usando un nuevo cosmético que fabrican los especialistas de belleza. Es polvo en forma de una barrita y se puede conseguir en el tono que se desee. Pasándolo con suavidad sobre el rostro y distribuyéndolo con cuidado con las yemas de los dedos, hace que el cutis más tosco parezca deliciosamente refinado, y aun a los manchados les confiere una apariencia de juventud y lozanía. Esta ilusión de un cutis bello, lamento tener que decir, no es duradera. Una vez que el polvo se quita del rostro, todos los antiguos defectos salen a luz. Sin embargo, durante una noche esconde los pequeños defectos que afean el cutis, y da a la persona que lo usa confianza en su aspecto personal, aunque más no sea por un corto plazo.

Póngase este polvo sobre las mejillas y extiéndalo hasta donde llega la cabellera. Alísese con cuidado alrededor de los ojos, de la nariz y de la boca. Luego use una crema o pasta de rouge para las mejillas. No sea demasiado generosa con el rouge, porque uno de los encantos del maquillage es la naturalidad. Estudie con esmero el color del rouge que necesita y la manera que mejor le conviene extenderlo para que armonice con el resto de sus afeites.

Si usted por naturaleza tiene cutis grasoso, quizá le sea necesario usar sobre este polvo de barra un poco del que usted acostumbra a ponerse. Un cisne de lana es lo más indicado para esto. Palmee con cuidado para evitar que la aplicación anterior se agrume demasiado o le forme rayas sobre el rostro. Su cutis parecerá aterciopelado si se esmera cuando se extiende el polvo de barra, y luego toma las medidas necesarias en la elección y aplicación del rouge.

Aplíquese luego en los labios, cejas y pestañas la cantidad de cosmético que le parezca necesaria.

Estas tres partes del rostro deben estudiarse con cuidado para poder usar los cosméticos que corresponden, elegirlos con arte y aplicarlos con inteligencia, de modo que resalte toda la belleza natural del rostro.

También, si se desea, se puede usar polvo para sombrear los ojos. Esto da esplendor y alegría al rostro. Hace que los ojos más tristes aparezcan brillantes y alegres.

Cuando se usa rimmel, tenga la precaución de no poner demasiado en las pestañas de abajo, porque podría correrse un poquito y le haría una sombra fea debajo de los ojos, que les daría una expresión dura y de vejez.

Hay muchos lápices nuevos para los labios. La que haya encontrado dificultad hasta la fecha en conseguir un lápiz de labios a su



Después de limpiarse el rostro, pásese el nuevo polvo que tiene la virtud de disimular los pequeños defectos del cutis.



Para los brazos se puede usar polvo en pasta o crema, pero tiene que armonizar con el tono del que se emplea para el rostro.

Las diademas son la última novedad. Es una moda que se impone por lo bonita y femenina.



Si tiene que asistir a una fiesta con uno de los vestidos modernos, muy escotados, extienda polvo en pasta o crema sobre los hombros y sobre la espalda.



Los lunares también están de moda; se llevan de distintas formas y se colocan donde hagan resaltar las facciones con más fuerza.

gusto, que armonice con su colorido, hallará un obstáculo menos en el mundo del maquillage, porque ahora se venden muchos lápices que no poseen ningún tinte azulado. Esto es un factor muy importante, y dichos lápices han tenido una cordial acogida en todas partes. Usted hallará que dan un colorido perfecto y adecuado tanto para el día como para la noche. Las rubias, morenas y bronceadas pueden usar el mismo tono de lápiz y a todas les quedará igualmente seductor.

Habiendo terminado con los afeites para el rostro y para los dedos, pongamos nuestra atención en el cutis del cuello, brazos y espalda para que armonicen con el resto. Se puede usar crema o polvo líquido para conseguir nuestro propósito. Si usted usa crema, palméela con delicadeza sobre el cutis. Extiéndala con cuidado por el cuello, hasta llegar a los cabellos y alrededor de los brazos y axilas, codos y hombros. Cubra todas las partes del cutis que están expuestas a la vista. No permita que un surco en la espalda afee el minucioso cuidado que se ha tomado con el cuello y brazos.

Cuando ha hecho esto, póngase su traje de noche y lávese las manos con agua caliente y jabón para quitarles toda grasitud, y luego péinese. Los cabellos rizados en las puntas están muy de moda y deberían usarse de la manera que más redondeen y sienten al óvalo de su rostro. Use los rizos sobre la nuca, un poco más arriba o donde le parezca que harán resaltar más su feminidad; pero recuerde: escoja el buen gusto y siempre exija de su peluquero: elegancia.

Si no quiere parecer una mujer que no está al tanto con la moda, debe, forzosamente, usar brillantes en el cabello. Estos adornos vienen en variadas formas. Hay diademas que se usan como una corona y otras que se ajustan a la parte posterior de la cabeza. Además hay otros que van entrelazados con los cabellos y hebillas que parecen estrellas.

Después que usted ha arreglado su peinado y que ha elegido el adorno más apropiado para la cabeza, escoja de su cajita de lunares el que más armonice con su conjunto. Cuando usa una estrella en la cabellera, elija un lunar de la misma forma, o si su diadema tiene motivos ovalados use uno igual. La idea moderna de usar lunares es para hacer resaltar las facciones más bonitas o delicadas en el rostro.

Después que usted ha arreglado su rostro, pulido las uñas y su peinado está listo, lávese nuevamente las manos y úntelas con una loción blanca.

Hay muchas lociones para esto, y las más nuevas están científicamente preparadas, de manera que se conservan sobre las manos durante una noche sin desaparecer con el roce de los guantes. La loción para las manos debe ser del mismo tono del polvo cremoso que se ha usado para los brazos.

La mujer moderna, correctamente arreglada y ataviada es un cuadro brillante y hermoso que recrea y complace la vista de todo hombre y mujer.

FIN

El sargento Bermúdez

(Continuación de la página 17)

da por sobre el repiqueteo infernal.

—¡No se incorpore, mi teniente! —suplicó el sargento.

—¡Síganme! —Y Pereyra se incorporó.

El fuego de los temibles artefactos arreció en esos momentos.

La figura del oficial, erguida y arrogante, parecía querer desafiar la muerte...

El sargento Bermúdez se incorporó a su vez y corrió junto al oficial.

—¡Tírese al suelo, mi teniente!

—¡No...; síganme!...

—¡Tírese, por Dios!...

Repentinamente la luz del reflector bañó con plena y deslumbrante luz, alargando desmesuradamente las sombras, los dos cuerpos estrechamente abrazados, que luchaban, uno por salvar al otro de una muerte segura y el otro por desasirse del abrazo salvador.

Las dos siluetas sobresalían magníficamente... Las ametralladoras tenían a sus presas frente a sus bocas insaciables... Los sirvientes de las piezas hicieron puntería... y el plomo surgió certero a c u m p l i r su mensaje de muerte...

Pereyra sintió que los brazos del sargento Bermúdez se aflojaban...

—¡Sargento!.... ¡Bermúdez!...

Este no respondió... Suavemente se deslizó a lo largo del cuerpo del oficial hasta llegar a tierra, sobre la que quedó inmóvil.

El teniente Pereyra se inclinó rápidamente; tomó en sus brazos el cuerpo y lo dió vuelta, apoyando la exámine cabeza sobre sus rodillas...

La chaquetilla del caído estaba tinta en sangre...

El herido entreabrió los ojos y su triste sonrisa reapareció en sus labios...

—¡Béseme, mi teniente!... ¡Béseme fuerte, en... la boca!...

El teniente Pereyra juntó su boca a la ya casi fría del moribundo...

Después, veloz, rasgó la chaquetilla del muchacho para restañar la sangre...

En ese momento la luz del reflector alumbró fría y siniestra un blanco pecho de mujer: ¡dos impolutos lirios en los que cinco rosas de la muerte habían florecido sus pétalos de sangre!...

VI

Formado el batallón, pasaron lista.

—¡Sargento Bermúdez!— nombró el comandante.

—¡Muerto por la patria, frente al enemigo! —respondió una voz.

Redoblaron los tambores... Cuando las cajas callaron, se oyó un sollozo, que corrió por las filas estremeciéndolas... Era el teniente Pereyra.

FIN

¿Existen diamantes...

(Continuación de la página 9)

no. Juntos hicieron varios misteriosos viajes a través de la campiña chubutense. Meses después el desconocido regresó a su patria y Visser murió llevándose a la tumba el secreto de la mina de diamantes.

Por nuestra parte diremos que tuvimos oportunidad de observar con lente de aumento una de las piedras que se decían habían pertenecido a la colección del viejo Visser. Dispersos sobre ella vimos claramente incrustados pequeñísimos cristales diamantíferos, comercialmente sin valor. Aquella piedra y otras más saturadas de metales estaban en poder de un amigo que hasta hace poco residía en Comodoro Rivadavia.

Los colonos vecinos de Visser que vieron los famosos diamantes en manos de aquél, aún hoy sostienen que existen por aquellos alrededores campos diamantíferos. Eso sí, no se atreven a asegurar la importancia de ellos. Otros, en cambio, lo niegan. Sobre aquella interesantísima controversia surge así la eterna duda: ¿Existen diamantes en la Patagonia?

FIN

LOS CUENTOS DE MAMA NONA

EL MILLONARIO ORGULLOSO

Tenía un orgullo desmedido el millonario Chuler; casi ni hablaba con los criados. Según fuera la fortuna de los amigos era su afecto. Si eran menos ricos que él, trátabales con menor consideración, y ésta aumentaba a medida que la fortuna se multiplicaba.

Con los labradores de su tierra era déspota y apenas cruzaba las cuatro palabras elementales cuando éstos venían a pagar sus arrendamientos; y estas cuatro palabras eran para recomendarles cuidar mejor las viviendas o cultivar mejor las tierras.

—No los trates con tanto despotismo — solía decir la esposa al millonario.

—El proletario es una especie de animal, ¿cómo quieres que lo trate?

Olvidaba el torpe que el proletario era quien labraba las tierras y arrancaba de ellas día tras día el centavo y el peso que hacían luego sus millones, sobre los que él cifraba su orgullo, olvidando que si tenía tanto dinero no era gracias a su labor, sino a la labor del pobre colono.

Bosques inmensos poseía, y cuadrillas no menos grandes para derribar árboles que luego eran transformados en hermosas maderas, o en simple carbón.

Tanto y tanto exprimió y disminuyó al pobre, que un día el pobre le volvió la espalda. Una nueva industria se levantó cercana a esas tierras, y colonos y peonada, abandonaron al millonario. Inútiles fueron sus llamados y sus avisos. Nadie quiso trabajar con el rico orgulloso.

Fueron derribándose las casuchas abandonadas, los leños pudriéronse a fuerza de esperar que el brazo del hombre viniera a arrancarlos de su quietud y los arrastrara a los barcos que antes los conducían a las fábricas y a los aserraderos. Y los barcos también fueron perdiéndose; uno se llevó la corriente en una tempestad, otro se prendió fuego, incendiándose a su vez dos más que estaban en el pequeño puerto amarrados.

El millonario debió lustrar sus botas si quiso tenerlas limpias, y la esposa rica hacer la comida. ¡Ni un solo criado quiso servirles!

Ni siquiera podían abandonar las ricas y valiosas tierras, porque las vías de comunicación se habían terminado, ya que no tenían otra que el brazo del río; pero sin embarcaciones, ¿qué hacer?...

El vanidoso millonario temblaba por las noches. La soledad le espantaba; luego el miedo se había posesionado de él. Su fortuna disminuía, se agotaba hora por hora, ya que nadie hacía producir la tierra generosa, de donde habían brotado sus millones.

Se llevaba las manos a la cabeza y decía:

—Me quedaré pobre; ¡esta tierra sin explotar no vale nada, nada!

Una sequía inmensa vino a rematar tanto mal; no llovió en siete meses; las hierbas estaban secas; el bosque requemado por el sol.

Una noche desencadenóse una tormenta. Rayos y truenos aterraron al millonario. Oraba junto a su mujer, y clamaba al cielo piedad para él y perdón para sus culpas.

El cielo pareció no escuchar el clamor del orgulloso y déspota. De pronto cayó un rayo en el centro del bosque, en lo más empinado de los árboles. Y el último desastre se desencadenó sobre la vida del millonario,

(Continúa en la página 47)



DE ALTA GRACIA


El doctor Fernando Peña en rueda familiar, comenta en la terraza del Sierras Hotel los pocos acontecimientos que se producen en la tranquilidad de aquellos parajes tan pintorescos como saludables.


Familias de Font, Ezcurra, Gándara y Madero, en la terraza del mencionado hotel, a la hora tranquila de anochecer, integrando los núcleos amables que se improvisan en aquel lugar.


Las familias de Torassa y Santillán, a la hora del "yantar", se disponen a saborear el rico y aromático café con que se epiloga casi siempre una buena comida.


Siempre hay un buen cuentista en los hoteles de las sierras. He aquí uno de ellos sorprendido en el momento de una narración, que no parece muy interesante, porque los oyentes han optado por atender al fotógrafo.


Las familias de Peña y Butler Martínez, en un instante de buen humor colectivo, lo que se justifica cuando se pasa bien y confortablemente el terrible mes de enero que venimos soportando en la metrópoli.


La familia de Andino también demuestra en la fotografía que todo le sonríe en torno suyo. Sobre cada plato descansa un helado y en las copas repletas han quedado el vino y el agua con abundancia inexplicable



A falta de Mar del Plata, la pileta del Club de Gimnasia resulta tan agradable como la propia Playa Grande cuando se trata de lucir la silueta elegante.



Tres bañistas lindas, de las muchas que frecuentan esta pileta, una de las que cuentan con las preferencias del elemento juvenil dentro de los límites de la ciudad.



Una bañista que con su bonete blanco ha adquirido la extraña expresión de una figura de cera. La que aparece en primer término ha adoptado un bonete a prueba de mojaduras.

SONRISAS Y FLIRTS GIMNASIA



Las mallas masculinas no tienen nada que envidiar a las que lucen las chicas a la hora del baño. He aquí un modelo más que sintético, que parece tener aceptación en el núcleo de los muchos Adonis que, como éste, se dedican al "flirt" entre zambullida y zarbullida, sin pensar que en una de esas se quedan enganchados en la cadena del matrimonio.



Los baños de sol, colectivos, tiene en las proximidades de la pileta numerosos cultores. Niñas y jóvenes se tienden cómodamente al sol, porque es fuerza aparecer a la moda con la piel bronceada.



La lectura es un motivo de distracción, mientras se aguarda el momento propicio para sumergirse en el agua, generalmente fría de la pileta. Todo esto, bajo la mirada traviesa del galán, que observa. Entre dos fuegos está la linda bañista que ha optado por dedicarse a la lectura, única forma de anular las descargas de palabras y miradas de los dos aspirantes que, cada cual desde su situación estratégica, se disponen a demostrar sus derechos a la conquista del "fortín", lo mismo que están haciendo los bolivianos y paraguayos, con sus treguas correspondientes.



Espaldas que se doran al sol, mallas que son una síntesis perfecta, forman el conjunto de las bañistas modernas que se recrean en la pileta y combaten los calores del cruel verano sin mucho riesgo.



La boina vasca sirve hasta para zambullirse. Lo demuestra esta graciosa bañista que se la ha colocado con aparente abandono sobre su cabeza, segura de que le queda bien.

EN LA PILETA DE Y ESGRIMA





Dos siluetas atrayentes dentro del conjunto, que soportan con natural estoicismo el obligatorio baño solar. Una de ellas, para resguardar sus ojos, los ha cubierto prudentemente con un par de gafas.



Cuando se producen los distanciamientos en un "flirt", la sonrisa desaparece, especialmente en la expresión del que se considera culpable. Este aire cándido que ha adoptado el bañista no es sino el reflejo de su estado íntimo, torturado por una preocupación muy honda, que le ha hecho perder la sonrisa.

ESTA en su APOGEO la TEMPORADA



La señora Margot Silvano de Régoli, luciendo uno de los vestidos de playa que han reemplazado ahora al pijama.



La lectura es en la playa, antes y después del baño, un agradable pretexto para matar el tiempo: es lo que están haciendo las señoritas Esther y Nina Carbusiero.



Señoritas María Victoria Costa, Olga Genta, Belleza Costa, Arone Costa (hijo) y los señores Héctor y Ernesto Roccatagliata, dispuestos para jugar al "baloon".



La señora Celina Brenta de Firpo y el niño Willy Gassini Balbani, disfrutando del fuerte sol de enero, a la hora del baño matinal.



Señoritas Elvira y Bilette Torres Moyano, posando ante el fotógrafo, como es de rigor, antes de darse el primer baño en el proceloso mar.



La señorita Magdalena Chenaut, con una elegante indumentaria de baño, luce, además, una original sombrilla para protegerse del sol.

Las señoritas María Esther Guilelmino y Elena Marelli, descansando en la arena, bajo la sombra propicia de un toldo.



La señorita Josefina Fernández, tomando su correspondiente baño de sol en la arena de playa Bristol.



O

RADA de MAR del PLATA

Señor Carlos Torres, poco partidario del baño de mar, acompañado de su señora, Magdalena Pampin, que se ampara en una elegante sombrilla japonesa.



Señorita Angélica Sangiácomo, aclimatándose en la playa, como se estila, para impedir que el sol haga estragos en su piel delicada.

Fotografías de Witcomb.



El señor Justo Cucullu demuestra ser un buen papá, que se preocupa de su linda piba, Rosa Josefina, a la que se dispone a dar su primer baño.



UNA VISION CINEMATOGRAFICA DE LA CATASTROFE DE CACHEUTA

El cauce del río, ahora seco, es todo lo que es dable apreciar en el mismo sitio que antes se alzaba el Pabellón de Beficencia, las dependencias del personal y la galería de baños. Increíble parece que aquí mismo existiera hasta hace apenas unos días toda una edificación sólida y perfectamente cuidada.

En el apresuramiento del salvataje, el personal del hotel y los huéspedes sacaron a los sitios en que el peligro del derrumbamiento era menor, los muebles y prendas de uso personal. Fueron momentos de fiebre y de desesperación. Y pasada la violencia del fenómeno, fué imposible entrar de nuevo los muebles, debido a que el edificio no ofrecía seguridad.

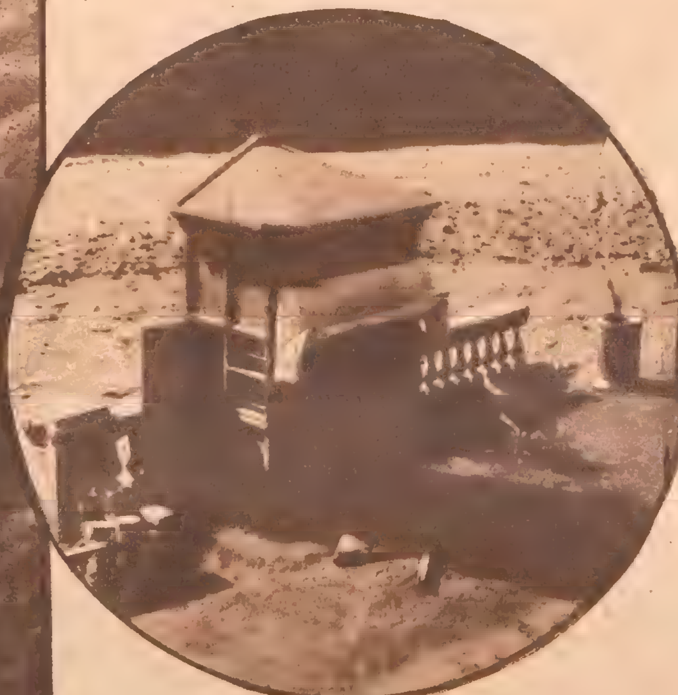
Después de la zozobra de varias horas en que numerosas personas estuvieron a merced de los elementos desencadenados, sobre estos elásticos, a doscientos metros del hotel, se hizo un modesto asado que sirvió para reponer fuerzas, ya más tranquilizados los ánimos.

El sitio romántico que se llamaba "La gruta de los enamorados", por la circunstancia de ser frecuentado por parejas de novios que iban ahí atraídos por el encanto del paisaje, ha quedado reducido a este hacinamiento de hierros y de piedras. La dura peña que oyó más de un juramento de amor se ha llevado al río sus secretos. Y los dirá hoy en su canción de agua.

Una parte del terraplén del puente sobre el río Mendoza, en la localidad de Barrancas, fué arrastrada por la corriente. Esa misma circunstancia evitó que la correntada se llevara todo el puente, pues el terraplén destruído desempeñó las veces de dique.



El valle de Cacheuta, reproducido en esta fotografía panorámica, es un pequeño cajón embutido en la precordillera mendocina, formado por sierras todavía bajas. El que acude allí para disfrutar el beneficio de las aguas curativas no tiene, en realidad, otros esparcimientos que los que le proporciona el gran hotel que se ve en el centro, rodeado de sus consiguientes dependencias. Una que otra cabalgata y la inevitable excursión automovilística a Mendoza, constituyen las únicas "salidas". También representa una segura distracción para los pasajeros del hotel el manso río Mendoza, que se ve a la derecha, en cuyo menguado caudal se pierden muchas miradas ansiosas. El turbión de aguas, sin embargo, convirtió esta vez al río en un instrumento de catástrofe. El lector puede imaginar cómo aumentó su cauce para cubrir parte de las dependencias del hotel, a cuya izquierda se ve la vía férrea, destruída parcialmente.



Esta casilla que aparece en la foto es la de nuestro corresponsal en Cacheuta, el fotógrafo Bejarano. La correntada pasó por aquí arrasándolo todo, pero, milagrosamente, respetó la casilla, que, como se ve, apenas si sufrió ligeros desperfectos.

Según se puede apreciar en la fotografía, por aquí pasó la avalancha en forma terrible. Se trata de las dependencias del hotel que quedó medio derruído. Muchos turistas vieron desde aquí, con ojos de espanto, el imponente espectáculo de las aguas furiosas.

El local de las termas ofrece este impresionante aspecto luego de la catástrofe. En primer término se encontraban instalados los baños. De ellos no queda ahora sino un informe montón de escombros.

Esta es la galería de los baños termales que quedó destruída en su totalidad, como aparece en la fotografía de arriba. El turbión no respetó nada y las modernas instalaciones quedaron reducidas a unos cuantos escombros informes.

Piedras, arena y restos de edificación fué todo lo que quedó de las instalaciones en que se encontraban los baños. La correntada fué tan violenta que arrastró las maquinarias, el ascensor y buena parte del edificio.



Hacia el kilómetro 40 el aspecto que presenta el paisaje es este. Las instalaciones han sido averiadas, cuando no destruídas, y todo es desolación en los contornos. Puede decirse que el espectáculo da la sensación de que la catástrofe pudo ser mucho mayor.



De la hermosa pileta de natación que se inauguró el 6 de enero no quedó absolutamente nada. Hierros retorcidos, grandes piedras diseminadas, restos informes: he ahí lo único que se alcanza a ver en donde antes se alzaba la flamante instalación.



El punto del hotel más directamente afectado por la catástrofe fué el que mira al Oeste. Las aguas fueron llevándose lentamente el amplio terraplén que la sustentaba. Y lo que no fué inmediatamente arrastrado por la corriente, está derrumbándose en la actualidad.



En esta fotografía aparecen los doctores Nereo Giménez Melo, subsecretario del M. Obras Públicas, y Colombo Berra y su familia, y la señora de Agote. Todos están esperando los autos de auxilio que fueron enviados no bien se tuvo conocimiento de la catástrofe.



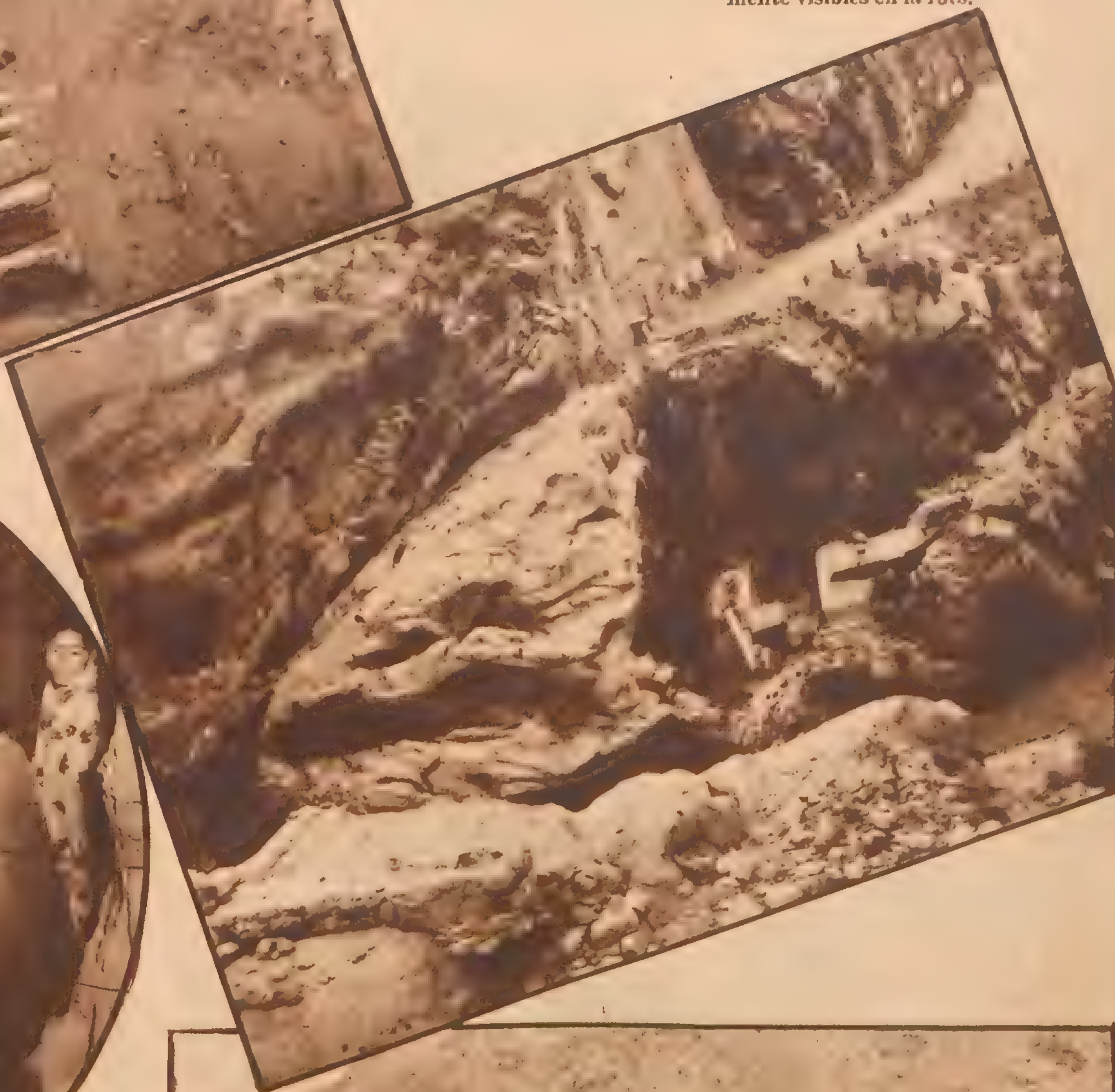
En este rincón estaban instaladas las lavanderías y el depósito de ropa del hotel. De ambas dependencias no quedó sino lo que se alcanza a ver. La violencia de las aguas fué aquí particularmente avassalladora, y en muy poco tiempo lo destruyó todo.

Fotos de Bejarano y de la Agencia Gráfica.



En esta forma primitiva se arreglan hoy los pobladores de la zona de Cacheuta para poder atravesar el río, pues las aguas arrastraron el terraplén y la vía quedó en el aire, cosa que es fácilmente perceptible en la fotografía.

El ímpetu de las aguas cortó el camino carretero en las inmediaciones de Cacheuta abriendo profundos surcos que costará mucho rellenar. Los considerables desperfectos son fácilmente visibles en la foto.





Las familias que tenían su vivienda en las márgenes del río, a la altura de Luján y Cuyo, las abandonaron para buscar refugio en otro punto más seguro, cuando la violencia de la catástrofe empezó a insinuarse sin posibilidades de escape.



Esto es lo que quedó del puente del ferrocarril Transandino. Las aguas han adquirido ya su cauce normal, pero del puente sólo resta la mitad y en un extremo se ven los rieles en el vacío. Quizá sea esta la foto que da más claramente idea de lo que fué la catástrofe acaecida en Cacheuta.



En este estado quedó el puente del ferrocarril luego del primer embate de las aguas. Todos los pobladores del otro lado del río quedaron aislados y fué muy difícil hacerles llegar los socorros correspondientes, lo que originó entre ellos escenas de gran confusión y verdadero pánico.

Fotos de Bejarano y de la Agencia Gráfica.

HACIA EL DESIERTO BLANCO DE LAS ISLAS ORCADAS



Félix Monti, el segundo jefe de la comisión científica, despidiéndose de su madre, puso una de las notas más conmovedoras en el momento de la partida, que fué presenciada por numerosas personas. Monti ya ha ido varias veces a las islas Orcadas y está familiarizado con la vida de aquella inhospitalaria región.



El señor Marcelo Barbieri, otro de los miembros de la comisión que va dispuesto a trabajar de firme en el observatorio meteorológico de las regiones australes, lejos de los halagos de la civilización y luchando con las inclemencias de la naturaleza.



Recordarán los lectores que el año pasado uno de los miembros de la expedición sufrió un accidente y se fracturó una pierna. Ese hombre es éste: Juan Carlos Lynch, que nuevamente vuelve al observatorio, con el mismo entusiasmo de entonces.



He aquí los bravos hombres que van a arrostrar todos los peligros de un ambiente hostil, sacrificándose en aras de la ciencia y de la patria. Son ellos: Carlos Berg, jefe; Félix Monti, segundo jefe; Marcelo Barbieri, observador, y Rómulo Devoto, el popular cocinero.



Por primera vez va la misión a las Orcadas en un buque perteneciente a la marina mercante argentina. Jefes y oficiales del "Rata", la nave en que arribarán a las islas australes los intrépidos hombres de la misión científica que se desterrarán durante un año.

Fotos especiales de "Mundo Argentino".

24 horas en



9 DE LA MAÑANA

1 No son muy numerosas—cabe decirlo—las visitas al Museo Nacional de Bellas Artes, pero también es de justicia destacar que hay visitantes, como los dos que figuran en esta nota, diligentes y devotos. Acaban de abrirse las puertas del Museo y ya se hacen presentes estos caballeros. Su visita será ampliamente retribuída por el Museo, que, guardador de verdaderos tesoros, les brindará su interior magnífico.

10 DE LA MAÑANA

2 No bien se entra en el Museo, la presencia augusta de la Victoria de Samotracia—en calco fidelísimo—brinda al visitante, al par que una de las más puras impresiones de arte, un adelanto significativo del carácter del lugar que se visita. Ante su vista, cualquier comentario resulta innecesario y osado. Llega, premiosa, a nuestros labios, como una oración, la cuarteta inmortal del divino Rubén:

"Esta egregia figura
[no tiene ojos y mira,
No tiene boca y lanza
[el más supremo grito,
No tiene brazos y hace
[vibrar toda la lira
Y dos alas pentélicas
[abarcan lo infinito."



Se ha dado en decir, y muchas veces con insistencia intencionada y agresiva, que los museos son organismos muertos. Pero la verdad es muy otra. Los museos viven diariamente en la emoción renovada de aquellos cuyos pasos fueron guiados hasta sus recintos por el cariño desinteresado, por la devoción alta y por las ansias respetuosas. Y esto es en tal manera cierto, que puede afirmarse que los museos reviven todos los días, a un mismo tiempo, el ayer inmediato y períodos lejanísimos, llenando siempre el espíritu de las más intensas y encontradas

11 DE LA MAÑANA

3 La cámara ha sorprendido en la Sala Italiana a un "copista", en plena labor. La escena es común en todos los museos, de la índole, del mundo. La "Visita a los Sagrarios", que así se llama el cuadro que se está copiando, de Doménico Morelli, pintor italiano (1826-1901), será trasladada por el copista, de una tela a otra, con absoluta fidelidad. Después, ¡vaya a saber Dios lo que pasará! Dos visitantes observan con curiosa atención la tarea paciente, minuciosa y exacta del copista.



2 DE LA TARDE

4 Después del breve descanso del mediodía se ha reabierto el Museo, cuyas autoridades, como puede apreciarse en esta nota, no sólo realizan funciones de organización, cuidado y conservación, sino que también se avienen con frecuencia a servir amablemente de guías — veraces y autorizados en estos casos — a las visitas. Aparece en esta fotografía el secretario de la institución, don Augusto Da Rocha (hijo), que es un artista inteligente y culto, destacando los valores de una tela ante una gentil visitante. El cuadro se titula "Retrato de la esposa del artista" y está considerado como uno de los trabajos fundamentales dentro de la obra de su autor, Armando Spadini, italiano (1883-1925). Pertenece al doctor Alberto Figueroa, que fué su particular amigo y quien lo ha dado en préstamo al Museo, donde todos lo admiran.



3 DE LA TARDE

5 Entre plumas, café, papeles y cigarrillo — atributos exactos del periodista — ha sido sorprendido el director del Museo, don Atilio Chiappori. Es uno de nuestros más autorizados críticos, de larga y destacada actuación en la prensa argentina, y al frente de nuestro Museo de Bellas Artes ha realizado una obra amplia y significativa que puede apreciar quien visite su nuevo edificio cuya organización e instalación es también obra exclusiva de su fecundo esfuerzo.

UN MUSEO



6

4 DE LA TARDE

Los cuadros necesitan permanente atención, constante cuidado. Mientras las visitas recorren las salas del Museo, destacados artistas, en locales interiores, corren con la tarea de poner muchas telas en condiciones de ser admiradas por el público. El restaurador está en este caso dando los últimos toques — luego de haber tapado huecos y cerrado grietas — al retrato del insigne escritor don Enrique Larreta por el gran pintor español don Ignacio de Zuloaga, tela que en breve será expuesta a la sana curiosidad de quienes frecuentan el Museo.



sugestiones. Tanto que si el museo que se visita es de artes, como en este caso, quizá se haga carne en el ánimo del espectador, por ineludible parangón entre el ayer y el hoy y aunque con muy distinto sentido, la verdad absoluta, perenne, del verso inmortal siempre dicho y siempre exacto que reza, que "cualquier tiempo pasado fué mejor"...

Con la ayuda gráfica y cierta de la cámara, MUNDO ARGENTINO ha vivido un día entero en el Museo Nacional de Bellas Artes, y trasunta esa jornada en esta nota que se complace en brindar hoy a sus lectores.

7

5 DE LA TARDE

El Museo recibe visitas de toda clase y calidad. Imponiendo ruidosamente su voluntad a su "nurse", esta preciosa niñita, que es Clara Lucila Urquiza Anchorena Marín y que más tarde brillará en los más calificados salones porteños, se ha llegado hasta el Museo desde la acera opuesta, de la Plaza Francia, adonde había sido llevada a tomar sol. Con la varita que sostiene en su manecita derecha trata de jugar, animándolo, con el perro de la tela "Los dos amigos", del ilustre pintor francés Eugene Carriére (1849-1906). La cámara ha tomado esta hermosa nota que, en manos de un pintor, hubiera resultado ciertamente, un cuadro de cuadros.

8

6 DE LA TARDE

Ha llegado la hora de cerrar y los servidores del Museo dan una última vuelta por sus salas. Después de la jornada de labor, antes de retirarse para gozar del merecido descanso diario, el más viejo de todos ellos, don Antonio Parodi — 72 años de edad y cerca de 30 en la casa — se ha parado una vez más, en actitud de contemplación religiosa, ante la paleta de Corot, que se exhibe a la admiración de todos en el "hall" del primer piso del Museo Nacional de Bellas Artes.







9

9 DE LA NOCHE

Quietud. Así podría titularse esta nota. Hace rato ya que las visitas y el personal del Museo han abandonado la casa. La obscuridad que reinaba en esta amplia sala de escultura, ha sido ahuyentada por la visita que le hace la luna a través de la claraboya del tejado. Ahora hay penumbra y las cosas han retomado sus formas. La luna, una vez más, ha sido importuna y quizá haya quebrado el diálogo de las sombras.

10

MEDIANOCHE

Los museos son, en cierto modo, estuches de inmortalidad al cuidado de los hombres, el refugio más inestable que tiene la vida. La obra de arte que entra en un museo comienza una nueva vida: la vida perdurable. El enorme tesoro que guarda el Museo Nacional de Bellas Artes, tiene para su custodia un puñado de hombres de distinta jerarquía, pero todos de probada voluntad y celo. Este sereno, justo a la medianoche, controla su reloj de vigilancia en uno de los sótanos del Museo, donde se guardan grandes cantidades de obras de arte, tan importantes y valiosas como las que se hallan en exhibición, pero que por razones de oportunidad y espacio esperan el momento propicio para mostrarse al público. La nota es simbólica. Este buen hombre, en ese ambiente y en tal tarea, resulta un poco como pretendiendo marcarle las horas a la eternidad.

El veraneo en NECOCHEA

La señorita Perla Litvin en un momento de reposo, luego de una animada partida de "balloon", se ha tendido en la arena, para tener así una oportunidad de demostrar que es una silueta bien dibujada.

Es tan vasta la playa de Necochea, que sirve como lugar para los grandes galopes por la arena húmeda. La señorita Titina Márquez, que cabalga un obscuro patas blancas, se dispone a demostrarlo prácticamente.





Este chico gordo y trabajador se llama Adolfito Oscar Bani, y está empeñado en hacerse una casa en la arena, porque le gusta tanto la playa, que no parece dispuesto a abandonarla.





La señorita Perla López juega al "balloon", porque sabe que de este modo contribuye a combatir la tendencia de todas las chicas a aumentar de peso, con lo cual pierden la posibilidad de hallar un novio.



Joaquín, Latte y Walter Heidersen, han quedado en una isla, como tres náufragos. Los tres parecen esperar la llegada del bote que haya de salvarlos de la difícil situación por que atraviesan.

La señorita Nelly Adita Merlo se dedica a la lectura. Al menos esto lo deja adivinar un libro que lleva en la mano. Como puede advertirse, también en Necochea los maillots sintéticos son una realidad indiscutible y absoluta.



El primer contingente de niños débiles, que ha constituído una numerosa colonia en Necochea, haciendo los ejercicios de práctica en la playa, momentos antes de tomar el baño.



Thelmita Lidia Gastaldi tiene un balde, una sombrilla y cara de pocos amigos. Esta expresión desafiante se debe sin duda a que la mamá, que no aparece en la presente fotografía, le ha pedido a la nena que sonriera delante del feo fotógrafo japonés.

Fotos Fumiko

El CRISANTEMO es el MOTIVO de BORDADO para esta CARPETA



Dos variantes para la colocación del bordado. Una es la carpeta en conjunto y la otra es una esquina donde se puede aplicar el bordado combinando los crisantemos.

Los puntos son, en los dos casos, iguales. Las flores con pimpollos, bordados a "punto lanzado" y la guarda a "punto cruz".

Si se quiere se disponen unas delicadas flores con dos hojitas distribuídas en el interior de la carpeta.

En muchas oportunidades, cual si quisiera de esa manera hacer resaltar la fuerza de tal convicción, Clyde Beatty nos ha hablado que jamás debe confiarse totalmente por entero en una fiera. Pese al grado de bondad de la misma o a la gran mansedumbre demostrada a través de muchos años, una de esas bestias siempre puede ocasionar trastornos. Tal es el caso de nuestro colaborador, que se vió atacado por "Nerón", su león preferido, con el cual actuara durante muchos años realizando ejercicios que provocaban la admiración de todo el público. "Nerón" comprendía perfectamente a su dueño, asimilaba prontamente las enseñanzas y jamás había demostrado en los ejercicios nerviosidad alguna. Y, sin embargo, cuando menos Clyde lo esperaba, se produjo lo que tarde o temprano debía producirse. "Nerón" atacó al domador, poniendo en grave peligro su vida.



En enero de 1932 fuí atacado por "Nerón", mi león preferido, con el que realicé verdaderas proezas circenses ante públicos numerosos.

¡DOMANDO FIERAS!!....

EL caso más sensacional de mi vida, tanto por su resultado como por lo imprevisto, ocurrió hace aun no mucho tiempo, en enero del año 1932, fecha en que fuí atacado por "Nerón", mi león favorito, con el que he realizado, perdóneseme lo poco modesta de la declaración, verdaderas proezas circenses. En reiteradas oportunidades los periodistas me solicitaron que relatase fielmente lo acontecido en aquel terrible día, pero sólo hoy puedo hacerlo. Los periódicos de Estados Unidos comentaron el penoso incidente, pero no pudieron hacerlo con la fidelidad necesaria, en mérito a que yo me encontraba en el hospital, luchando por salvar mi vida.

Tuvo lugar aquello durante el período invernal preparatorio, encontrándome en el campamento circense de Indiana. Poco más de una docena de pernas presenciaban la escena, mientras yo trataba de colocar en sus pedestales respectivos a los tigres y leones que se hallaban en la pista. "Nerón", entre ellos, no evidenciaba signo alguno de nerviosidad. Pero al instarlo para que saltase, en lugar de hacerlo sobre su pedestal como tantas veces lo hiciera, saltó limpiamente sobre mí. Fué su acción completamente imprevista, pero pude advertir que con ella no traía buenas intenciones, ya que su carga fué una de esas tan terminantes, que un domador experimentado de inmediato las reconoce.

Sin embargo, no me dió tiempo a defenderme, y sin saber cómo, me encontré de espaldas al suelo, con la fiera encima mío. Tampoco recuerdo cómo fué, pero vi que la silla se me había escapado de entre las manos.

Fué aquel el momento peor de mi vida. Sabía que "Nerón" era un león poderosísimo, tanto en fuerza como en habilidad, y por ello creí llegado mi último instante de aliento. Conforme "Nerón" se inclinó más hacia mí dispuesto a despedazarme con sus filosos colmillos, levanté la mano derecha apoyándola sobre su labio superior y la nariz. Luego, con un poder sobrehumano, nacido de la propia desesperación, conseguí estirarlo, manteniendo así su cabeza un poco alejada de mi cuerpo. Mi intención era prolongar en todo lo posible la lucha para dar tiempo a que alguien me ayudase. En efecto, así fué, pues varios de mis ayudantes intervinieron desde la parte exterior de la pista utilizando largos palos y pretendiendo alejar a la fiera.

Pero todo era inútil, pues ésta no se alejaba ni abandonaba su presa.

Así estábamos cuando "Nerón" intentó desembarazarse de aquel momentáneo obstáculo. Al hacer tal cosa me encontré de pronto con mi mano hundida hasta la muñeca en su boca. Hice un rápido movimiento y la saqué de tan peligroso lugar, no sin antes dejar entre sus dientes algunos trozos de piel.

Aún es hoy el día en que me siento incapaz de determinar las causas por las cuales la fiera no pudo morder mi mano. Sospecho que, lejos de no hacerlo por propia voluntad, no lo hizo porque la sorprendió mi imprevista defensa.

Así, "Nerón" no buscó ya mi rostro y se conformó con morder lo que en aquel instante estaba más cerca de sus colmillos. Y eso fué el muslo de mi pierna derecha. Hundió allí sus dientes furiosamente apretando cada vez más, como si se hubiese propuesto partir el miembro en dos, deseo éste que, lo confieso, no me pareció muy correcto. Habiendo hincado sus colmillos lo suficiente como para sentirse satisfecho (después resultó que llegó a interesar el hueso), "Nerón comenzó a arrastrarme. Sentí como si una máquina poderosa estuviera reduciendo a pedacitos mi pierna, mientras algo caliente se deslizaba por la piel hasta empapar el pantalón. Y de improviso, ¡oh, milagro!, "Nerón", después de haberme arrastrado un par de metros por el suelo, se detuvo, me soltó y se acercó a una leona.

El encuentro había terminado.

Lo que me salvó fué la circunstancia de que, al arrastrarme, lo hizo en dirección a la leona que él tenía en tal momento en su imaginación. Momentáneamente la había olvidado para atacarme, pero cuando la vió recordó que era ella su objetivo principal. Sólo esto pudo evitar que Nerón convirtiese mi cuerpo en pedazos. Mis ayudantes colocados fuera de la pista y armados de largos

(Continúa en la página 47)





Clyde Beatty, sentado sobre "Nerón", la formidable fiera que tan imprevistamente lo atacó apresándolo con sus colmillos y poniendo en grave peligro su existencia.

Una serie de EMOCIONANTES ALTERNATIVAS *en la* AZAROSA VIDA *del* GRAN DOMADOR CLYDE BEATTY

Hojeando los últimos Libros

NORAH LANGE: "45 DIAS Y 30 MARINEROS"

Colección "Cometa" — Buenos Aires

Una muchacha que viaja sola en un barco noruego, con el consiguiente revuelo entre la tripulación y los oficiales, constituye el tema central de la novela que Norah Lange ha concebido y realizado con acierto encomiable.



Norah Lange

El argumento en sí, tal como puede rápidamente esbozarse, no presenta mayor originalidad. El cinematógrafo lo ha tratado en repetidas oportunidades, y muy poco quedaría por agregar en tal sentido. Pero la novela de Norah Lange no tiene la superficialidad de la aventura cinematográfica ni se propone lograr sus fáciles efectos. Ingrid, su heroína, no tiene tampoco nada de audaz o de atrevida: apenas ha subido la planchada del vapor cuando ya, al sentirse sola, está en un tris de llorar y arrepentirse.

Por eso más que en la intriga, que es simple y directa, aunque de un interés siempre despierto, interesa en la novela de Norah Lange la exacta pintura del ambiente moral en que la protagonista va provocando — sin que ella misma contribuya conscientemente, — reacciones de una intensidad cada vez más aguda.

Desde el capitán hasta los marineros, una cadena de fuego va ciñendo a la pasajera, y aunque ésta no tiene nada de aquella Pantea evocada por D'Annunzio en las páginas al rojo de su "Sueño de un crepúsculo de otoño", se siente crecer en torno suyo, a medida que las páginas se suceden, ese aliento quemante que precede a las tormentas. Con un agudo sentido de la novela — que ya quisieran muchos de nuestros más difundidos novelistas, — Norah Lange va creando con trazos cada vez más vigorosos esa impresión de un acecho cada vez más obstinado.

La figura del capitán, sobre todo, con sus timideces y sus artimañas, sus brutalidades y sus exigencias, adquiere un relieve singular. Y no por menos trabajadas son por eso indiferentes las otras siluetas que van y vienen en el libro: la de Guttorm, la de Stevenson, la de Karl; tan dolientes todas bajo su exterior semirrudo que la pasajera no se aleja del barco sin una impresión casi de congoja. Y es que, tal vez, en los cuarenta y cinco días que duró su viaje, Ingrid llegó a comprender que pesaba sobre todos ellos una fuerza más poderosa que la voluntad individual, y que sería injusto, por lo mismo, reprocharles con demasiada dureza sus palabras o sus gestos.

El mérito del libro sería completo si la autora no empleara con demasiada frecuencia palabras y giros tan extraños, que dan a menudo la impresión de estar leyendo una novela pésimamente traducida. ¿Qué decir, por ejemplo, de "la contrición más subraya de veracidad" (página 9); de las "vicisitudes inapetentes" (página 110); de "la espalda cálida y lejana en reciprocidad" (página 126); de la liga "sobre su pierna progresiva en capilares" (página 155)? Y si eso ocurre con expresiones que embarullan simplemente algunos párrafos, ¿qué decir, en cambio, de frases íntegras como estas dos: "Ella presiente aspectos geométricos desempeñados por los dos" (página 38); "Ella escribe, angulosa de resentimiento perdurable" (página 111)?

ALFREDO R. BUFANO: "LAUDES DE CRISTO REY"

Buenos Aires

Desde el valle mendocino de San Rafael, tan bellamente cantado por Bufano en otro de sus libros, el autor de "Laúdes de Cristo Rey" se asocia a la celebración del "año santo".



Alfredo R. Bufano

Versos vestidos de sayal de lino, tienen estos de los "Laúdes" una suave y luminosa inspiración de misticismo. Bufano dice en ellos sus dolores de pecador y sus alegrías de creyente. El "puro don del canto" se le escapa hacia el cielo de su religión para buscar en ella el consuelo y la calma. Clara soledad, dulce llanto, paz triste y serena: esa es la nota dominante en los "Laudes". Laudes de un poeta que aspira a encontrar el sosiego de su espíritu en las semiborradas creencias de su infancia: "cuánto tiempo perdido en vana espera sin ver, Señor, que estabas a mi lado".

Aníbal Ponce



La CIENCIA INUTIL

...es aquella que devuelve la salud a los seres que ya han muerto para el mundo; que, salvándolos, los convierte en fantasmas terroríficos.

CUENTO POR TRISTAN F. CESTERO

SENTADO en un banco del jardín del hospicio, por la milésima vez Pablo Migrera se restregaba los ojos con sorpresa y admiración. No podía dar crédito a la realidad, a la preciosa realidad de haber recobrado la razón, después de... Pero ¿era verdad que habían corrido cuatro años desde aquel día en que, fatalmente, le pareció que se le rompía algo dentro del cerebro y había caído en una especie de sueño profundo? Era verdad, aunque no le pareciera. El almanaque, los diarios, todo se lo confirmaba en ese momento en que ya se creía despierto del todo de ese sueño tan largo y tan tranquilo, sin inquietudes ni pesadillas.

Cuatro años había durado su locura; pero fué la suya una locura mansa, pasiva; parecía más bien un estado de horrible idiotez. No deliraba, no desbarraba, no profería siquiera una palabra. Era, como solía decir el director del establecimiento, un "vivo muerto". Hubiera deseado verlo agresivo y locuaz como los otros; así no le habrían descuidado un solo momento. En cambio, la locura que Pablo Migrera padecía se le antojaba extraña y más peligrosa que todas las demás, precisamente por eso; porque no lo parecía.

El doctor Gallín, el más afamado de los alienistas del hospicio, se había sentido por demás atraído por el caso de aquel enfermo. Y más aún por las circunstancias en que había perdido la razón, por cierto trágicas. Fué un domingo, al regresar Pablo Migrera de la plaza, a donde había llevado a su hijito Miguel, de cinco años escasos, para que corriera y jugara con los demás niños. Miguelito, en un impulso inconsciente, se le soltó de la mano poco antes de llegar a un paso a nivel que debían cruzar, atraído por el ruido de un tren que se acercaba. En vano fué que Pablo quisiera contenerlo. Cuanto más corría él, más corría el chico. Esto fué sin duda la causa de la tremenda desgracia. De haberlo llamado él, sin echar a correr en su seguimiento, Miguelito se hubiera detenido junto a las barreras. ¡Y no hubiera ocurrido nada! Pero el chico, por huir de su padre que lo seguía, amenazándolo por su desobediencia, se coló por debajo de las barreras dispuesto a continuar su fuga a través de las vías. ¡Y en ese momento tuvo lugar lo terrible! El tren, apareciendo veloz e imponente como un fantasma, arrolló al niño, que desapareció instantáneamente bajo el miriñaque de la locomotora.

Al grito taladrante del padre se unió el de cuantos presenciaron el suceso. Sólo hasta aquí alcanzaban los recuerdos del hom-



bre devuelto milagrosamente a la vida. A partir de ese entonces no recordaba absolutamente nada. En ese momento, sentado en un banco del jardín del hospicio, hubiera jurado que no había vivido aquellos cuatro años, o que los había pasado en un sueño, del que fué despertando poco a poco, con cansancio y pereza, como cuando se echaba a dormir después del almuerzo, y dormía demasiado, embotándose los sentidos y agriándose el estómago.

Al recuerdo de la tragedia que había trastornado su vida se sacudió horrorizado. No pudo contener el llanto, y lloró hasta desahogarse de aquellas lágrimas que no pudo derramar en el luctuoso momento y que durante cuatro años debieron quemarle las entrañas. Le parecía que todo aquello acababa de ocurrir en ese mismo instante; que si echaba a correr hacia su casa, encontraría en ella el cadáver de su hijo, terriblemente destrozado, dentro de una cajita blanca, y a su mujercita llorando sin consuelo al pie del catafalco. Pero una fuerza muy superior a la suya lo ataba al banco, lo inmovilizaba. Por un instante tuvo miedo de volver a perder la razón, y trató de olvidar su desgracia. Se frotó la frente con el pañuelo y tendió la vista en torno suyo. Por el jardín, en plena primavera, discurrían otros enfermos como él; más enfermos que él sin duda, porque él ya había retornado al mundo de los vivos, y había recobrado con la razón la voluntad, la alegría y casi hasta la fe.

A su izquierda, entre unas matas floridas, vió una mano que se agitaba como tratando de cazar algo en el aire. No necesitó verle la cara para saber quién era. Era Polirio, un pobre enfermo que afirmaba que su corazón se había convertido en un insecto, y que estaba en la obligación de cazarlo para volverlo a su pecho y poder seguir viviendo. Más allá sus ojos tropezaron con Berrier, otro enfermo, más pacífico, que se pasaba el día contemplando el firmamento como a la espera de algo que no quería revelar por temor a que se lo usurparan; y un poquito más lejos vió a Cerrilo pasearse con un puñado de papeles en la mano, como estudiando. Era un infeliz que había perdido la consciencia estudiando los orígenes de una pertinaz locura imaginaria

Ahora que se consideraba un hombre como todos aquellos que al otro lado de los tapiales del hospicio luchan y se afanan por vivir, Pablo Migrera comprendía qué horrible cosa es vegetar privado del tesoro de la razón. "La razón — pensaba — es el mecanismo de la vida humana. Ella nos hace gozar



y sufrir, porque nos revela el secreto de las cosas, con su verdad dulce o amarga. Teniendo uso de la razón, se vive. Careciendo de ella, se está muerto. Yo he estado muerto mientras ella desertó de mi cerebro. Ahora que ha retornado, recomienzo a vivir. Esos pobres hombres — siguió diciéndose mientras sus ojos seguían a Polirio, Berrier y Cerrilo en sus fantásticas ocupaciones.— son "vivos muertos", porque carecen de entendimiento. Si un día lo reconquistaran, como me ha ocurrido a mí, les parecería también que han despertado de un sueño; que han sido reintegrados a la vida por una voluntad superior: "voluntad" que tanto puede ser Dios como ser la ciencia."

Al llegar a este punto se sacudió en su asiento.

"En estos cuatro años en que he vivido ausente de mí mismo — siguió pensando — ¿qué tonterías habré cometido? ¿Me habré sentido perro, como algunos; santo, como otros; estrella, genio?... ¿Qué habré hecho en todo este tiempo, que no lo recuerdo? ¿Habré estado dormido, efectivamente, como me pareció mientras iba recobrando la razón? Posiblemente, sí; no, no; posiblemente, no. En esos cuatro años debí pensar, sufrir, luchar mucho, porque he regresado a la vida cansado; con un cansancio invencible del que por fortuna voy reponiéndome poco a poco.

"Cuando tenga que abandonar esta casa para dejar a otro más infortunado que yo este lugar, ¿qué haré? Me será fácil reorganizar mi vida? Posiblemente, sí; buscaré a mi adorada Emilia, que acaso me está esperando llena de inquietud y de amor..."

Se contuvo de pronto visiblemente emocionado:

"¿Estará esperándome, en efecto? ¿Y por qué no? ¡Me adoraba! "Si murieras antes que yo — me dijo más de una vez, — imploraré a Dios el milagro de tu resurrección." Acaso a ella se deba mi retorno a la vida. Se lo habrá pedido a Dios, y Dios la ha oído."

Un enfermero, acercándose a él, interrumpió de pronto su soliloquio:

—Migrera; el señor director y el doctor Gallín lo esperan a usted en la Dirección.

—¿Para qué?

—Creo que para darle a usted de alta.

Los ojos de Pablo Migrera se iluminaron súbitamente. ¡Por fin llegaba para él el momento tan anhelado de la libertad! Su salida del hospicio confirmaba sus esperanzas de salvación, de rehabilitación. Una vez transpuesta la puerta de salida, se consideraría un ciudadano más, un nuevo luchador, un nuevo benefactor de la humanidad, porque contribuiría a su progreso y a su dicha con todo su entusiasmo y toda su inteligencia.

—¡Ya era hora de que me dejaran libre!

Se levantó y se dirigió rápidamente hacia el pabellón del director. Durante el camino no cesaba de asombrarse de la vitalidad de que se sentía poseído; del entusiasmo y de la fe que lo animaban, que contrastaban con su negligencia y agotamiento de poco antes, cuando su mente pasaba por la fiera tortura de sus pensamientos.

Al llegar a la dirección asomó la cabeza, inquiriendo:

—¿Me dan ustedes su permiso?

—Adelante, Migrera.

Entró él, con la gorra en la mano, y se acercó a la mesa del director, a cuyo lado se hallaba el alienista Gallín, a quien le

debía su salvación.

—Ha llegado por fin la hora de que usted se reintegre a la vida ciudadana — dijo el director.— Desde este momento está usted en libertad de salir de esta casa, en la que, para satisfacción nuestra, deja usted el grato recuerdo de una conducta ejemplar.

Migrera quiso interrumpirlo, pero el director no se lo consintió:

—Sospecho que va usted a decirme, en su descargo, que un insano no es responsable de sus actos, buenos o malos, y en eso está usted en lo cierto; pero el caso es que como enfermo pudo usted darnos mucho trabajo..., y no nos ha dado usted ninguno.

—Más vale así — musitó Pablo Migrera. — Yo hubiera lamentado..

—Queda usted libre, pues, y se lleva nuestro agradecimiento. Sin embargo, me creo en el deber de informar a usted que su... enfermedad fué desde el primer momento reputada por la ciencia como incurable. No obstante ello, el doctor Gallín, aquí presente, puso todo su saber en salvarlo a usted. No podía el doctor Gallín admitir que fuera más fuerte ni más sabia la Naturaleza que su ciencia. Y logró vencerla, amigo Migrera, de la manera más providencial. Pero no es este hecho en sí lo que le enorgullece, ya que él está al servicio de la humanidad, sino que su satisfacción estriba en el hecho de reintegrarlo a la sociedad, de la que un accidente cerebral lo arrojó de su seno "indudablemente" que para siempre.

—Doctor Gallín — dijo Pablo Migrera, profundamente conmovido. — Le debo a usted la vida, la felicidad...

—¡La vida! — dijo el doctor Gallín, modestamente. — La vida, tal vez; la felicidad, no. La felicidad la reconquistará usted ahora, al salir de aquí.

—Así lo espero. — Pero se ensombreció en seguida. — Digo, si es que mi mujercita me aguarda todavía. — Y de pronto: — ¡Dígame, doctor, por lo que usted más quiera! ¿Ha venido mi esposa a verme durante mi enfermedad?

—¡Oh, sí! Muchísimas veces. Demostraba un gran interés por su salud. Le estará aguardando, ¿por qué no?

Al despedirse, volvió a reiterarle al doctor Gallín su agradecimiento por su interés en salvarle.

—¡No lo olvidaré nunca, doctor, y me complaceré en pregonarlo a los cuatro vientos! ¡A usted le debo la vida, y le deberé también la felicidad!

Pocos días después, inesperadamente, irrumpió Pablo Migrera en la dirección del hospicio. Su aspecto no era el mismo de cuando salió. Traía el rostro congestionado y los ojos como queriendo saltárseles de las órbitas. Se encaró hecho una furia con el director.

—¿Dónde está el doctor Gallín, para echarle las manos al cuello para estrangularlo, por villano y por cínico? ¿Dónde está?

—¡Pero, amigo Migrera! — balbuceó el director sorprendido y atemorizado. — ¿Qué le pasa a usted? ¡Hable, diga!...

—Me pasa una cosa terrible; la misma que debe ocurrirles a todos aquellos infelices a quienes la ciencia infernal de ustedes devuelve a la vida. ¡Pero el doctor Gallín es un cínico refinado, un canallita! Se complace en curar a sus enfermos para gozarse luego de su tragedia, sabiendo, como sabe, que un demente es un muerto al que no debe tratarse de resucitar, sino al que debe enterrarse, para que no vuelva a enloquecer de dolor.

—Pero..., explíquese usted.

—¡Es horrible! ¡Es horrible! — seguía clamando Pablo Migrera, mesándose los cabellos desesperadamente. — ¡Un demente no debe salir jamás de entre estas paredes! ¡Es un fantasma, un muerto resucitado por quien todos sienten un miedo instintivo, feroz, enloquecedor! A mí acaba de ocurrirme eso. Fuí adonde vivía antes de mi desgracia, y no supieron darme razón de mi mujer. Me atendieron presas de un miedo invencible, hablándome desde detrás de las puertas y de los muebles. Fuí luego a la casa donde había estado empleado, y no quisieron recibirme. También causé espanto. Lo leí en todos los ojos, en todos los gestos y en todos los ademanes. Algún amigo de antaño que encontré al paso, también esquivó mi presencia. En vano fué que quisiera justificarme, que diera las mayores muestras de lucidez. ¡Doy miedo! ¡No convenzo!, de modo que es inútil el esfuerzo de la ciencia para curar a enfermos de mi mal... Pero todavía me faltaba encontrar a mi mujer. ¡A mi mujer!..., y la encontré. ¡El mundo es chiquito, chiquito!... ¡Y no quiera usted saber la verdad, doctor! Emilia era una perjura, una desleal; no me esperó. ¡Se fué con otro hombre! — Mientras hablaba iba exaltándose cada vez más. — ¡Con otro hombre, ella, que me juró ser sólo mía! Pero esto no era todo; lo grave, ¡lo imperdonable fué que al verme empezó a proferir gritos de socorro y a llamarme loco!; y trataba de huir de mi refugiándose detrás de los muebles. A sus gritos acudió gente, mucha gente, y quisieron apresarme. Yo me defendí como un tigre, y corrí tras ella, y le eché las manos encima, y le apreté la garganta con todas mis fuerzas, rabioso, frenético; y luego, cada vez más poseído por mi desesperación, salté por sobre todos y salí a la calle, y me metí en un automóvil; y aquí me tiene usted: ¡loco!, ¡loco de verdad!, que ahora lo reconozco, lo "veo"... y muy dispuesto a hacer pagar al doctor Gallín la burla de devolverme la vida para que pudiera apurar el cáliz de todas las angustias. ¿Dónde está? ¿Dónde está? ¡Dígame usted dónde está!...

El director, alarmado por la creciente exaltación de su antiguo enfermo, oprimió un timbre disimulado en uno de los costados de su mesaescritorio, mientras ponía toda su astucia en contenerle:

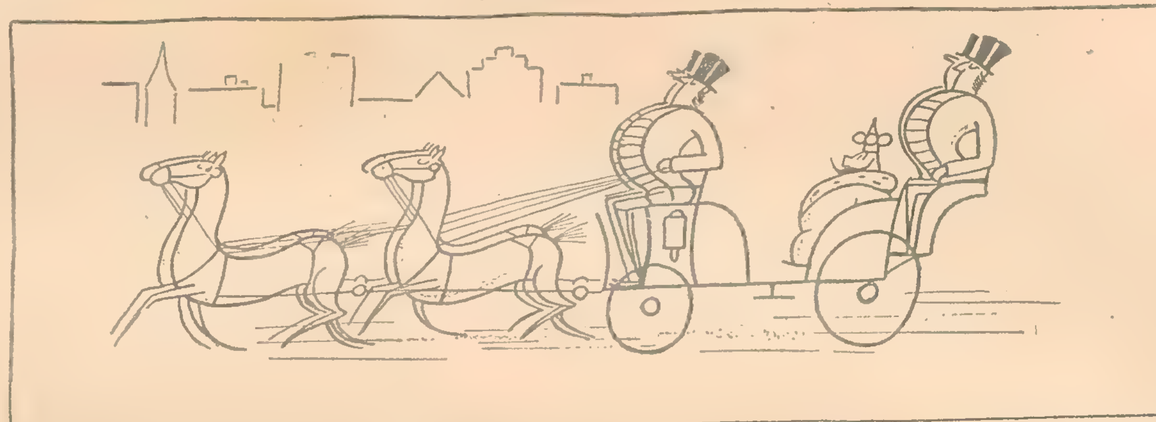
—¡Vamos, mi querido amigo! Tenga usted un poco de calma. Razone, medite. El doctor Gallín sólo quiso hacerle un bien...

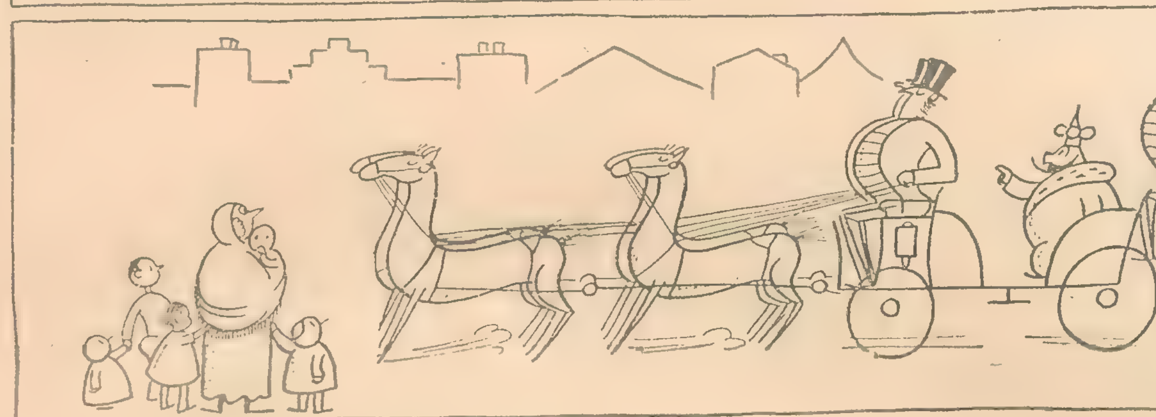
—¡Mentira! ¡Mentira! Él y usted son dos farsantes, dos burladores, dos...

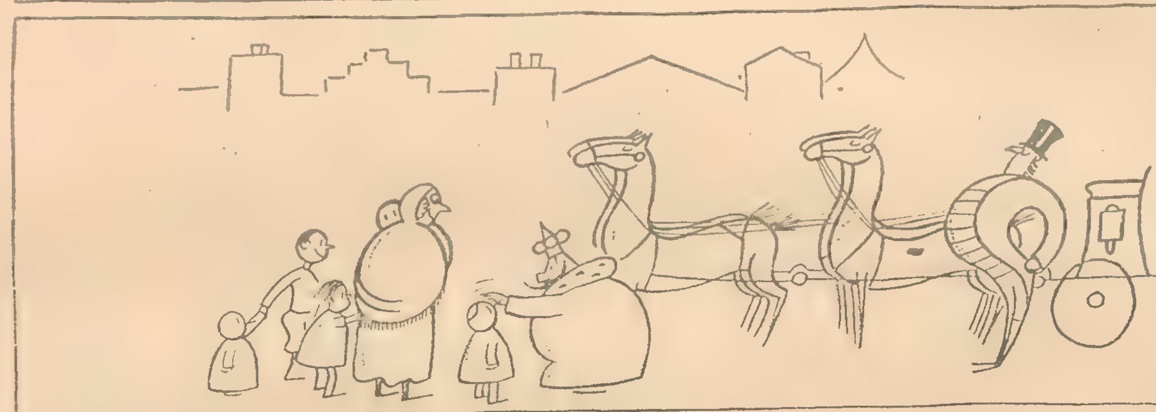
Iba a avalanzarse sobre el director cuando aparecieron varios enfermeros que se echaron sobre él. Al sentirse apresado, Pablo Migrera hizo un terrible esfuerzo queriendo libertarse..., y sintió de pronto que se rompía en su cerebro algo así como un resorte. Se quedó inmóvil, rígido, con los ojos vidriosos y el semblante exangüe. En seguida alzó la vista y lanzó una carcajada estridente, escalofriante, que hizo temblar a todos, a pesar de su sangre fría; ¡una carcajada fatal, con la que volvía a hacer su entrada en el mundo de lo subconsciente, después de aquella breve incursión por los dominios de la vida!

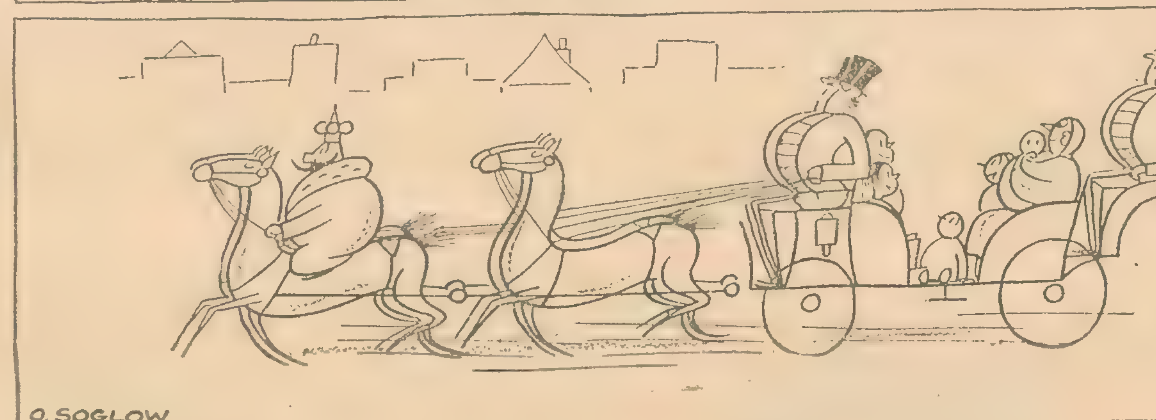
Las grandes historietas de SOGLOW

AVENTURAS DE UN REY









GENEROSIDAD REAL

Domando fieras

(Continuación de la página 42)

palos nada habían podido hacer, pese a sus desesperados esfuerzos para librarme de la fiera. Por otra parte, eso era todo cuanto podían haber intentado, ya que penetrar en la pista significaría para ellos un alocado suicidio.

Hoy creo que el ataque de "Nerón" tuvo su causa fundamental en el hecho de que poco antes había estado yo hostigando a una leona que, sin duda, capturara su interés. La presencia de ella lo tornó nervioso. (No olvidemos que en una situación semejante un animal puede sentirse honradamente celoso.) Naturalmente, si yo en lugar de ser hombre hubiese sido león, la sospecha de "Nerón" se habría agravado notablemente.

A pesar de que fui atendido prontamente se declaró una infección en mi pierna. Poco más tarde la temperatura aumentó en mí de una manera anormal, temiéndose por mi vida. Así estuve, luchando a brazo partido con la muerte, hasta que cinco días más tarde fuí trasladado a la sala de operaciones de un hospital, donde se me comunicó que era necesaria una operación. Rogué a los médicos que no lo hiciesen hasta que indefectiblemente no hubiera otro remedio, en vista de lo cual se llamó a un especialista quien, afortunadamente, me dió una leve esperanza de que la pierna no sería cortada.

De todos modos aconsejó fuese practicada una operación para localizar la bolsita de pus causante de tanto mal. La encontraron entre la rodilla y la cadera, gracias a lo cual fué abandonada la idea de despojarme de la pierna. Diez semanas estuve hospitalizado, mientras la infección iba lenta, pero seguramente desapareciendo. Días, en verdad, terribles fueron aquéllos, condenado a la inacción y, lo que es peor, a la contemplación de la perspectiva de quedar inválido, de no poder retornar a las pistas circenses que constituyen, lo confieso, toda la atracción de mi vida.

El recuerdo de la extraña conducta de "Nerón" me asaltó muchas veces, pues temí que a partir de entonces aquella fiera no fuese ya la misma de otras épocas, tan mansa y comprensiva. Acaso más que mi propia herida me preocupaba en aquellos angustiosos momentos la posibilidad de que "Nerón" guardase de aquella escena un latente recuerdo que lo exasperara para siempre.

(Escribo estas líneas pocos meses después de mi salida de aquella casa de salud. Mi pierna no se ha curado aún totalmente, a pesar de lo cual puedo seguir actuando en perfectas condiciones dentro del circo. He vuelto a enfrentarme con "Nerón", sin tener incidente alguno con él. Me obedece como de costumbre y se muestra hábil y empeñoso, tal como lo hiciera durante tantos años. Debo admitir que aquello fué sólo obra de la fatalidad... y de la leona.)

FIN

Rulito y Blas

(Continuación de la página 28)

reducido a pobre en el espacio de unos pocos meses.

Más mísero era él ahora, mientras ardían sus millones, que el más mísero de aquellos pobres que labraban sus tierras y a quienes él trató con tanto orgullo.

Ardía el campo y el bosque, y el fuego invadió la casa.

Debieron salir en medio del viento, y fueron a costear el río como único refugio. Si cayera una lluvia amplia y copiosa tal vez redujera el incendio; pero la lluvia no llegaba; sólo era el viento, y el viento favorecía y agrandaba el fuego. A inmensa distancia se veían las llamas; toda la cercanía se alarmó. Cabaron grandes surcos en la tierra para evitar la propagación del desastre.

Los pobres colonos miraban aquel horror; alguno dijo:

—¡Ah! ¡Ahora será pobre como nosotros!

Otro dijo:

—¡Hay que perdonarle; no se le puede dejar morir víctima del fuego! ¡Vamos a salvarle!

Pero sólo dos hombres se movieron. Corrieron al puerto y pusieron en marcha la mejor de las lanchas.

Fué terrible y arriesgado el trayecto. El viento impedía andar a la lancha; los relámpagos y los rayos seguían amenazantes. Por fin llegaron; les costó mucho encontrar el millonario reducido a pobre, y a su esposa.

Allí estaban junto al río, acurrucados, protegidos uno contra el otro.

Los colonos los condujeron a la lancha y con el viento a favor pronto llegaron a sus chozas. Allí les dieron cuanto de mejor poseían: cama, alimento, calor y consuelo. Tuvieron palabras generosas para quien no tuvo nada más que palabras agrias; tuvieron caridad para quien no tuvo nada más que egoísmos.

Y el rico orgulloso encontró paz y pan, vino y calor en casa del pobre.

"Nunca seas orgulloso por más que tengas millones, porque los hombres más ricos no son nada sin los pobres."

FIN

Para las madres

(Continuación de la página 12)

DENTIFRICO

A continuación le detallamos la receta que nos pide, de dentífrico:

Sabol	**40 gramos**
Sacarina	**0,4 „**
Esencia de clavos ..	**10 gotas**
Esencia de menta .	**5 gramos**
Tintura de vainilla	**200 „**

Alcohol, hasta completar un litro.

La receta precedente es para adultos. En cuanto a una receta para los niños, hela aquí:

Acido tartárico	**3 gramos**
Agua destilada	**100 „**
Agua de menta	**20 „**

Si usted así lo desea, en lugar del agua de menta puede emplear un gramo de mentol.

Su empleo es el que sigue: se toma un lienzo, se empapa en la solución indicada y se frota la cavidad bucal del niño.

La otra pregunta nos es de todo punto imposible contestarla.

Cdo. a "Decembrina", de Añatuya.

• •

LAS OJERAS

Cuando se tienen ojeras muy pronunciadas, ya sea por haber pasado malas noches o por cualquier afección que pueda ocasionarlas, puede atenuarse su aspecto mediante aplicaciones de compresas de lo siguiente:

Agua de rosas	**50 gramos**
Agua de azahar	**50 „**
Agua de aciano	**50 „**

Estas aguas deben hervirse juntas durante medio minuto, y luego se aplican tibias dos o tres veces al cabo del día.

Cdo. a "Preguntona", de Pigüé.

ARTICULOS DE DIVULGACION

ASMA

(Asma bronquial y asma nerviosa.)

Se llama así a una forma de disnea (dificultad de respirar), debido a la contracción de los bronquios, que perturban el paso normal del aire. Frecuentemente la cabeza se congestiona durante el ataque y toma un color rojo azulado. Con el ataque son expulsados esputos de consistencia viscosa y redondeados como perlas. Si dura años suele producirse el enfisema, que es la dilatación del tejido pulmonar debido al esfuerzo hecho para respirar. Los excesos de asma pueden causar terribles sufrimientos al enfermo. La mala curación de las enfermedades de los bronquios puede causar asma bronquial.

El tratamiento más indicado es el siguiente: debe seguirse un régimen vegetariano normal, lo cual, según el estado de la digestión, debe ser más o menos riguroso. Conviene hacer dos o tres veces por semana el baño de vapor para el pecho y cabeza. Durante la noche, compresa al pecho por espacio de algunas semanas. Recomendamos hacer a diario la fricción del bajo vientre con agua templada al principio del tratamiento, pero más tarde fría, durante diez a quince minutos; además, si es en el verano, tres veces por semana una fricción general con paño mojado en agua templada o fría, para fortalecer la piel y los bronquios contra los cambios de temperatura. Para el que dispone de tiempo, recomendamos, además, los baños de sol, que se deben tomar al principio sólo para vientre y piernas, y más tarde para todo el cuerpo. De gran importancia es hacer gimnasia respiratoria dos veces al día y cada día un poco más. Durante el "acceso" aplicar compresas calientes al pecho, y al mismo tiempo compresa fría a la nuca o bien poner los brazos y manos en agua bien caliente durante unos diez a quince minutos, pudiendo hacer las dos cosas al mismo tiempo. Si es posible, estancia en el campo o en la montaña. Hay que evitar el fumar, el aire viciado, el humo y toda clase de polvo como el de carbón, harinas, tejidos, etcétera.

° °

RESPUESTA

No hemos recibido la carta a que usted se refiere. Vuelva a escribirnos, y le contestaremos en seguida.

Cdo. a "T. N. de A.", de Chas.

Las peripecias de PANCHO



PRACTICANDO EL BIF-BAT.

El Recoldo

(Continuación de la página 25)

Aunque algunos de los huéspedes de la casa solían divisarse, de cuando en cuando, recorriendo el lago en botes o lanchas, y aunque en varias oportunidades el auto de los Sargent había llegado hasta la villa, Lilí no vió nunca a Carlos. Supuso que se habría quedadado en Oakland.

Sólo indirectamente tenía noticias de los forasteros. Se comentaba como un escándalo que, a la hora del vermut, podía verse a las niñas, en el jardín de la residencia, tomando su cocktail lo mismo que los hombres. O que las señoritas jugaban al tennis con vestidos muy cortos. O que andaban en traje de baño lejos de la playa. El padre de Lilí, que trabajaba en la villa, como dependiente de los "Grandes Almacenes Fletcher", refería que los veraneantes solían entrar bulliciosamente en el negocio a comprar golosinas y cigarrillos, y que las mujeres fumaban.

Evidentemente — pensaba Lilí, — aquella gente actuaba en otro mundo muy distinto del de ella. Jamás sería posible entrar en el círculo de los Sargent...

La vida sana y tranquila a orillas del lago, la natacion, el remo, los baños de sol en la playa, los cuidados solícitos de los suyos, habían devuelto a Lilí la salud. Se sentía de nuevo llena de vitalidad. Comenzó a cantar otra vez con entusiasmo, estudiando en el viejo piano en que realizara sus primeros ejercicios. Logró lo que tanto había anhelado: cantar en la iglesia. Lo hizo con tal fervor y tan bien, que todos reconocieron los grandes progresos que realizaba.

Después de cenar, Lilí se sentaba en el porche de la casita, junto a su padre. Conversaban o cantaban a media voz. La madre, reposando en una mecedora sus fatigas de maestra de escuela y de ama de casa, les escuchaba adormecida.

Una noche Lilí hacía oír a los viejos, embelesados, un trozo de ópera. Aunque cantaba "sotto voce", no percibió el rumor de la verja, que alguien abría, ni el de unos pasos que hollaban el camino de entrada.

—¡Muy bien, Lilí!

¡La voz de Carlos!... Debió llegar a pie — ¡tan lejos como era!, — puesto que no se había oído el ruido del auto.

—¡Carlos! Sabía que tu familia estaba aquí, pero pensé que tú no habías venido. Me alegro mucho de verte. — Trataba de hablar con naturalidad, pero se sentía turbada por una fuerte emoción. — Mamá... Papá... Carlos Sargent...

El joven se inclinó respetuosamente ante la señora Lansing y estrechó la mano del viejo.

En la penumbra, Lilí trataba de mirarlo a los ojos.

La suave fragancia de las rosas del jardinillo les envolvía en una subyugante dulzura.

VI

A la inesperada visita de Carlos siguieron, para Lilí, días encantados y noches de ensueño.

Desde su llegada a Woodlake, el joven, desertando con cualquier pretexto de la compañía de sus huéspedes, iba en busca de su amiga. Pasaban juntos casi todas las mañanas, nadando en el lago, como en los lejanos días de la adolescencia, tomando su baño de sol en la playa, conversando bajo la sombra de las arboledas de la orilla... Por las noches Carlos iba a buscarla para dar un largo paseo en el auto. Lilí ya no tenía miedo; se sentía fuerte, llena de energía y entusiasmo para el trabajo y el estudio. Sabía que no volvería a perder la cabeza como en Oakland... Por eso se dejaba vivir, gozando de la inefable felicidad de sentirse amada.

Entretanto, se aproximaba el final de sus vacaciones. Pronto tendría que regresar a la ciudad. Bien se lo recordaba, por las noches, cuando se sentaban en el porche, esperando a Carlos, la actitud silenciosa de su padre, que le tomaba cariñosamente las manos y le contemplaba como resignándose a la nueva y cercana separación. Y también la advertencia de su madre: "Querida, querida, el tiempo pasa demasiado pronto...", significando su dolor, porque en las pocas noches que restaban, saldría de paseo con Carlos en lugar de dedicárselas a ellos...

Lilí sufría ante la pena de sus padres. Hubiera deseado demostrarles todo su amor y su agradecimiento por lo que les debía. Pero junto a esos tiernos sentimientos surgía la imagen de Carlos... ¿Cómo privarse de aquellos pocos instantes de felicidad que le quedaban? ¿Cómo renunciar a la dicha de sentirlo más íntegramente suyo que nunca?...

Regresaban del paseo nocturno.

—Despidámonos, Lilí. Mañana por la mañana regreso a la ciudad. No nos veremos otra vez por mucho tiempo.

La besó suavemente. Bajaron del auto. Carlos la acompañó hasta el porche.

—Buenas noches, querida.

No intentó siquiera besarla nuevamente.

Lilí, desolada, lo vió alejarse, subir al coche, poner en marcha el motor. ¡Ni se había vuelto para mirarla!... ¿Cómo podía irse así, sin una palabra, después de haberle hablado tanto de su amor?...

Y, sin embargo..., el auto estaba ya en movimiento... ¡Carlos se iba!... Quiso llamarlo, pero un sollozo ahogó su voz. Entonces echó a correr, desesperadamente. Tropezó y cayó. Un dolor agudo en el pie la obligó a lanzar un grito. El coche se detuvo.

El departamento...

(Continuación de la página 19)

nes procedentes de todas partes del mundo. En los archivos se encuentran clasificadas más de 1.000.000 de fotos, documentos históricos, mapas, sellos de gobierno, escudos, fórmulas de pasaportes, menús y lista de vinos de los hoteles más famosos del mundo y de compañías de navegación, certificados de nacimientos, defunciones y matrimonios; fórmulas de telegramas, cables y radiogramas, boletos de ferrocarril, horarios, papeles rubricados de más de cien empresas, y una infinidad de otros detalles, necesarios para la filmación de una película.

Al ser reunido este mar de informaciones, es fácil comprender cómo este departamento puede suministrar, en pocos segundos, cualquier dato pedido.

En una cinta de Ruth Chatertton las escenas alternan entre Francia e Inglaterra, en tres épocas distintas: 1913, 1919 y 1931; como es de imaginarse, el director necesitaba una información completa sobre las costumbres y vestuario en esos países en esas épocas. Precisaba saber las costumbres en el vestir entre las personas de distinto rango social, sus formas de diversión y sus hábitos.

Para la filmación de la película "El expreso de Shanghai", el director Josef Von Sternberg precisaba datos y fotografías de un tren blindado chino; toda esta información le fué suministrada dos días después de haberla pedido. Situada en el corazón mismo de una industria conocida en el mundo entero por su falta de eficacia, este departamento tiene una organización insuperable. Cada información que se considera puede ser de utilidad, es archivada cuidadosamente, de manera que puede ser encontrada en pocos segundos. Los directores y jefes de departamentos, aunque no son prolijos en sus propias secciones, exigen que el departamento de información suministre los datos pedidos a la brevedad posible.

El surgimiento de las películas h a b l a d a s ha contribuído a aumentar los trastornos del departamento; deben conocerse todas las pronunciaciones correctas de todas las palabras, además de estar al tanto de todos los dialectos e idiomas de todos los países. Por ejemplo: sería inverosímil que un argentino hablara el castellano como un madrileño. Para evitar esto el departamento mantiene permanentemente un poliglota.

Son estos verdaderamente los que constituyen el "alma" de la industria cinematográfica.

Mucho se ha hablado y escrito de las maravillas existentes en Cinelandia; sin embargo, a nadie se le ha ocurrido mencionar el aporte de estos humildes empleados de la industria. En los comienzos de la cinematografía se hubiera tachado de extravagante la creación de un departamento de información. Los directores hacían uso de su propio criterio y lo que no sabían lo adivinaban; otro tanto hacían los encargados del guadarropa y los pintores de escena; por eso es que se nota en las viejas cintas una cantidad de anacronismos.

Pero a medida que la industria se desarrolló, llegaron las quejas, decidiendo a los directores finalmente a crear este departamento de suma utilidad, que permite lanzar al mercado cintas correctas.

FIN

Una muchacha sencilla y simple tiene sus gustos, que, casi siempre, son un contraste con los de...

UNA MUCHACHA REFINADA

..., a pesar de haber ascendido desde la condición más humilde.



CUENTO POR Héctor Ricardoni

I

CUANTO había cambiado Aniceta desde que llegó de su villorrio de la provincia de Santiago del Estero! En un año de residencia en Buenos Aires, la muchacha cerril de otros tiempos había aprendido a bañarse, a pintarse y a usar zapatos. El primer par de éstos que usó le costó lágrimas... ¡No era para menos! ¡Había que ver qué diferencia sentía ella entre usar alpargatas — lo que había llevado toda su vida, cuando no iba descalza — y zapatos estrechos y puntiagudos!...

Ahora todas esas torturas habían pasado y estaba convertida en una joven en quien los refinamientos de la ciudad habían obrado eficazmente. El matrimonio en cuya casa trabaja como sirvienta la quería mucho, y con paciencia verdaderamente ejemplar emprendieron los esposos la heroica lucha de convertirla en lo que ahora era. Mas a los pocos días de estar con los Gutiérrez en Buenos Aires, ya quiso volver a su rincón provinciano.

—¿Por qué quieres irte, Aniceta? — le preguntó la señora.

La muchacha, como un animal arisco, no se atrevía a levantar la cabeza del suelo y miraba obstinadamente la alfombra.

—¿No estás bien aquí? — volvió a preguntarle la señora. — ¿No te gusta Buenos Aires?

—Sí, señora — respondió por fin. — Estoy bien aquí y Buenos Aires me gusta mucho...

—Y entonces, ¿por qué quieres irte?

—Porque... ustedes quieren que me lave y me peine todos los días, señora, y a mí me hace mal tanta agua y tanto arreglo...

La señora soltó una carcajada y palmeó maternalmente el hombro de la muchacha semisalvaje.

—Vamos, no seas tonta. Ya verás qué pronto te acostumbrarás a lavarte y peinarte todos los días. Pronto harás esas cosas sin sentir.

Aniceta decía que no con la cabeza; se obstinaba en volver a su pueblo, donde, por otra parte, tenía un novio tan áspero como ella, pero que la quería mucho y con el cual pensaba casarse en cuanto tuviera lo necesario para comprar lo más indispensable.

Pero pasó el tiempo. Poco a poco la montaraz fué adaptándose al nuevo ambiente. Ya le gustaba lavarse y peinarse todos los días. Hasta transigió con eso de cortarse las trenzas y terminó por hacerse ondular la melena. Un día apareció en el comedor con los labios sangrantes: era que se había embadurnado la boca de "rouge", pero lo había hecho con tan poco tacto, que parecía que sus gruesos labios de criolla eran una herida por donde brotaba la sangre.

Los Gutiérrez se rieron mucho al verla. El marido, sonriendo irónicamente, le dijo:

—¡Estás hecha una Greta Garbo, Aniceta!

Y la muchacha se ruborizó con aquel elogio como si la hubieran sorprendido desnuda.

II

Durante los primeros meses de estar en Buenos Aires, cada vez que recibía carta de su novio se estremecía de emoción y hasta derramaba algunas lágrimas de novia que suspira por el amado ausente... Pero luego, cuando iba a hacer un año de ausencia, ya no le causaban pena las cartas, ni casi tenía interés en leerlas, dejándolas muchas veces cerradas varios días. Total: su novio era un hombre de escasa imaginación y menos letras. Siempre le decía lo mismo: que tenía muchas ganas de verla, que no la olvidaba ningún momento, y que ya que él no podía venir a Buenos Aires a pasar unos días, que fuera ella, que no dejara de ir a fin de año...

—Ya me tiene aburrida Rudecindo con tantas lamentaciones... ¡Hombre cargoso se está poniendo! — se decía a media voz Aniceta, como si hablara con alguna persona, cada vez que leía una de las lacrimosas cartas del novio lejano.

Y la rústica muchacha ya tampoco se estremecía al recuerdo de los apasionados besos de aquel muchacho ingenuo de su rincón provinciano, a quien había jurado amor eterno. Ahora le parecía que ella era mucho para él. Lo veía tan torpe, tan mal hablado y ordinario... En cambio, ¡qué feliz se sentiría ella si tuviera la dicha de ser amada por un hombre refinado como tantos que veía por la calle y hasta le decían piropos, haciéndole

(Continúa en la página 65)

UNA ENCUESTA DE

ALGO *más* SOBRE *el* DEBATIDO



OPINA MONSEÑOR FRANCESCHI

DISTINGUIDA señora:

Tiene usted la gentileza, que nunca agradeceré bastante, pero que en el primer momento creí irónica travesura, de someter a mi juicio un delicadísimo y trascendental problema de indumentaria femenina. ¿Es oportuno que gasten medias las mujeres?

Confiésole merecer la fama de distraído en la calle, por lo cual se quejan, con razón, mis amigos de que no los saludo al pasar. Esto, y el haber encaminado mis estudios hacia otro género de cuestiones, me restan toda autoridad en el asunto de las medias. Habituado a andar con ellas desde los remotos tiempos de mi infancia, y acostumbrado, en cuanto alcanza mi memoria, a saberlas usadas por el bello sexo; hecho además a dar con anuncios de medias en los periódicos, si bien había llegado a mis oídos la mención de que ciertas personas las dejaban de lado, no me había detenido hasta ahora a reflexionar hondamente sobre las ventajas o perjuicios que pudiera engendrar el interponerlas o no entre la piel y el zapato.

Mi notoria incompetencia me habría inducido, pues, a callar mi opinión sobre este asunto, o mejor aún a manifestar que no la tenía. Pero dos hechos me mueven a responder a su pedido: el ser impropio de caballeros rehusarse a los requerimientos, siempre razonables, de una señora, y el haber observado ha pocos días en su tarea a un barrendero municipal.

Cubierto con ancho sombrero de paja, vestido de ropas que alimentaron un tiempo la pretensión de ser blancas, armado de pala y escoba, recogía, para llevarlos a su carrito, los detritus de infinitas cosas. La tracción mecánica no ha sustituído aún del todo a la tracción a sangre, y mientras enormes carros son arrastrados por vigorosos percherones, las últimas victorias circulan melancólicamente por las calles que dominaron otrora con su ya difundida elegancia. A ello se sumaban papeles maculados, trozos de corcho deshecho, cáscaras de duraznos y residuos de ciruelas. Pensé entonces en entrevistarme con mi portero, que cada mañana barre la acera de mi casa, y roguéle tuviera a bien reservarme la cosecha que levantara. Tierra en la que no es juicio temerario suponer que se agazapan "cocos" y "bacilos" de varias y temibles enfermedades, envoltorios de helados callejeros, cabos de fósforos y restos de tabaco se presentaron a mi examen. Y me pregunté entonces si era conveniente que todo ello entrara en contacto con la piel. ¿Es, acaso, tan sólo por estética que se estampa el clásico y desacatado letrerito "Queda prohibido escupir en el suelo"?

Tengo para mí que un miembro humano, aun cuando estuviera esculpido en mármol de Paros, amén de correr gravísimo peligro de infecciones, no tardará en cobrar feísimo aspecto de hallarse rozado de continuo por el polvo que levanta el viento en las calles de la ciudad. Pase que se ande desnudo de pie y pierna por el campo; pero lo que es en la urbe...

Mas como, según el buen Sancho, "allá van, reyes do quieren, leyes", y no en vano se ha escrito, para expresar frecuentes razones del querer femenino, aquello de



TROIANO TROIANI



Por **ANA**

La moda de andar sin medias — moda femenina, se entiende, — que por un momento pareció imperar en todo el mundo, tiene, también, sus detractores. La práctica moderna de la vida al aire libre fué, en un principio, su base. Adujéronse, después, otras razones de menor importancia; pero, en realidad, la única valedera tuvo su más brillante afirmación en el aire, el sol y el agua, trilogía ilustre que engendró al nudis-

Cuando pitos, flautas,
Cuando flautas, pitos,

no me sorprende ese impulso actual de intentar ir en pernetas ciertas mujeres, a imitación de lo que hacen basutos, hotentotes y otros salvajes. En materia de moda, nada, absolutamente nada es capaz de pasmarme, y me parecería muy natural que por seguirla se vistieran las damas de tul en invierno y de pieles en verano. Ahora, si a la moda se une el snobismo, el afán de dar en los ojos y parecer *up to date*, es imposible calcular hasta dónde se podrá llegar.



Pero no puedo echar en olvido que me pregunta usted con una ingenuidad que admiro por lo bien imitada ¿prescindiendo de razones higiénicas, qué le parece, desde cualquier otro punto de vista, el suprimir las medias?

Por Dios, señora, que me pone usted en graves apuros y me obliga a escribir cosas tales que, a poco que me descuide, quedaré como digan dueñas. Veré de zafarme de la amable asechanza que me prepara su ingenio.

¿Desde el punto de vista moral? ¿No cree usted que la media podría resultar una de tantas engañifas, y que el espectáculo de piernas desnudas, manchadas, inevitablemente sucias de tierra, será más bien antiséptico y desinfectante, y que quienes las exhiban se exponen a que los hombres les tomen el pelo?

Pero sobre todo, ello me hace recordar los versos de Rostand en "los doce trabajos de Hércules". Onfalia ha obligado al héroe a hilar,

Et c'est alors
Qu'Omphale, dont les yeux disent "Nous [triomphâmes",
Fait ce geste de trop que font toujours les [femmes
Lorsqu'elles ont marché sur des peaux de lions.

...y le pone el pie sobre la nuca, para ver hasta qué punto logrará humillar a Hércules. Pero es ese gesto vulgar el que despierta la

"MUNDO ARGENTINO"

ASUNTO *de las* PIERNAS DESNUDAS

ROSA MARTINEZ

mo. Pero lo femenino, lo verdaderamente femenino es eterno. Y como no hay nada más encantadoramente femenino que un par de medias de seda de malla 44, hete aquí que las medias han resistido el embate de las modernas corrientes de la desnudez, y que esta encuesta de MUNDO ARGENTINO así lo demuestra, pues no hay una sola opinión que se incline por las piernas desnudas.



IRIS MARGA

rebelión del Clavígero. El arte más excelso consiste en detenerse a tiempo, y la supresión de la media se me antoja la falta de buen gusto a la par que de psicología, la actitud indelicada, la pseudocoquetería cursi y charra que desdice profundamente de la mujer, la "reclame" hecha a bombo y platillo, la audacia ineficaz por lo excesiva, en una palabra, lo que en modo alguno condice con todo lo que ha de sintentizarse en el noble título de "señora".

Ahora, si por plausibles motivos económicos, en virtud de la crisis que nos aflige, se ven obligadas algunas a suprimir las medias, envolvámoslas en una respetuosa compasión, y esperemos que sobrevengan mejores tiempos para que ya no haya nadie sometida a privación tan dolorosa.

Saluda a usted con el mayor respeto

Gustavo J. Franceschi.

● ●

OPINA UN ESCULTOR

Pedirle a un escultor una opinión sobre este tema es algo como ponerle por caricatura un par de medias de seda a la Venus de Milo, porque lógicamente como escultor debería contestar sin vacilaciones: desnudo.

Pero salgo de mi paradoja y como esteta la contesto, lo mismo sin vacilaciones y reservas, que me alegro mucho de que esta moda esté muerta o moribunda porque no hay nada más elegante que una linda pierna femenina cubierta por una finísima media.

Aunque se quiera decirlo, no fué la economía el origen de esta moda. En mi opinión, las "ultra-chic" que la sacaron de los teatros de revista no se comprendieron a sí mismas.

En el teatro las piernas desnudas, revisadas y corregidas, en las poses estilizadas del baile clásico o en el dinamismo electrizante del jazz, quedaban muy bien; pero en la prosaica vida, sin la luz de las candilejas, esto queda irremisiblemente crudo y vulgar.

Sin hablar de piernas más o menos bien formadas y más o menos bien cuidadas, admito solamente a las criaturas este derecho de desnudez. No por nada un antiguo tratado sobre la indumentaria femenina dice que la media sirve mucho a la decencia; no por nada fueron reyes y príncipes los primeros en hacer uso de ellas.

En conclusión, dejando al médico y al fisiólogo la cuestión de las venas salidas y de otras imperfecciones y a los institutos de beauté la depilación y el pulimiento, repito que como artista, como esteta y como hombre prefiero indiscutiblemente la malla sutil que es elegancia y sugerencia y doy mi tardío voto de aplauso a los ingleses William Rider y William Lee que alrededores del 1600 inventaron la malla y la primera máquina para su fabricación.

Troiano Troiani.

● ●

OPINA UNA ACTRIZ

Un capitán que subleva la tropa contra sí mismo; un cirujano que mella su propio bisturí; un orador que persigue su afonía... tal la mujer sin medias: disminuye sus medios y resulta así, mal que le pese, mujer a medias.

Iris Marga.

● ●

OPINA UN CRITICO DE ARTE

¿Qué pienso de la moda de las piernas desnudas?

La pregunta, en su aparente simplicidad, incluye tres aspectos: ético, estético y social.

Ahora bien: desde el punto de vista del pudor, del recato, de las buenas costumbres, etc., las piernas, al descubierto son, en principio, tan inobjetables como los brazos sin mangas. "La inmoralidad — ha dicho Stratz — no reside en el desnudo sino en los ojos que lo contemplan." El que encuentre provocativa una pierna bien torneada que se muestra naturalmente, sufrirá el mismo sobresalto — y quizá más intenso — si la transparenta una cómplice media de seda... Todo el mundo sabe, desde tiempo inmemorial, que la más tremenda fascinación femenina finca en el "déshabillé". El desnudo total — de imposible perfección — suele ser contraproducente... Es por eso que las mujeres actuales — que saben esto mejor que nosotros — no han ido más allá en la boga del nudismo en las playas. Por más sucinto que sea el "maillot", al velar ciertas partes del cuerpo, incita a la imaginación.

Desde el punto de vista estético, en cambio



ATILIO CHIAPPORI



EUGENIA DE ORO

esa moda — y, al decir, moda entiendo generalización indistinta — resultará algo atroz. ¡Las tibias descarnadas, las pantorrillas plácidas y los maléolos puntiagudos que veremos por esas calles, excluída la oportuna, uniforme y ditributiva modelación de masas que apareja la media tirante!... No hay derecho. No exigiéndolo el clima ni la higiene sólo se debe descubrir lo que merece ser lucido.

Pero hay todavía otro "pero"; y este lo imponen el sitio, la hora la ocasión. Muy bien una hermosa y firme pierna, de tronco pleno y de articulaciones finas — "a la cheville garçonnière" — bajo la ligera falda vernal del tennis, del cricket, o del footing... Igualmente admirable al descubrirlas, en elegante cruce de rodillas en el borde del diván, la orla del "tea-gown" íntimo... Pero en las salas de fiestas y, sobre todo, en las calles de la ciudad, me parece absurdo... por más de un motivo. En el mejor de los casos — y siempre que se tratase de piernas estupendas — sería una excentricidad.

Atilio Chiappori.

● ●

OPINA UNA ESCRITORA

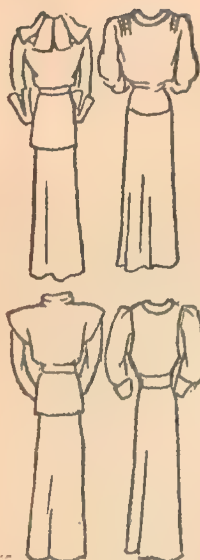
¿Qué opino de la moda de ir sin medias? Que no me gusta absolutamente nada. La mujer debe constituir siempre, un espectáculo de belleza. Es su obligación. Todo en su tocado debe ser una realización estética, una verdad armónica. Los pies están demasiado pegados a la tierra, para que puedan ir limpios de imperfecciones...

Las rojeces más leves rompen la emoción de lo bello que sobreviene al contemplar una mujer hermosa y elegante. La elegancia está sujeta a cánones rígidos y no puede argüirse que la belleza llega a lo sublime cuando rompe la armonía, como una tempestad. No. La elegancia está formada de alfileres, de detalles nimios, de proporciones, y todo lo que no sea cuidado extremo, pone en serio peligro su prestancia y por ende, el buen parecer de una dama.

Además, las piernas no pueden olvidarse, pese a la civilización, de la época paleolítica; hay vestigios lastimosos de los primitivos seres... Cubrir lo defectuosos hasta lograr hacer del defecto un atractivo, es la picardía más adorable de una mujer, y para ello debe comenzar por vestir sus extremidades inferiores, con enojo de la vanidad de algunas estatuas...

Eugenia de Oro.

LA MODA



1. — Novedoso vestido, muy apropiado para las tardes frescas del verano. Es de crepe de seda muy grueso, color azul, y está adornado con gran cuello y puños de piqué de seda blanco.

2. — Este traje combinado es muy bonito. El vestido es de seda brillante negra y la casaca de lino, color natural o blanco.

3. — Delicioso y fresco trajecito de seda estampada sobre fondo verde claro. En el escote lleva una corbata de lencería.

4. — Muy sentador es este modelo de vestido. Es de seda blanca y se lleva sobre una blusa de colores vivos; queda muy bien con blusas obscuras, azul o negro.

5. — Pijama de seda, blanco el pantalón, y la casaca color violeta con solapas blancas.

6. — Deliciosa bata para la cama; es de raso color rosa y está adornada con encaje ocre.

7 y 8. — Estas dos piezas que hacen juego están confeccionadas en linón color celeste; su único adorno son los cortes, dispuestos con mucho acierto y gusto.





SEGUN PARIS

9. — Muy juvenil es este camisón. Es de mousseline verde pálido y está adornado con nervaduras que forman un motivo uniforme.

10. — Delicioso camisón de mousseline, color amarillo muy pálido, y adornado con motivos de encaje.

11. — Vestido para niñas, en brin de hilo, color ciruela; esta adornado con tiras de lo mismo, en blanco; las mangas cortas, muy abullonadas y graciosas.

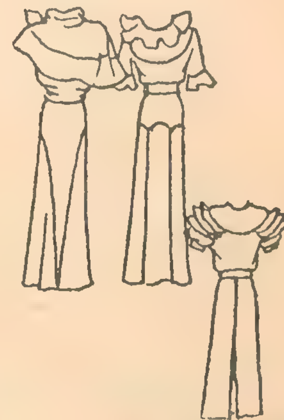
12. — Bonito trajecito para niños, de seda estampada a grandes lunares rojos. Lleva una pechera de encaje; tiene dos pequeños bolsillos de forma triangular.

13. — Encantador vestido para la tarde, de mousseline de seda, estampado en colores delicadísimos. Muy original es el gran cuello capa que se anuda a un costado.

14. — Traje de lino color amarillo, adornado con organdí blanco; es de una exquisita sencillez y línea muy sentadora.

15. — Verde y blanco es este delicioso vestido de hilo verde, adornado con volados cortados en forma, en blanco, y un gran moño de lo mismo, en el escote.







10 11 12 13 14 15

LA CIENCIA DE PREGUNTAR

DON JUAN X. — Consulte con un abogado. Por otra parte, no hay mejor juez de ciertos actos que la conciencia del individuo, y no hay sólo delitos materiales, sino también de índole moral. Reparar una falta cometida implica poseer condiciones sobresalientes de carácter y buenos sentimientos.

● ●

HORACIO MALDONADO. CORDOBA. — Para seguir la carrera militar se requiere como requisito esencial al iniciar los estudios, tener más de quince años y menos de diez y nueve.

● ●


Federico Engels

SALOMON GOLDBICK. — Engels en su "Origen de la familia" dice que el estado salvaje inferior de la misma data de la infancia misma del género humano, cuando se vivía encima o debajo de los árboles. Los frutos, las nueces y las raíces servíanle de alimento (hay una teoría bastante seria que trata de demostrar que el hombre es esencialmente herbívoro). Respecto a esas épocas no se puede obrar sino por medio de deducciones y conjeturas, pues el mismo Engels nos dice que "Ninguno de los pueblos del período histórico que conocemos pertenecía ya a este estado primitivo. Aun cuando ha podido durar miles de años, no por eso podemos demostrar su existencia con testimonios directos; pero admitiéndose que el ser humano ha salido del reino animal, no hay más remedio que aceptar esa transición."

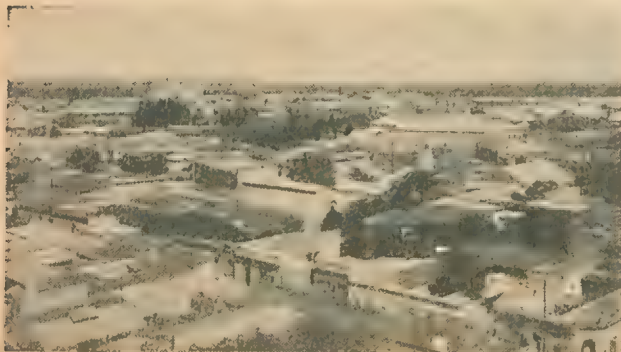
● ●

DUEÑA DE CASA. — Para preparar flan de leche, se toma medio litro de leche, 12 cucharadas de azúcar bien molido, 1 yema de huevo, 1 clara de huevo y 1 cucharada de agua de azahar, batiéndose hasta que todo quede unido. Se acaramela luego una budinera cualquiera, se vierte dentro la mezcla y se pone al baño de maría.

● ●

ISABEL H. DE BUSCALIA. — Lamentamos no poder acceder a su pedido por falta de espacio.

● ●


Vista parcial de Santa Fe.



ESTA de más ponderar la importancia de esta sección que venimos publicando semanalmente. Muchas veces el lector se habrá visto perplejo ante cosas aparentemente simples, pero que de momento no ha podido resolver. Toda consulta que se nos haga sobre los más diversos asuntos, trataremos de satisfacerla lo mejor que podamos. Cuantos se hallen en la duda respecto a cualquier motivo, diríjanse por carta a la dirección de MUNDO ARGENTINO, firmando con su nombre o seudónimo, y responderemos a la brevedad posible en forma sintética y clara.

LA DIRECCION.

LOS LECTORES QUE PREGUNTAN

T. U. y H. F. — Respecto a la interceptación de la correspondencia privativa por un juez, el Código Penal establece que: "Siempre que el juez de Instrucción estimare que la interceptación de la correspondencia postal o telegráfica que el procesado remitiere o que le fuera dirigida, pueda suministrar medios para comprobar los hechos, acordará su detención, apertura o examen."

● ●

CURIOSO DE "EL ARTE DE PREGUNTAR". — No tenemos a mano los últimos datos estadísticos acerca de la extracción de sal de las Salinas Grandes de Jujuy, pero podemos afirmarle que en 1932 la cantidad de kilos alcanzaba a más de un millón, conjuntamente con el producto de la Laguna de Casabindo.

● ●

CARLOS B. — He aquí una definición de los geysers: "Son surtidores calientes o fríos, que por su funcionamiento intermitente difieren de las fuentes de aguas minerales o potables, de flujo continuo y estable. Proyectan durante un tiempo más o menos largo y en forma explosiva, masas de agua y vapor, y están siempre relacionadas en su calidad de fuentes nacientes con la actividad volcánica del suelo." Frech. "Geología".

● ●

ESTUDIOSO DE ROSARIO. — Su pregunta no es clara. ¿A qué género de emancipación de la raza negra se refiere y en qué país?

● ●

G. ROSARIO. — La población de la ciudad de Santa Fe, capital de la provincia del mismo nombre, se calculaba en el año 1930 en 122.151 habitantes. Esta ciudad fué fundada por Juan de Garay el 15 de noviembre de 1573

DUDOSO. BARTOLOMÉ MITRE. — El "Código de Comercio" establece que las sociedades se disuelven totalmente: 1º Por la expiración del término fijado por el contrato de sociedad o por haberse acabado la empresa que fué objeto especial de su formación. 2º Por consentimiento de todos los socios. 3º Por la pérdida del capital social, y en las sociedades anónimas, por la del setenta y cinco por ciento. 4º Por la quiebra de la sociedad. 5º Por la simple voluntad de uno de los socios cuyo nombre figure en la razón social, cuando la sociedad no tenga un plazo o un objeto determinado. 6º Por la separación legal de cualquiera de los socios que figura en la razón social. 7º Por muerte de uno de los socios cuyo nombre figura en la razón social. En todos los casos debe continuar la sociedad solamente para finalizar los negocios pendientes, procediéndose a la liquidación de los finalizados.

● ●

B. F. V. — Ignoramos si ese género de acrobacia aérea se practica en la aviación militar del país. 2º En un diccionario enciclopédico encontrará usted reseñada la actuación de Santos Dumont.

● ●

DIBUJANTITO. — Un buen procedimiento para fijar los dibujos hechos al lapiz es el siguiente: Se calienta ligeramente una hoja de papel común, de las mismas que usa el dibujante para sus dibujos, se coloca luego la hoja rápidamente pero cuidando que se humedezca en forma uniforme y completa sobre un baño compuesto de solución caliente de colofonia blanqueada en alcohol, y se deja secar luego en atmósfera caliente. La superficie del papel recibe luego así preparado la impresión del lápiz de grafito. Para fijarla basta calentar el papel algunos instantes. Se usa generalmente este procedimiento para fijar dibujos que no es posible luego delinear con tinta. No obstante, creemos que lo más práctico es que adquiera usted materia fijadora ya preparada en cualquier casa del ramo con lo que ganará tiempo y limpieza en el trabajo.

EL ARTE DE CONTESTAR

INGENIERISTA. FIORITO. — Para hacer fósforos de llamas coloreadas, de esos que se encienden en ciertas festividades, se usan varios procedimientos. Nos pide usted el de fuegos verdes. Le daremos una fórmula, advirtiéndole desde ya que es muy delicado y hasta peligroso andar en estas cosas, si no se tiene el máximo de precauciones. El extremo del palito, que se usa para cabo del fósforo, se recubre con una composición hecha con los siguientes ingredientes:

Clorato de potasa ..	16	gramos
Azufre	9	"
Nitrato de bario....	30	"
Goma arábiga	10	"
Negro de humo	5	"
Agua	50	"

Se obtiene un buen rascador para estos fósforos, tomando un pedazo de madera, embadurnándola con cola fuerte, espolvoreada luego con esmeril, vidrio molido o piedra pómez molida muy fina.

● ●

GUILLERMO. CORRIENTES. — El exceso de bebidas alcohólicas no "engorda", sino que "hincha" el cuerpo. 2º Escriba a la Escuela de Aviación de Palomar, provincia de Buenos Aires.


Mariano Moreno

CARMEN BRUGUES. VILLA HERNANDARIAS. E. RIOS. — Dice usted que en esa conferencia manifestó que el doctor Mariano Moreno nació el 23 de septiembre de 1778 y que se le llamó la atención diciéndosele que el patriota había nacido el día 22. Recurrimos a una fuente insospechable e importantísima. A la "Vida y memorias del doctor don Mariano Moreno" por Manuel Moreno, hermano menor del secretario de la primera junta, y encontramos esta noticia que transcribimos textualmente: "El mayor de todos (se refiere a los hijos del matrimonio Moreno-Valle) fué el doctor don Mariano Moreno, que nació el 3 de septiembre de 1779. Recibió éste de la naturaleza un temperamento activo y fogoso, y tanto por esta cualidad como por su extraordinaria perspicacia, se hizo notable desde sus primeros años."

● ●

CARMEN DIAZ. — Debe usted, para ingresar en el Liceo Nacional de Señoritas, rendir y aprobar un examen previo. Para obtar a dicho examen tiene que inscribirse en la secretaría de ese establecimiento el día fijado para ese acto, presentando un certificado de sexto grado, su cédula de identidad, certificado de buena salud expedido por el Departamento Nacional de Higiene, certificado de vacuna y una copia de su fe de nacimiento. En todos estos documentos deben coincidir los nombres, sin alteraciones ni enmendaduras de ninguna naturaleza.

AMERICO ARIAS. — 1º Diríjase a una librería de esta capital. 2º Pregunta usted dónde queda Mogol. Creemos que se refiere usted a la Mogolia o Mongolia. Dicho estado asiático está situado en ese continente. Su capital es Ulan-Butor-Khoto. 3º Horóscopo de los nacidos el 9 de febrero: Suerte en el juego pero seguido de grandes desgracias si no abandona a tiempo esa actividad perniciosa cuando se convierte en un medio de vida o en la única preocupación del individuo.

DUEÑA DE CASA. Gral. GUIDO.— Debe usted hacer lo posible por extirpar inmediatamente esa plaga de ratones de su casa, pues esos roedores son sumamente dañinos, no prestan utilidad alguna y conducen el germen de gran número de enfermedades, algunas de ellas de carácter sumamente grave. Lo más práctico es envenenar a los ratones con arsénico, sobre todo ahora que es una estación propicia, pero para ello deberán tomarse muchas precauciones, sobre todo si en la casa hay criaturas. Se forman pelotitas compuestas por 10 partes de arsénico blanco, 90 de flor de azufre, 90 de grasa, 1 de negro de humo y 5 de esencia de anís. Se esparcen dos o tres por los lugares que frecuentan y sobre todo en las proximidades de las cuevas. Deben guardarse esas bolitas en un frasco donde una etiqueta indique claramente y en grandes letras "VENENO". El uso de tramperas, sobre todo esas más pequeñas y tan comunes, constituídas por una tablilla y un resorte, es muy eficaz. En todos los casos es preferible el uso del queso como cebo.

LELIO. SANTA MARIA. CORDOBA. — Horóscopo de los nacidos el 11 de junio: Suerte regular. Enfermedades que deben cuidarse. No poseerá medios de fortuna pero podrá ser feliz si aprovecha bien las oportunidades que se le presentan.

MARINITA. — No tenemos noticias de que ese juego a que usted se refiere se practicase en la campaña argentina. Encontramos en cambio en "El otoño de la edad media" de Huizinga, una noticia en la que se refiere qué en París se acostumbraba a que ciegos armados se divirtiesen luchando contra un cochinillo.

MAGDALENA ZUNINO. PATAGONES. — Lamentamos no acceder a su pedido, pero no ofrecemos direcciones comerciales.

UN ALUMNO AFLIGIDO. — En la secretaría del Colégio Nacional donde usted se proponga dar examen de ingreso, le darán todos lo datos referentes al mismo. Por lo pronto debe usted munirse de una cédula de identidad, certificados de vacuna y buena salud, este último expedido por el Departamento Nacional de Higiene; certificado de sexto grado, libreta de clasificaciones, y una copia de su fe de edad. En todos estos documentos debe aparecer el mismo nombre y apellido, sin variantes ni alteraciones de ninguna especie.

LECTORA DE EL ARTE DE PREGUNTAR.— Escriba a esa señorita a la radio donde trabaja.



¡HOLA!...
¿Con quién hablo?

ELENA. — *¿Hablo con Jovita?*

JOVITA. — *Con ella habla. ¿Y yo? ¿Con quién tengo el gusto de hablar?*

ELENA. — *Pero ¿es que no me has reconocido la voz?*

JOVITA. — *¡A ver! ¿Julia?*

ELENA. — *No; Elena.*

JOVITA. — *¡No digas! ¡Tú! Pues no te he reconocido la voz. ¿Qué tal? ¿Cómo pasaste las vacaciones?*

ELENA. — *Magníficamente. Estuve en Mar del Plata.*

JOVITA. — *¡Te felicito! ¿Y te divertiste?*

ELENA. — *Todo lo que quise. No puedes figurártelo. Me agasajaron mucho los mozos.*

JOVITA. — *No es para menos. ¡Eres encantadora!*

ELENA. — *¡Por favor!*

JOVITA. — *Sí, sí; pocas hay tan bellas y elegantes como tú. Tu sonrisa encanta, tus miradas electrizan, tu voz sugestiona... ¡Ah! ¿Por qué no tendré yo sólo uno de estos encantos?*

ELENA. — *Tú los tienes por arrobas. Te lo digo en serio. Muchos, muchísimos más que yo.*

JOVITA. — *¡Ojalá! Y dime. ¿Cuánto tiempo estuviste por Mar del Plata?*

ELENA. — *Alrededor de veinte días. No me quedé más porque papá tenía que volverse y mamá no se sentía a gusto sin su compañía.*

JOVITA. — *¡De modo que estuviste en Mar del Plata!*

ELENA. — *En efecto.*

JOVITA. — *Y que te divertiste.*

ELENA. — *Más de lo que deseaba.*

JOVITA. — *¿Y para qué me llamaste?*

ELENA. — *Para anunciarte mi regreso y ponerme, como siempre, a tu disposición.*

JOVITA. — *Muchas gracias. Ya te visitaré un día de estos.*

ELENA. — *Cuando gustes.*

JOVITA. — *¡Adiós!*

ELENA. — *¡Adiós!*

JOVITA. — *¿Habla Martina?*

MARTINA. — *Servidora.*

JOVITA. — *Te hablo yo, Jovita.*

MARTINA. — *¿Qué pasa?*

JOVITA. — *Acaba de hablarme Elena por teléfono, para decirme, ¿a que no sabes qué?*

MARTINA. — *¿Que estuvo en Córdoba?*

JOVITA. — *No; en Mar del Plata.*

MARTINA. — *¡Qué sinvergüenza! ¡A mí me dijo que había estado veraneando en Córdoba! ¿Y tú qué le dijiste?*

JOVITA. — *Nada. Hice como que le creía.*

MARTINA. — *Lo mismo que yo.*

JOVITA. — *La dejé con esa ilusión. Es como haberle hecho una obra de caridad. Fingiendo que le creemos, ella acabará por engañarse a sí misma; ¡y qué feliz se sentirá! ¿No te parece, Martina?*

MARTINA. — *Sí, sí; es lo más humano.* (Se despiden.)

LA TELEFONISTA INDISCRETA.

CURIOSO. COMODORO RIVADAVIA. — Carácter y destino de los nacidos en 5 de octubre: Sol en Libra. Piedras: el brillante y la amatista. Llevará una vida irregular. Espíritu apasionado. Propenso a enfermedades.

De los setecientos...

(Continuación de la página 7)

Mientras no se le halle, todo capital destinado al juego, sea cual fuere el sistema que vaya a emplearse, y todos dependen de la probabilidad, debe considerarse, en principio, como sacrificado.

Pero ¿fué verdaderamente Pascal, el matemático-filósofo, quién inventó la ruleta? Cierto profesor chino que conocí en Méjico, me enseñó un juego milenario de su país, en el cual puede reconocerse a una ruleta en la que los números están reemplazados por 37 animales distintos. Y en la famosa tabla de Pitágoras, perdida, ¿no estaría encerrado, también, el secreto de una ruleta de 21 números? Porque los números 3, 7 y 21, además de tener una gran importancia en las ciencias antiguas y modernas, en las religiones y hasta en la naturaleza, representan cierto papel en el problema aritmético, que es, en realidad, el juego de la ruleta.

—¿Y si existiera el hombre que posee el secreto de Pascal? — pregunté al señor de Suresnes.

El anciano sacudió la cabeza y me respondió:

— Si existe, hará bien en callarse. Si se mata a la ruleta se mata a todos los juegos de azar... ¿Y qué sería del hombre, entonces? Porque el azar es la ilusión, la esperanza, la aventura, lo imprevisto, lo misterioso, lo casi divino, puesto que es el instrumento del cual Dios se vale para premiar a unos y castigar a otros, según sus impenetrables y sagrados designios.

FIN

Cómo se debe aclarar el pelo de los niños

El cabello de los niños nunca debe ser sometido al tratamiento de tinturas u otros procedimientos dudosos, pues se corre el riesgo de destruir en poco tiempo una hermosa cabellera o perjudicar el cuero cabelludo.

Tampoco conviene el empleo de preparaciones caseras que no pueden ser escrupulosamente preparadas. Hoy se vende en las farmacias la manzanilla verum que es una loción infalible y completamente inofensiva.

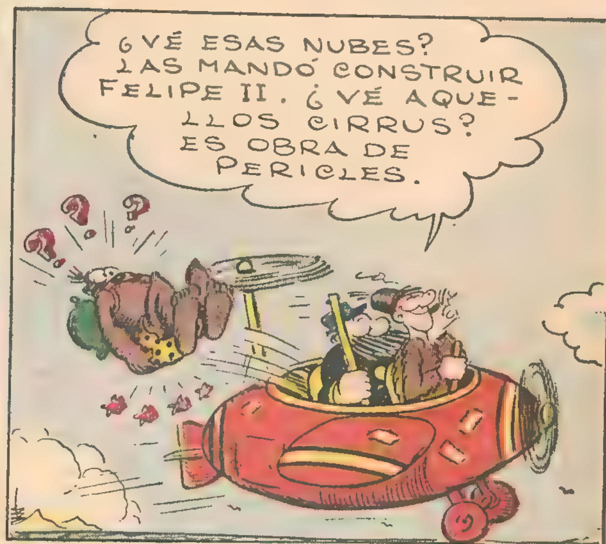
En pocos días transforma el color obscuro del cabello en otros tonos más claros hasta el rubio dorado si se desea. Se aplica con toda comodidad como cualquier loción para el pelo, y muy pronto se aprecian sus buenos resultados.

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

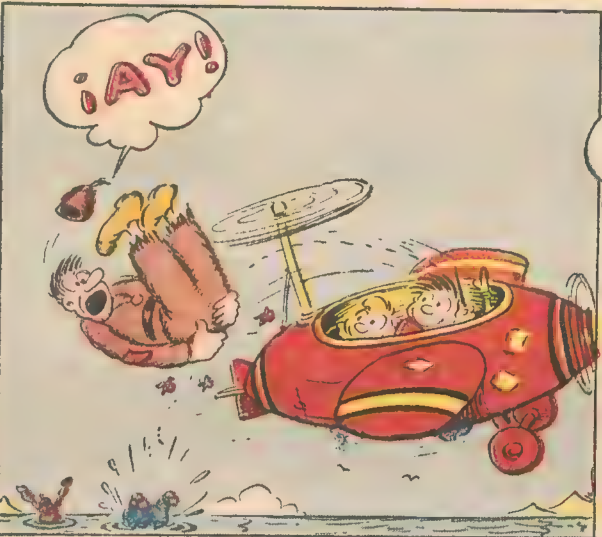
Por KNERR

























Por las calles de todas las ciudades del mundo, y a todas horas del día, son millares los hombres que, en silencio, meditabundos, pasean...

La ANGUSTIA de MIGUEL PARODI



CUENTO

Por

JOSE REMO SUFFRITI

La alegría bullanguera del domingo llegaba hasta aquel hombre solo, solo y triste, sentado en el último banco, escondido entre el follaje. Le daba vergüenza; temía que le vieran algunas lágrimas, sí; a él, a los sesenta años, a Miguel Parodi; ex marinero, ex lustrador de botines, ex contrabandista..., ya ni se acordaba qué.

Aburrido, sin tener a quién ir a visitar; la mayor parte de sus compañeros de navegación y de aventuras, el que no había muerto, estaría casado, o con algún negocio en tierra...; y siempre un hombre solo y triste molesta. Sin rumbo, sin deseos de llegar a ninguna parte, salió del altillo que habitaba en la Boca, frente mismo al canal de entrada. Cuando ya se hubo alejado del puerto y no vió más los gallardetes de los barcos, encontróse en un barrio que le era extraño; y sin saber a punto fijo adónde ir, llegó al zoológico.

Hacía tres años que deambulaba en tierra. Quedó desembarcado, cuando el "Antonio M. Ferro", último pailebot en el que trabajó de cocinero, entró en desarme. Con algunos pesos que había ahorrado en los últimos años iba capeando la mala racha que azota a los embarcadizos en estos tiempos. Y en su memoria pasaba revista a su vida toda, desde cuando muchacho de quince años se embarcó en Oneglia, su pueblo natal, como pela papas, en un bergantín ligure. No había puertos, bodegones ni reducideros que el no conociera, desde Melburne hasta Quebec, y desde Punta Arenas a Buenos Aires.

Pasó un matrimonio, entrado en años, frente a su banco; iban tomados de la mano como si fuesen dos muchachos; charlaban de los pájaros, de los animales, de la risa de los niños, y pensaba Miguel: "Ahora llegarán a su casa, se quitarán los trajes domingueros, sacarán dos sillas de paja, ella encenderá el fuego y él le dirá: "Alcánzame el diario; quiero leer un poco"; y ella le contestará: "¡Pero, viejito; ahora vamos a tomar mate!"; y luego tomarán mate, cenarán, y entre bocado y bocado hablarán de lo que vieron, con asombro, con inocencia de chiquilines..."

Una bandada de muchachos, una de esas barras de diez o doce que forman cooperativa los domingos para visitar el zoo con sus risas, sus canciones, su entusiasmo ante cualquier pequeñez, distrajo a Parodi.

Los siguió con la vista hasta que se perdieron detrás de una jaula; y tornó a sus reflexiones: "Muchachos pobres, mal vestidos, muchachos de barrio, ¡pero muchachos al fin!; las madres, ansiosas, aguardarán el regreso; y los padres, a lo mejor, habrán ido a jugar un partido al truco, a las bochas, y si vuelven primero, preguntarán: "¿Y el Ñato, o el Pirulo, o el Negro?, y la madre contestará: "Fué con los hijos de Pascual y de Muñoz, el "Changador", a Palermo; no ha de tardar, ya son las seis"; y llegará el chico a su casa, y ante el asombro ingenuo de ellos contará lo qué hacía el elefante, cómo saltaban los monos, el bramido del tigre, las gracias del hipopótamo; hasta que el sueño lo venza y quede dormido sobre la mesa. Y la madre lo desviste, lo besa, diciendo en voz baja: "¡Qué lindo se está poniendo mi Ñato!" Luego, en el silencio de la noche, el respirar fuerte, acompasado del chico, llenará la pieza...

"¡Yo también tuve niñez! Niñez dulce, alegre, llena de sol y de besos, y ahora, ¿qué tengo?"

Una pareja de novios, silenciosa, feliz, caminando suavemente, como si la tierra no existiese, llegaba a su lado; ella, alta, fina, morena, de ojos escondidos, por el sombrerito echado al descuido, la boca de sonrisa clara, humilde; suelta de ademanes, vestida de verde con zapatos blancos. Miró a Parodi con dulzura, sin altanería; con esa mirada de la mujer superior, que pasea del brazo de un hombre joven, y no por eso se ensorbece; y tiene tal reserva de ternura, tanta bondad en su corazón, que endulza por un instante al infeliz que mira.

—¡Me ha mirado como si fuera un hermano! ¡Que Dios la bendiga!

Un ansia infinita de hablar con alguien, de acariciar una cabeza, de hacer algo noble se apoderó de Miguel Parodi, ex marinero, ex pintor, ex foguista, ex, ya no se acordaba qué...

Pasaban parejas, chicos, viejos, vendedores, soldados, marineros, sirvientas, y Parodi se sentía solo, triste, desganado. ¿Adónde ir? ¿A la pieza? ¿A qué? Le espantaba el silencio del patio. Casi todos los vecinos habían ido a los pic-nics, al almacén de Alegría, a lo de Priano, al cine...

Todo esto ya le hastiaba; no podía jugar más de un par de partidos al tresiete o al tute. El cine lo amargaba, con sus películas donde siempre triunfan él y ella; ir a visitar..., ¿a quién?... Con esta traza; mal vestido no estaba, pero cuando se lleva un cargamento de dolor encima, hasta la ropa más fina parece ordinaria y más pobre el que la lleva... ¿Al puerto?... ¡Si habría visto barcos, puertos, bodegones! ¡Temía ir al puerto!... Sí; temía... un vago presentimiento, una inquietud extraña, le hacía huir de los diques.

Cerraban los portones del zoológico, cuando Miguel Parodi salió a la calle. ¡Qué extraños le parecían esos barrios! Era la segunda o tercera vez que se alejaba de la Boca, en tantos años de América. Siguió caminando lentamente, parándose dos o tres veces en cada cuadra.

¡Avenida Alvear, Quintana, Callao, Alem! ¡Lindas casas! ¡Jardines! ¡Ventanas iluminadas, rumor de música, alegría de niños! "¡Serán felices esas gentes!", pensaba Miguel frente a la verja de un jardín. Al fondo, un palacete de estilo moderno, blanco, de techo rojizo; resaltando en el cielo color mate cocido del crepúsculo. "Sí, tienen que ser más felices que cualquiera." Un torrente de música, música de baile, alegre, frívola, despreocupada; música hecha por felices también, salió por una ventana. Las sombras de parejas bailando, se reflejaban en un estanque. Abstraído escuchaba cuando una voz seca, agria, despreciativa; una voz de portero o

CARTAS DE UN ARGENTINO QUE SE ENOJA

LOS COMERCIANTES ABUSAN DE LAS MEDIDAS DE EMERGENCIA

Señor Director:

Nunca faltan especuladores que sepan aprovecharse de las situaciones anormales, a costa del pueblo. Las guerras, las crisis económicas, las pestes — todas las calamidades humanas, — constituyen siempre magníficas oportunidades para que los comerciantes inmorales realicen pingües negocios. MUNDO ARGENTINO en una serie de notas realmente sensacionales, reveló recientemente a sus lectores las ignominiosas actividades de los traficantes de armas, sin duda los principales sostenedores del heroísmo bélico que tanto perturba al mundo. Yo quiero ahora, desde este rincón cordial que usted ha resuelto concederme todas las semanas, llamar la atención del público sobre las actividades de algunos de nuestros comerciantes, que están cometiendo abusos, respaldados en las medidas económicas de emergencia adoptadas por el Poder Ejecutivo. No pretendo sugerir que las consecuencias de la actitud de éstos revistan la misma importancia que la de aquéllos, lo que sería absurdo, pero me parece que unos y otros no quedan mal en compañía, porque se inspiran en los mismos desvergonzados sentimientos de lucro. Las medidas económicas adoptadas por el gobierno, según es notorio, han logrado abaratar los productos nacionales, para facilitar su exportación, y encarecer los artículos extranjeros, con lo que su importación se restringe. En esta forma la balanza comercial tendrá que resultar, a la postre, favorable al país, aunque sus habitantes nos veamos privados de muchos artículos imprescindibles para el grado de civilización que hemos alcanzado.

Nadie, ni el mismo Poder Ejecutivo que los puso en vigor, cree que los decretos sean perfectos; que puedan aceptarse como medidas económicas permanentes. Inspirados en el nacionalismo comercial en boga, contradicen fundamentalmente la estructura económica tradicional de la República Argentina, cuya prosperidad finca precisamente en su liberalismo. Pero son simples medidas de emergencia, adoptadas bajo la presión de las naciones que comercian con nosotros, ante las que, desgraciadamente, todavía no podemos hacer valer nuestras opiniones y conveniencias. Hecha esta salvedad, que hicieron también oportunamente los dos ministros directamente vinculados con la riqueza pública, forzoso es confesar que las medidas económicas empiezan a producir sus frutos. He leído, por ejemplo, con placer, que una de las grandes empresas ferroviarias se dispone en lo sucesivo a alimentar las calderas de sus locomotoras con leña de Santiago del Estero, porque el carbón le resulta muy caro con la actual desvalorización del peso argentino. ¡Imagínense ustedes el regocijo que habrá producido la nueva en la mencionada provincia, entre cuyas riquezas más positivas se cuenta la forestal!

Las medidas económicas empiezan a producir sus frutos, aunque no todos son nobles como el que acabo de mencionar. Los frutos innobles son obra de esos comerciantes inmorales a que me referí al principio, de esos especuladores que se aprovechan de las situaciones anormales a costa del pueblo. Es lógico, en efecto, señor Director, que los artículos extranjeros importados después de la vigencia de los decretos hayan aumentado su precio; pero ¿por qué razones confesables se han ido también a las nubes los productos netamente argentinos, los artículos en cuya elaboración no entra absolutamente ningún material extranjero? Un botón de muestra: los ladrillos, cuyo precio ha subido considerablemente. Otro botón: los juguetes de fabricación nacional, que son más de lo que el público sospecha, con los que se realizó una vergonzosa especulación durante las últimas fiestas. ¿Y no se pretende hasta encarecer ciertos artículos alimenticios que sólo los muy mal informados pueden suponer extranjeros? ¿Qué se logra con eso? Desprestigiar medidas económicas cuyo carácter de emergencia nos imponen a todos secundarlas sin escatimar sacrificios.

El gobierno, desde luego, tomará medidas para evitar tales abusos. Será necesario certificar la procedencia de las mercaderías, y el público se resistirá a pagar precios aumentados en las de exclusiva procedencia nacional. Pero hubiéramos preferido no tener que llegar a tal extremo, porque en momentos como los actuales nada nos tonifica tanto como la conciencia del sacrificio colectivo, que en este caso ni siquiera puede llamarse sacrificio. Los comerciantes debieran cumplir sencillamente con una norma elemental dentro de la civilización que ha alcanzado el mundo. ¿O es que, a pesar de los siglos transcurridos, los comerciantes siguen, como en la antigua Grecia, tutelados por el mismo dios de los ladrones?

Hasta el miércoles, señor Director.

Argentino de Vera

---

lavapisos, le gritó:

—¿Qué hace usted aquí parado? ¡No es hora de cenar todavía! ¡Hoy no comen en casa los señores! — Y como Miguel tardara en salir del asombro e intentara explicarse, el otro agregó con mayor potencia: — ¡Siga su camino o llamo a un vigilante!

Y Miguel Parodi, ex, ya no se acordaba qué, rota la voluntad, desganado, abatido, encaminó sus pasos hacia el bajo, hacia lo que él temía..., hacia el puerto!...

Las campanadas del Retiro resonaron en la tranquilidad de esa noche, de aquel lindo domingo. La tarde calurosa, sin ser pesada, con un cielo puro, azul, de un azul blusa, que se tornó verde al crepúsculo.

El Paseo de Julio y las calles que llegan al Retiro, llenas de ómnibus, autos, chatas, carros y tranvías, hacinados de gente que volvían de las fiestas campestres. Bandas de música, orquestas típicas, rondallas, seguían tocando en los vehículos. Alegres, satisfechos y contentos como todos, con esa alegría contagiosa del pueblo que retorna al hogar después de un día de campo.

Todos reían: los jóvenes, vestidos de blanco y en cabeza, los chiquilines, los viejos, los conductores de los vehículos..., y Miguel Parodi, solo, triste; sin afectos ni familia, sin embarque, sintió vergüenza de sí mismo, lástima. Levantóse del banco, con la cabeza gacha. Fué a dar a Puerto Nuevo, a la última Dársena. Y las sombras de los galpones, de los barcos y de las estibas de bolsas le ofrecieron su amparo ..

FIN

Dentro de la vida ...

(Continuación de la página 20)

sea un factor de importancia en el matrimonio, tiene uno que estar muy seguro de él; consideran que con el divorcio, ahora tan corriente, se ha adelantado mucho, pero esos experimentos (pues son sólo experimentos) deberían prescindir del matrimonio.

Otro factor que debe tenerse en cuenta es que las condiciones actuales no permiten a un joven casarse mucho antes de los treinta años, pero no es posible que reniegue de su sexo; este problema de los hombres es también, por consiguiente, el problema de nuestras hijas; lo peor es que estas chicas pueden justificarse empleando varios recursos. Si llega a caer, según la moralidad pasada, se dice víctima de los problemas actuales. ¿A quién culpar de esta situación? La situación financiera, en la cual se debate el mundo, no se puede culpar a la generación pasada, sino a ciertos individuales. Quizá nuestro exceso de celo en lo que se refiere al porvenir de nuestras hijas tenga la culpa. Muchos padres no están dispuestos a confiar la felicidad de sus hijas a hombres que no se han asegurado el porvenir. Quizá la instrucción proporcionada que a nosotros nos parece sana y necesaria excite demasiado sus mentes juveniles. También las conferencias sobre temas sexuales, ahora tan en boga, acarrean trastornos e inducen a ellas a hacer experimentos que muchas veces resultan desastrosos. El cine y el teatro también aportan su parte, y no es de extrañar que las jóvenes sientan cierto desprecio por la vida de sus mayores. El cigarrillo y la bebida son también los que han cambiado mucho el carácter de nuestras hijas; bajo la influencia de la bebida cometen disparates, de los cuales después se arrepienten.

¿Cuál es la solución de todo esto? Los educadores insisten en que la solución está en la educación temprana de los niños, no sólo en el colegio, sino también en el hogar. Sólo en un hogar unido puede la niña encontrar esa atmósfera de sana moralidad que le ayudará a afrontar con éxito los múltiples problemas que la acechan a cada paso. Como madre, solamente puedo ayudarla hasta cierto punto; luego, ella tiene que hacer sus experimentos y sacar sus propias conclusiones; durante ese período se distanciará forzosamente de mí para volver sólo cuando ella también sea madre y esposa.

FIN

BIBLIOTECA TEATRAL DE "MUNDO ARGENTINO"

"MOLIERE o la TRANSMIGRACION del ALMA"

Farsa en dos actos, original de

ENRIQUE GUSTAVINO

Estrenada en el Teatro Smart el 4 de octubre de 1933.

(En el número anterior se publicó el primer acto de esta comedia.)

ACTO SEGUNDO

(El mismo decorado del primer acto.)

ESCENA I. — Don Silvestre y doña Ana.

(Aparece por la puerta de la habitación interior DON SILVESTRE trayendo una pequeña mesa de tres patas. DOÑA ANA lo sigue, y luego de colocar don Silvestre dicha mesa en el centro de la habitación, se sientan adoptando un aire de misterio. Ambos colocan suavemente las palmas de la mano en su parte superior y observan con visible interés si el flúido que pretenden darle le hace animar. Es que se trata de una mesa maravillosa, que habla tanto y más que una literata de nuestro medio ambiente. En esta ocasión la mesa se ha encerrado en un discreto mutismo, que desconsuela a sus propietarios.)

DOÑA ANA. — ¡Qué pena! ¡No habla!

DON SILVESTRE. — No retirés las manos, que algunas veces tarda... Invoquemos al espíritu de Pancho Sierra...

DOÑ ANA. — *(Después de una pausa.)* Hoy que teníamos más interés que nunca en consultarla, para saber si Elifas tendrá éxito en el teatro, es capaz de negarse... *(Silvestre observa detenidamente las patas de la mesa para comprobar si algún elemento extraño impide que se muevan.)*

DON SILVESTRE: — ¡Es raro! ¡Siempre ha sido tan dócil!... ¡Tan buena! *(La acaricia con la misma ternura que podría hacerlo con un niño.)*

DOÑA ANA. — Probemos de nuevo... A menos que esté enojada...

DON SILVESTRE. — ¡Diga si el espíritu de Pancho Sierra está presente! *(Vuelven a colocar las manos, saturando de flúido al inofensivo mueble, hasta que éste, harto de sentirse sobado, comienza a moverse, golpeando con una de sus patas el suelo.)*

DOÑA ANA. — ¡Silvestre, se mueve!

DON SILVESTRE. — ¡Habla! ¡Por fin sabremos!

DOÑA ANA. — Tengo miedo que nos sorprenda Paracelso... Dice siempre que un teósofo puro debe desechar la vulgarización bastarda de los espiritistas...

DON SILVESTRE. — ¡Qué nos importa lo que pueda pensar Paracelso! Nosotros creemos y se acabó...

DOÑA ANA. — Bueno, reconcentrémonos... si no el flúido se pierde... *(Una vez más colocan las manos, y a los pocos segundos la pata golpea cinco veces y se detiene.)* Golpeó cinco veces... ¡A, B, C, D, E! ¡Es una E! Anotá.

DON SILVESTRE. — No es una E... Los golpes que dió fueron seis.

DOÑA ANA. — Estás equivocado: poné otra vez las manos y verás que fueron cinco... *(En este momento entra DON PABLO por el foro.)*

DON SILVESTRE. — ¡Parece mentira!... Siempre que buscamos comunicaciones con la mesa tenemos que discutir. No querés comprender que yo conozco tanto su sensibilidad como la de Elifas.

ESCENA II. — Dichos. Don Pablo.

DON PABLO. — Buenas tardes. *(Doña Ana y don Silvestre al verse sorprendidos retiran rápidamente las manos y fingen un aire de inocente despreocupación.)*

DON PABLO. — *(Mueve significativamente la cabeza.)* ¡Siempre con lo mismo! ¡La estúpida obsesión de ponerse en contacto con los muertos, cuando estamos tan lejos de alcanzar la compresión de los vivos!

DON SILVESTRE. — Usted está equivocado, don Pablo. Lo que yo hacía era examinar el barniz de la mesa para ver si conserva todavía su brillo.

DON PABLO. — ¡Examinando el barniz. *(En otro tono. Con un dejo de amargura.)* ¡Si ustedes supieran lo que ocurre en el pueblo!

DOÑA ANA. — ¿Qué pasa? Cuente, don Pablo.

DON SILVESTRE. — Hable... ¿Es algo grave?

DON PABLO. — *(Midiendo las palabras para ver el efecto que producen.)* Esta mañana se suicidó Juan el panadero...

DON SILVESTRE. — ¡Ah, creí que se trataba de otra cosa!

DOÑA ANA. — Abandonó la materia... El pobrecito ahora estará bien...

DON PABLO. — *(Irónico.)* ¡Sí, muy bien! *(Pequeña pausa.)* En realidad se suicidó por eso: para estar mejor. Tuvo un contraste en sus negocios y como creía en la transmigración del alma, se pegó un balazo con la esperanza de reencarnar en otro cuerpo que lo haga más feliz.

DON SILVESTRE. — Si usted fuera un iniciado, como nosotros, le parecería natural.

DON PABLO. — ¡Y eso no es nada! Piensen ustedes las cosas que aquí ocurren de un tiempo a esta parte. Hace tres días, se suicidó Pedro el mecánico por las mismas causas. En dos semanas se han matado diez personas que creían en la posibilidad de transmigrar. Están tan locos todos los que han abrazado la teosofía, que van contra su misma doctrina y se suicidan... Y para colmo de desdichas, el boticario Aldabe se encuentra en un estado tal de desequilibrio, desde que leyó a Conan Doyle, que tiene ahora la manía de embotellar almas... Dice, a quien quiere oírle, que pronto tendrá la fórmula de la vida y de la muerte... ¡A este paso la tragedia toma proporciones pavorosas! El número de cuerdos que nos quedan en Villa Karma es tan escaso, que pronto podremos tener la vanidad de ser habitantes del único pueblo del mundo, compuesto enteramente por descentrados, maniáticos y locos. *(En este momento aparece Elifas seguido de un muchacho.)*

DON SILVESTRE. — ¿Y usted se asombra? La gente que ha estudiado dice que la ciencia necesitó de grandes sacrificios para alcanzar triunfos.

ESCENA III. — Dichos. Elifas. Muchacho.

ELIFAS. — *(Trae en las manos un traje de la época de Molière. El muchacho le alcanza un palo destinado a cubrir dichas prendas.)* Envolvelos vos y los llevás al teatro, y le decís a la gente que lo coloquen en el camarín de Molière, que soy yo...

MUCHACHO. — Bien, señor. *(Mutis.)*

ESCENA IV. — Dichos, menos Muchacho.

ELIFAS. — *(Saca del bolsillo el libreto de "Sganarel" y lee un pasaje, como queriendo repasar su parte. Esto lo hace accionando con evidente torpeza.)* Yo odio de todo corazón a los espíritus coléricos y tengo mucho cariño por los hombres pacíficos. No soy golpeador de miedo de ser golpeado, y el humor bonachón es mi gran virtud. Pero mi honor me dice que es absolutamente necesario que me vengue de una ofensa tal: a fe mía dejémosle decirle lo que quiera: "al diablo el que haga lo que dice él..." *(Al llegar a esta parte tartamudea y se le escapa uno que otro "furcio". Esto le contraria, al extremo de cerrar los puños y mascullar una maldición.)*

DON PABLO. — *(Extrañado.)* ¿Qué hace, Elifas? ¿Se ha vuelto maniático y habla solo?

DON SILVESTRE. — ¿Cómo? ¿No sabe? Hoy es el gran acontecimiento: trabaja por primera vez en el teatro... Representará "Sganarel", una obra suya que escribió, si no me equivoco, allá por el año 1654.

DOÑA ANA. — Dice don Paracelso que lo aplaudirán con el mismo entusiasmo que si fuera boxeador...

ELIFAS. — *(Siempre con el libreto en la mano.)* ¡Este parlamento no puedo decirlo con agilidad! ¡Me va a dar un trabajo enorme apenas me encuentre frente al público!

"MOLIERE, O LA TRANSMIGRACION DEL ALMA"

Enrique Gustavino

(Recita.) "Cuando me haya hecho el bravo y un hierro, en pago, con un feo golpe me ha traspasado la panza, y por la ciudad corre el rumor de mi muerte, decidme, honor mío, ¿estaréis por ello más gordo? El ataúd es una residencia demasiado melancólica y demasiado malsana para los que temen el cólico..." Ahora voy mejor, mucho mejor... Aquí arrancaré un aplauso... Ya no tengo dudas de que tendré un suceso fantástico... ¡Y pensar que hasta hace poco nadie creía en mí! *(Dirigiéndose a don Pablo.)* Maestro, ¿usted irá al teatro a verme trabajar?

DON PABLO. — *(Con sequedad.)* No.

ELIFAS. — ¿Por qué? ¿No le interesa? O es que me tiene un poco de envidia por la posición que he conquistado... Diga...

DON PABLO. — Todavía estoy en mi sano juicio...

DOÑA ANA. — Nosotros tampoco iremos. Tenemos miedo de sentir demasiada emoción al ver a nuestro hijo. Usted comprende...

DON SILVESTRE. — Sobre todo cuando lo llevan en triunfo por el pueblo...

ELIFAS. — Yo me voy... Tengo que trucarme, como dicen los grandes artistas... ¡Trucarme! ¡Esta palabra me gusta tanto!

DOÑA ANA. — ¡Buena suerte, hijo!

DON SILVESTRE. — ¡Que vuelvas triunfador! Serás el primer héroe de nuestra modesta familia... *(Don Pablo sonríe irónicamente.)*

ELIFAS. — ¡Hasta luego! ¡Voy por los laureles! ¡Confíen en mí!

DOÑA ANA. — Un abrazo, hijo. *(Lo abraza.)*

DON SILVESTRE. — Otro... *(Lo abraza conmovido.)*

ELIFAS. — *(Al hacer mutis recita con entusiasmo.)* "Cuando me haya hecho el bravo y un hierro, en pago, me haya con un feo golpe traspasado la panza, y por la ciudad..." *(Mutis.)*

ESCENA V. — Dichos, menos Elifas. Luego, Eusapia.

DON PABLO. — ¡Triste destino le está reservado a Molière! Después de tanta gloria, reaparecer en Villa Karma, en un teatrito de última categoría... Sólo la ignorancia puede crear una fábula tan estúpida.

DON SILVESTRE. — Eso no quiere decir nada, don Pablo. Según Paracelso, es un simple ensayo para que retome su personalidad. *(Entra EUSAPIA por el foro.)*

DON PABLO. — Pronto no me verán más... He pedido al Consejo Nacional de Educación pase para otra localidad... ¡Comienzo a tener miedo!

EUSAPIA. — *(Camina unos pasos, y luego se detiene y hace un movimiento brusco con su brazo izquierdo, como si quisiera desasirse de alguien que la sujetara.)* ¡Vamos! ¡Déjeme tranquila! ¡Ya me ha molestado durante todo el camino! ¡No faltaba más!

DON PABLO. — *(Alarmado.)* ¿Con quién habla, Eusapia? *(Observa si ha quedado alguien en la puerta de calle.)* ¿Qué le pasa?

EUSAPIA. — Nada... Un espíritu burlón me ha seguido desde que salí de casa y me ha tomado varias veces del brazo para hacerme cambiar de ruta... Yo ya estoy acostumbrada y no les hago caso... ¡Si los conoceré en los años que estoy en comunicación con ellos!... *(Nuevo gesto de desaliento de don Pablo.)*

EUSAPIA. — ¡Ah!, pero ¿no saben la novedad que traigo?

DOÑA ANA. — Ya lo sabemos todo: se suicidó Juan el panadero.

EUSAPIA. — ¡Eso no es nada! ¡Es una pavada! La noticia que yo traigo es más interesante... ¡Es algo sensacional!

DON SILVESTRE. — Explíquenos usted, porque nosotros no hemos salido todavía de casa.

EUSAPIA. — *(En tono misterioso.)* Ha llegado a Villa Karma una mujer extraordinaria, que posee un sexto sentido y cultiva la psicometría.

DON SILVESTRE. — ¡Un sexto sentido!

DOÑA ANA. — Y ¿cómo es eso? ¿Para qué le sirve?

EUSAPIA. — Es un sexto sentido que se desarrolla y se pone en vibración cuando ella escucha música o lee poesías...

DOÑA ANA. — ¡Qué lindo! ¡Es con música el asunto!

DON SILVESTRE. — Continúe...

EUSAPIA. — Una vez que cae en trance se le puede alcanzar un objeto cualquiera y ella, al tacto, y leyendo en el astral, dice toda su historia: a quién ha pertenecido, calidad del objeto, manos por quien ha pasado... En fin, ¡todo! ¡Es una maravilla, una maravilla! ¡No se equivoca nunca!

DON PABLO. — Ahora el loquero está completo...

DOÑA ANA. — Silvestre, iremos a verla cuanto antes.

DON SILVESTRE. — ¡Ya lo creo! ¿Sabés qué podemos llevarle? El retrato de Khrisnamurthi, que nos regaló el conferencista que vino de la India...

EUSAPIA. — ¡Es lo más maravilloso que he visto en mi vida! ¡Todo cuanto les diga en ese sentido es poco! *(Entra Paracelso por el foro. Llega con aire de consternación, que por momentos trata de disimular.)*

ESCENA VI. — Dichos y Paracelso.

PARACELSO. — Buenas tardes a todos.

DON SILVESTRE. — ¡Usted aquí! ¿No va al debut de Elifas?

PARACELSO. — *(Con cierta timidez.)* No, no voy...

DOÑA ANA. — ¿No va? ¿Es que está enojado con Elifas?

PARACELSO. — *(Bajando la vista.)* Tengo miedo...

EUSAPIA. — ¿Miedo usted? El hombre más audaz de Villa Karma y sus alrededores.

PARACELSO. — Tengo miedo porque hemos sido burlados...

EUSAPIA. — ¿Burlados? ¿Y por quién?

PARACELSO. — Burlados usted, yo, ellos... Por un espíritu afecto a las bromas... ¡Ah, estos espíritus incorregibles!

DON SILVESTRE. — Explíquese, don Paracelso... ¿Qué pasa?

PARACELSO. — *(Con un poco de vacila-*



ELIFAS. — (Saca del bolsillo el libreto de "Sganarel" y lee un pasaje, como queriendo repasar su parte. Esto lo hace accionando con evidente torpeza.) *Yo odio de todo corazón a los espíritus coléricos y tengo mucho cariño por los hombres pacíficos. No soy golpeador de miedo de ser golpeado, y el humor bonachón es mi gran virtud. Pero mi honor me dice que es absolutamente necesario que me vengue de una ofensa tal: a fe mía dejémosle decirle lo que quiera: "al diablo el que haga lo que dice él..."* (Al llegar a esta parte tartamudea y se le escapa uno que otro "furcio". Esto le contraría, al extremo de cerrar los puños y mascullar una maldición.)

DON PABLO. — (Extrañado.) *¿Qué hace, Elifas? ¿Se ha vuelto maniático y habla solo?*

DON SILVESTRE. — *¿Cómo? ¿No sabe? Hoy es el gran acontecimiento: trabaja por primera vez en el teatro... Representará "Sganarel", una obra suya que escribió, si no me equivoco, allá por el año 1654.*

Espacio para encuadernar

"MOLIERE, O LA TRANSMIGRACION DEL ALMA" — *Enrique Gustavino*

ción.) Anoche estuvimos de sesión en casa de don Patricio...

EUSAPIA. — ¿Y bien?

DON SILVESTRE. — Algo grave debe ocurrir...

PARACELSO. — A las diez y cuarto Shakespeare nos envió un mensaje... ¡Ah, cómo estaba el inglés! Disgustadísimo por el asunto de Elifas...

DON SILVESTRE. — ¿Disgustadísimo?

PARACELSO. — Sí, porque invocaron su nombre para engañarlo a Elifas y a todos nosotros.

DON SILVESTRE. — *(Con voz amenazante.)* ¿Y quién es el miserable que se atrevió a tanto?

PARACELSO. — Calma... No se alteren...

EUSAPIA. — ¡Hable de una vez, que nos tiene a todos con una angustia terrible!

PARACELSO. — Aquella noche que Eusapia cayó en trance y se comunicó con Shakespeare, la tal comunicación no fué sino una burda patraña urdida por un espíritu travieso, que invocó el nombre del glorioso dramaturgo inglés, al solo efecto de sembrar el desconcierto entre nosotros...

DON SILVESTRE. — *(Anonadado.)* ¡De modo que Elifas no es!...

DOÑA ANA. — ¡Dios mío! ¡Qué desgraciada! Cuando la fortuna parecía sonreírnos.

PARACELSO. — ¡Ah, pero no se aflijan ustedes! Si hemos descubierto que Elifas no es Molière, sabemos, en cambio, que su personalidad es mucho más interesante.

DON SILVESTRE. — ¡Hable, diga! ¡No me tenga con el corazón en la garganta!

PARACELSO. — El talento de Elifas no reside — como creíamos nosotros — en la cabeza, sino en sus extremidades inferiores: en los pies. ¿Comprenden?

DON PABLO. — ¡Eso lo creo!

EUSAPIA. — ¡Qué contraste!

DON SILVESTRE. — ¿Y eso cómo puede ser?

PARACELSO. — Calma. Ya les explicaré todo. Después de dos sesiones, en las cuales Shakespeare nos hizo el honor de guiarnos, para dejar bien sentado que el espíritu de Molière no había reencarnado en Elifas, se nos apareció espontáneamente otro espíritu: el de Papalucchi.

DON SILVESTRE. — *(Con extrañeza.)* ¡Papalucchi!

EUSAPIA. — ¡Papalucchi! ¡No lo conozco!

PARACELSO. — ¿No saben ustedes quién es? *(Todos hacen una señal negativa.)* Papalucchi fué el centro foward más famoso de su tiempo... ¿No recuerdan el trágico fin que tuvo? ¿No? Papalucchi murió en el campo de sus triunfos, durante un partido amistoso, a raíz de un botellazo que le aplicara un admirador del club adversario.

DON SILVESTRE. — ¡Es verdad! ¡Papalucchi!

PARACELSO. — Y bien, Papalucchi nos afirmó que en Elifas había reencarnado el espíritu del más grande jugador de Gran Bretaña.

DON SILVESTRE. — *(Con alegría incontenida.)* ¿Está seguro esta vez, don Paracelso?

PARACELSO. — ¡Segurísimo! Lo que no recuerdo bien es el nombre. Inglés cerradísimo.

DON SILVESTRE. — ¡Qué alegría! ¡Mi hijo jugador de football! ¡Ahora sí que estoy tranquilo! Porque yo le confieso que no se me hacía muy feliz que Elifas fuera ese Molière tan mentado...

PARACELSO. — ¡Hombre, es natural! ¿Sabe usted la distancia que media entre Molière y un jugador de football? Un autor, un escritor o un periodista se ve siempre atenaceado por la tragedia de la miseria y de la incomprensión... Vivimos en una época despojada de todo idealismo. ¿Qué vale, hoy día, una bella frase o toda la obra de Molière — pongamos por caso — frente a un formidable puntapié de un centro foward? Nada, nada... Un buen jugador de football es el ídolo de la multitud. Un escritor de calidad apenas si logra contar con la estimación de una minoría mínima. ¡Y luego, cómo se cotizan esos señores jugadores! ¡Con decir que se los disputan ofreciéndoles bolsas de libras esterlinas, está dicho todo! *(Bajando la voz, como quien hace una revelación sensacional.)* ¡Y eso no es nada! ¡Hasta se ha llegado a raptarlos como si se tratase de hermosas doncellas!

DOÑA ANA. — ¡Qué suerte la nuestra! ¿Estás contento, Silvestre?

DON SILVESTRE. — ¡De alegría, mañana doy una fiesta! Figúrate que todos los domingos podremos ver a nuestro muchacho, durante el partido, aclamado por cincuenta mil personas... ¡Me río yo de la gloria que pudo tener como escritor! *(En este momento se oyen voces que parten de la calle: "¡Ladrón, malandrino, sinvergüenza, queremos que nos devuelvan la plata! ¡Ladrón! ¡Mistificador!" Doña Ana, don Silvestre, Paracelso, Eusapia y don Pablo escuchan los insultos con visible emoción.)*

DON SILVESTRE. — ¿Y esos gritos?

PARACELSO. — Parece que insultan y persiguen a alguien.

EUSAPIA. — ¡Hay una revuelta en el pueblo!

DON PABLO. — ¡Es el castigo de Dios! ¡Ojalá se haga la luz en esta pobre gente!

ESCENA VI. — Dichos. Elifas.

DOÑA ANA. — ¿No lo perseguirán a Elifas? ¡Tengo miedo que le haya pasado algo a mi hijo! *(Las voces que se escucharon primero a la distancia irán gradualmente acentuándose, hasta el momento de aparecer Elifas, que cierra precipitadamente la puerta de calle. Éste, que viste el traje de "Sganarel" y tiene una mano ensangrentada, llega visiblemente agitado, huyendo de los espectadores que fueron al teatro para aplaudir a Molière y terminaron por apedrear al sofisticador.)*

DOÑA ANA. — *(Sollozando.)* ¡Elifas! ¡Hijo mío!

DON SILVESTRE. — ¿Y esa gente que grita? ¿Qué les has hecho para que estén furiosos y te persigan?

ELIFAS. — ¡Nada!... ¡Nada! *(La gente del pueblo se agolpa frente a la ventana y grita toda clase improperios contra Elifas. Éste, fuera de sí, les contesta.)*

ELIFAS. — ¿Por qué dudan? ¡Imbéciles! ¡Pregunten a Shakespeare quién soy yo!

DON PABLO. — Hay que cerrar la ventana. Lo van a matar... *(Paracelso, don Pablo y doña Ana se precipitan a cerrar la ventana, y cuando lo hacen, los gritos arrecian, para luego perderse gradualmente.)*

ELIFAS. — ¡Nada!... ¡Nada! ¡Es que no me comprenden! ¡No me interpretan!

PARACELSO. — ¡Claro está! ¡Nunca se ha dado el caso de que un centro foward fuera un buen actor!

DOÑA ANA. — *(Viéndole la mano ensangrentada.)* ¿Te has herido? ¡Pobre hijo mío! *(Trata de restañarle la herida con un pañuelo.)*

ELIFAS. — *(Sentándose.)* ¡No es nada! Los muchachos me tiraron piedras y me hicieron este rasguño... *(Se oyen nuevamente gritos hostiles. Elifas, crispando el puño, contesta:)* ¡Imbéciles! ¡Si supieran que en el pueblo no hay otro como yo!

PARACELSO. — ¡Pero cuenta lo que te ha ocurrido en el teatro!

DON SILVESTRE. — La culpa, en realidad, no es suya... Fué un "ego" suelto quien lo engañó... Debe ser el mismo que viene todas las noches a dar golpes...



PARACELSO. — ¡Ah, pero no se aflijan ustedes! Si hemos descubierto que Elifas no es Molière, sabemos, en cambio, que su personalidad es mucho más interesante.

DON SILVESTRE. — ¡Hable, diga! ¡No me tenga con el corazón en la garganta!

PARACELSO. — El talento de Elifas no reside — como creíamos nosotros — en la cabeza, sino en sus extremidades inferiores: en los pies. ¿Comprenden?

Espacio para encuadernar

"MOLIERE, O LA TRANSMIGRACION DEL ALMA"

Enrique Gustavino

ELIFAS. — *(Éste se sienta. Los circunstantes lo rodean y esperan con gran interés que hable.)* Cuando se levantó el telón y me tocó actuar, poco después, en la tercera escena, sentí una emoción indescriptible al ver la enorme cantidad de gente que ocupaba la sala. De pronto, la luz de las candilejas me cegó; sentí que las piernas se me doblaban y que un sudor frío me corría por la frente. Cuando vi que el apuntador se desesperaba haciéndome señas para que comenzara a decir mi parte, hice un esfuerzo y apenas si pude hablar: "¿Qué ocurre? ¡Aquí estoy!" fueron las únicas palabras que dije de la obra. Mi amigo Pedro, el carnicero, que estaba en el teatro y que había visto la cara de susto que yo tenía, pegó un grito para tranquilizarme. "¡No tengas miedo, Elifas, que aquí no pasa nada!" Oí un murmullo y risas entre la gente de la platea, pero yo no hice caso y seguí adelante: "¡Cómo! ¿No es más que eso? Yo creía todo perdido al oír gritar de mal modo..." *(Se sucede una pausa. Elifas da la sensación de no poder hilar los recuerdos. Sus ojos extraviados se vuelcan como si estuviera a punto de perder la razón. Luego se quita la peluca y con la mano se seca el sudor que le corre por la frente.)*

PARACELSO. — Continúa, que así nos dejas en ayunas...

DOÑA ANA. — ¿Te sentís mal? ¿Te duele mucho la mano? ¡Pobre hijo mío!

EUSAPIA. — ¡Tiene un aspecto que no me gusta nada!

ELIFAS. — *(Como si tuviera que hacer un gran esfuerzo para recordar.)* ¿Dónde estoy? ¿Qué estaba diciendo?

PARACELSO. — ¡Hombre, contabas el desarrollo de tu comedia, y la de Molière!

ELIFAS. — ¡Ah, sí; ahora recuerdo!... El público se reía y escuchaba satisfecho mis palabras... Pero lo malo fué cuando se retiró Celia y me quedé solo: el apuntador comenzó a darme letra para empezar el monólogo... Sentí escalofríos, la vista se me nublaba, las piernas ya no me sostenían... En ese estado sólo pude tartamudear algunas frases: "¿Que el cielo la proteja siempre? ¡Ved que bondad de querer vengarme!" *(Cae otra vez en un largo silencio, con la cabeza reclinada sobre el hombro.)*

DOÑA ANA. — ¡Dios mío, no habla! ¿Qué tenés, Elifas? ¿Te sentís muy mal?

DON SILVESTRE. — ¡Parece que hubiera perdido la memoria!

DON PABLO. — Lo que ha perdido es la razón.

ELIFAS. — *(Violento.)* ¡No he perdido nada! ¡Tengo rabia de saber que soy un incomprendido! ¡Ah, si ustedes supieran lo que he sufrido en pocos minutos! *(Después de una pausa, cobrando nuevos bríos y con mayor agilidad.)* Al recitar la parte más interesante, aquella que dice: "Cuando me haya hecho el bravo, y un hierro, en pago, me haya traspasado la panza"..., no me dejaron terminar. Los del mercado habían ido provistos de residuos y me tiraron una lluvia de legumbres, luego con piedras y para terminar conmigo, con todas las sillas de la platea. Después, como si eso hubiera sido poco, me corrieron por las calles, hasta que pude refugiarme aquí. ¡Estoy indignado! ¿Es que ya no hay respeto por el arte? Eso es lo que me pregunto. ¿No hay respeto?

EUSAPIA. — ¡Pobrecito! ¡Torturar así a una criatura!

ELIFAS. — ¿O es que no tienen fe a lo que dijo ese Shakespeare de mí? ¿Por qué se callan? ¡Hablen! ¡Hablen! ¡Quiero saber! ¡Son tan brutos que para ellos no significará nada que yo sea Molière!

PARACELSO. — Calma, Elifas; no debes exasperarte por el poco éxito obtenido...

ELIFAS. — ¡Por el fracaso quiere usted decir! ¡Porque mi presentación fué un verdadero fracaso!

DOÑA ANA. — *(Juntando las manos.)* ¡Pobre hijo mío!

PARACELSO. — No te enfades... Ten calma y te explicaré todo... Tú has sido la inocente víctima de un espíritu travieso que quiso jugarte una mala pasada. Mediante mis sabias investigaciones he conseguido esclarecerlo todo y establecer — sin ninguna clase de dudas — que eres un famoso jugador inglés de football.

ELIFAS. — ¿Ahora soy inglés, y jugador de football? No, no es posible. Yo siento que hay en mí algo de grande, de grande... Siento voces que vienen del más allá y me dicen que soy Molière.

DON SILVESTRE. — *(A Paracelso.)* ¡No lo contradiga, por favor! Observe los nervios que tiene.

EUSAPIA. — ¡No es para menos! ¡Pensaba alcanzar laureles y lo corrieron a palos y pedradas!

ELIFAS. — *(Como si comenzara a delirar.)* "Cuando me haya hecho el bravo, y un hierro, en pago, me haya traspasado la panza..."

PARACELSO. — ¡Ahí viene Gracia! *(Aparte.)* ¡Oigan ustedes! Sería conveniente dejarlo solo con ella. Quizá, Gracia, valiéndose de sus argucias de mujer, logre conformarlo...

DOÑA ANA. — Me parece bien... ¡Vamos, Silvestre!

DON SILVESTRE. — ¡Ya se tomará la revancha cuando juegue un partido de football! ¡Entonces sí que el triunfo será grande!

DON PABLO. — ¡Es el castigo de Dios! *(Don Pablo, doña Ana, Eusapia, Paracelso y don Silvestre se retiran a prudencial distancia. GRACIA, que ha entrado precipitadamente, se arrodilla junto a Elifas.)*

GRACIA. — ¡Elifas! ¡Mi Elifas!

ELIFAS. — *(Con la mirada perdida.)* ¡Gracia! ¡Gracia!

GRACIA. — ¡Te han golpeado, mi pobre Elifas!

ELIFAS. — No es nada, yo soy fuerte y puedo aguantar.

GRACIA. — Si me hubieras escuchado, no tendrías hoy que arrepentirte de tu aventura descabellada. ¿Cómo pudiste creer que eras un gran escritor si nunca pensaste serlo? ¿ Por que te lo dijeron ellos? ¿No sabías, acaso, que estaban alucinados por ese gran misterio que nadie podrá develar jamás?

ELIFAS. — *(A media voz y con una sonrisa estúpida.)* "Cuando me haya hecho el bravo"...

GRACIA. — Creo que ahora estarás curado... La lección ha sido dura para que la olvides... *(Después de una pausa.)* Si vos querés, nos casaremos pronto...

ELIFAS. — Sí, nos casaremos pronto...

GRACIA. — Seremos muy compañeros... Yo tengo un puesto en la escuela y nos ayudaremos a vivir... *(Se oyen golpes, muy atenuados, en torno la casa. Es que comienza el delirio de Elifas. Éste se incorpora transfigurado y escucha.)*

GRACIA. — ¿Quieres?

ELIFAS. — *(Con la mirada de un iluminado.)* ¿Quién sos? ¡Insensata! ¡Yo soy Molière! ¿Y tú, miserable? *(Con otra expresión y apartando a Gracia con la mano.)* ¡Lejos de aquí! *(Escucha con suma atención los ruidos que supone hacen los espíritus y se dirige a ellos.)* ¡Yo soy Molière! ¡Ya voy! ¡Ya voy!... ¡Los espíritus me llaman! ¡Ya voy! *(Lanza una carcajada diabólica y, luego, en rápida transición, rompe a llorar desconsoladamente, mientras cae la tela. La expresión dolorosa de Gracia y de los otros personajes indica que Elifas ya no es más que una sombra.)*

FINIS Coronat Opus



ELIFAS. — ¿Ahora soy inglés y jugador de football? No, no es posible. Yo siento que hay en mí algo de grande, de grande... Siento voces que vienen del más allá y me dicen que soy Molière.

Espacio para encuadernar

Una muchacha refinada

(Continuación de la página 51)

bajar los ojos de pudor!...

—¿No te parece que Aniceta se está poniendo un poco rara? — le dijo cierto día a su mujer el marido en cuya casa trabajaba la muchacha.

—No lo he notado. Rara ¿por qué?

—Está siempre como distraída y se equivoca frecuentemente al hacer las cosas que uno le manda...

—Será que está enamorada. Como la pobre dejó al novio en Santiago...

—Pues le diremos que puede ir a pasar unos días con su familia, y de esa manera ve al novio y se cura — dijo sonriendo bondadosamente el hombre.

—Se va a poner muy contenta, Alberto, en cuanto se lo diga.

—Pues díselo hoy mismo.

Era verdad: Aniceta se mostraba triste, distraída, como preocupada por una idea fija que la torturaba sin tregua. A veces el señor Gutiérrez la había sorprendido mirándole fijamente, como en éxtasis, y en cuanto reparaba que él se había dado cuenta de esto, se turbaba y desaparecía de su vista. Como era un matrimonio sencillo y bueno, Aniceta comía en la misma mesa con ellos, como si fuera de la familia, y en cuanto el hombre desdoblaba la servilleta y comenzaba a hablar con su mujer de los sucesos del día, Aniceta abría la boca y absorbía, puede decirse, todo lo que el señor hablaba. Se veía que gozaba oyéndole hablar, y en cuanto él decía un chiste, una frase ingeniosa, ella rompía a reír con todas sus ganas. Se notaba que cuanto decía el señor era para ella graciosísimo...

Pero eso era antes. Ahora Aniceta apenas si sonreía. Aunque no dejaba por eso de mirar embelesada al señor Gutiérrez, a la muchacha le pasaba algo extraordinario.

III

Se acercaba fin de año. Aniceta comenzó a hacer los preparativos para trasladarse a su pueblo. Tenía permiso para pasar quince días junto a los suyos. Mientras el tren volaba hacia su obscuro rincón provinciano, la muchacha pensaba en su madre, viuda con varios hijos, que vivía casi miserablemente. Pensaba en sus amigas, que la esperarían ansiosas tal vez para que les hablara de la gran ciudad que ellas solamente conocían a través de las informaciones gráficas de las revistas porteñas. En el único que no pensaba ni poco ni mucho era en su novio. Casi lo había olvidado. Si no hubiera sido por su madre, acaso ya no hubiese vuelto a Santiago. Pero su madre tenía siempre para ella una mágica atracción.

Poco antes de detenerse el tren en la estación, Aniceta sacó un espejito de la cartera y comenzó a hacerse una rápida "toilette". Puso más "rouge" en sus labios y se pasó el cisne cargado de polvos por la cara. Se miró las manos, cuyas uñas, a pesar de los rudos trabajos domésticos, cuidaba celosamente como si fueran las de una señorita. La manicura le había dado ese tono aristocrático que hace que las manos parezcan hechas para no hacer nada con ellas...

En la estación la esperaban su madre, dos o tres amigas, y, naturalmente, Rudecindo, que se ruborizó como una mujer cuando vió bajar del tren a aquella señorita que tenía un vago parecido con la Aniceta de un año atrás.

—¡Mamá! ¡Mamita!

—¡Hija mía!

Y ambas mujeres se abrazaron efusivamente, conmoviendo a los circunstantes. Rudecido se acercó, y sin articular palabra — tan emocionado estaba, — le estrechó la mano. Aniceta, con perfecta naturalidad, como si lo hubiese visto el día anterior, le dijo:

—¿Cómo te va, Rudecindo? Estás más negro que nunca...

—En cambio, vos estás más blanca... Estás hecha una pueblera...

Y después, viéndole las uñas rojas, le preguntó:

—¿Y qué te pasó en las manos?

Aniceta lanzó una estruendosa carcajada.

—¿Qué querés que me pase? ¡Nada, hombre!

—Como te las veo como manchadas de sangre...

—En Buenos Aires todas las mujeres se pintan las uñas, ¿sabés? Es la moda...

—¡Qué cosa más rara! Hasta las uñas ya se pintan las mujeres en Güenos Aires... ¡Es lo único que les fataba!

Cuando llegaron a la humilde vivienda de la madre de Aniceta, y luego de haber repartido ésta algunas de las chucherías que traía para su madre y sus amigas, los novios se quedaron solos y se miraron un instante: Aniceta, como quien ve a un ser extraño, sin emoción alguna, casi con indiferencia; Rudecindo, con pasión, con fulgores de afecto entrañable en las pupilas.

—¡Qué linda estás, Aniceta! ¿Te acordaste mucho de mí?

—Sí... — balbuceó Aniceta.

Pero él pareció leer la mentira en su mirada, porque le contestó en seguida:

—¡Quién sabe!... A mí me parece que no... Allá hay tantos hombres mejores que yo, que vos en seguida me habrás echao al olvido...

Aniceta bajó los ojos como si asintiera tácitamente a lo que decía Rudecindo. Éste la tomó rabiosamente de las muñecas y le dijo, clavándole la mirada en los ojos cobardes:

—¡Decime si ya tenés otro! No me engañés como a un chico... Yo te quiero todavía; pero si vos no me querés, decímelo francamente.

Aniceta permanecía en un obstinado silencio. Pensaba que va no podía querer a aquel hombre sencillote, que apenas si sabía decir cuatro palabras comunes y estaba más negro que nunca por los fuertes rayos del sol. Ella ahora se sentía atraída por los hombres de cutis suave, que se afeitan todos los días y viven resguardados de las inclemencias de la naturaleza. Un hombre, en fin, como el señor Gutiérrez. ¡Lástima que fuera casado!... Pero amar ahora a un hombre zafio como Rudecindo, eso no podía ser. Comprendía que la ciudad, la tremenda Buenos Aires, le había cambiado el alma, pues todo lo que le rodeaba en su pueblo — seres y cosas — tenía el sello primitivo, montaraz, que ella no apetecía. Ella necesitaba los refinamientos de la metrópoli; la rusticidad del pueblo le asqueaba...

Rudecindo, sin estrecharle la mano, sin decir una palabra, se fué de su lado y no volvió a verla durante las dos semanas que Aniceta estuvo en casa de su madre.

IV

Pasaron varios años. Aniceta se casó con un hombre como ella quería: blanco, elegante, perfumado, que se ponía gomina en el cabello y siempre cuidaba que la raya del pantalón fuese impecable. Pero ¡ay! Todas estas bellezas exteriores contrastaban con las negruras de su alma. Era uno de esos seres fríos, egoístas, llenos de vicios, que lo único que saben es satisfacer sus apetitos, sin que el más ligero resplandor de generosidad cruce por su alma.

La conoció en uno de esos bailes de empleadillos, horteras y muchachas del pueblo. Bailaba tan bien el tango Juan Luis, que Aniceta se prendó de él para toda la vida. Además, Juan Luis era tan delicado, tan fino, que se veía que era de buena familia... En su ingenuidad, Aniceta creía que todos los hombres que visten correctamente y tienen maneras más o menos refinadas pertenecen a buenas familias.

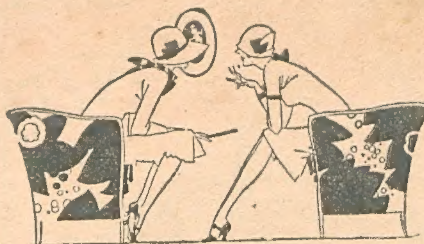
Se casó enamorada de Juan Luis, y éste parecía estarlo de ella. Mas Juan Luis tenía un pequeño defecto: no le gustaba el trabajo... Hasta los muebles fueron comprados con los ahorros de Aniceta. Él decía que estaba esperando un buen empleo público que se lo iba a dar un político influyente, y Aniceta, mientras el empleo llegaba, trabajaba en una casa rica para cuidar los niños. Y ella, que tanto quería a las criaturas, parecía que no iba a tener la dicha de un hijo. "Tal vez si me hubiera casado con Rudecindo...", pensaba algunas veces.

Juan Luis, el muchacho que parecía de buena familia, según la opinión de Aniceta, iba todos los domingos, sin faltar uno, al hipódromo de Palermo, adonde es sabido que los porteños van en procura del fomento de la raza caballar. La mayor parte de las noches iba a dormir a la madrugada, cuando Aniceta, cansada de esperarlo, dormía a pierna suelta. Algunas veces la encontraba llorando, y entonces él, zalamero como todo farsante, le hacía unas caricias, le decía unos diminutivos y la reconquistaba por unos días.

Cualquiera creería que Aniceta era infeliz con su marido que más hubiera ganado casándose con el simplote de Rudecindo. Pues se equivocaría de medio a medio. La palurda Aniceta estaba ya tan bien civilizada, tanto había obrado en ella el refinamiento de la ciudad tentacular, que era feliz al lado de aquel vago que nunca había sabido ganarse un centavo con el noble sudor del trabajo.

Y el tonto de Rudecindo, según las últimas noticias que tengo, de buenazo que era se ha transformado en borracho y peleador. ¡Así somos de estúpidos los hombres!

FIN



CHARLAS FEMENINAS

Por MESEC TUBAT

NO HAY QUE DESESPERARSE

Desesperarse es perder el control y la elegancia; es ofuscarse.

Guardar serenidad es guardar disciplina y claridad de conceptos; es también sembrar ejemplos de dignidad y de cordura.

Nadie que esté desesperado puede encontrar solución a su problema. Así esté a su vista el camino seguro a tomar.

Hay en la vida siempre un remedio para cada mal. No tomarlo es un error.

Un hombre consuela de otro hombre, un amor de otro amor, una mujer de otra mujer.

La que se fué pudo ser mejor, pero la que llega es otra; todo en ella es nuevo y desconocido. Descubrir las almas es el mejor secreto de la felicidad, una vez descubiertas viene la estabilidad que no es precisamente la dicha, pero es la comodidad, la seguridad y de ahí nace la costumbre, que es tal vez el lazo más fuerte entre dos vidas.

Olvidar no es posible, porque el recuerdo es lo bueno y lo malo de la vida, junto al goce de no olvidar el tormento de recordar.

Pero las vidas que no desesperan se rehacen siempre. Un poeta dijo: "De muchos pedazos de dicha se puede hacer una dicha nueva."

Lo único que se precisa en la vida es la tranquilidad. La felicidad se complace siempre en volver para aquellos que la supieron estimar y valorar, amar y mimar. Ella sólo huye de los pesimistas y de los descreídos.

El que se desespera pierde todas las probabilidades de nuevas dichas.

ES UN REMEDIO

Cuando hay que combatir un dolor, es un remedio esgrimir un hacha, o tomar una azada, para remover la tierra, o romper en mil pedazos pequeños el trozo de árbol con que haremos calor en las noches de invierno.

No es un mito, sino una noble enseñanza la leyenda del gigante Anteo recobrando sus fuerzas cada vez que tocaba la tierra, su madre; y vencido finalmente, porque su adversario le había arrancado violentamente de ella.

Es preciso buscar siempre la tierra, refrescarse en su seno cálido y robusto. Los grandes sabios nos dan el ejemplo; escapan de sus laboratorios, de la política, de las vertiginosas máquinas de las fábricas, verdaderos magnates del dinero, y corren al jardín, a remover la tierra, a plantar un árbol, a cultivar una flor.

No hay mayor consuelo para el alma que el trabajo de los brazos.

Para las mujeres, hoy es una coquetería trabajar. Ellas saben que les sienta bien, que con ello garantizan su salud, son dueñas del presente y reinas del porvenir.

No hay tormento moral que no pueda vencerse con el trabajo. Yo casi compadezco a los ricos que tienen que inventar mil cosas inútiles para matar las horas; en cambio, creo que se debe felicitar a las familias de situación modesta donde todos trabajan, producen y aportan. Los más grandes trabajadores del mundo han sido los hombres castigados por el dolor..., y las mujeres también.

Por eso estimo que el dolor es un amigo que es preciso saludar con mucho cariño, y estar seguros de que sin él la humanidad hubiera sido una pobre cosa, y los hombres unos seres inútiles y tontos. Al dolor se le deben los más grandes progresos y las mayores bellezas porque él es el que echa en brazos del trabajo a todos los que sufrimos.

Deberíamos besar en el polvo del camino la sangre que el dolor nos hizo derramar.

DIALOGOS EN LA PELUQUERIA



—*Tengo que transmitirle una sugestión que se parece a una orden.*

—Hable, don Mandinga.

—*Resulta que el Director quiere que hagamos una especie de panorama político del país. Puesto que estamos en vísperas electorales, conviene apurarnos a inventariar las fuerzas, y si se anima, don Giácomo, hasta podríamos calcular las probabilidades al final.*

—En dos palabras: quiénes van a votar y cómo van a votar, ¿no es eso?

—*Ni que l'hubiera oído...*



●●●

—¿Por dónde empezamos?

—*Por la actualidad, compañero.*

—La actualidad es Santa Fe, don Mandinga. Usted sabe que los comicios han sido convocados para el próximo 4 de marzo en todo el país. Quiere decir que cuarenta días antes de la elección se rompen los cables del partido oficial que parecía dominar la situación, a pesar desde luego de alguna que otra disidencia aislada y... a empezar otra vez la cuenta.

●●●

—*La cuenta de nunca acabar, don Giácomo.*

—Así es la política... Pero déjeme hablar. Lo primero que se echa de ver es la desproporción entre lo que soñaban hacer y lo que han hecho los demócratas progresistas llegando al gobierno. Se trata de un partido denso de ideas en el que militan algunos hombres de sobresaliente prestigio cívico que más de una vez han expresado su aversión por los mezquinos manejos del caudillismo electoral y los torpes encontrones de la política criolla. ¡Dígame usted ahora si no es como para creer en un desquite de esas fuerzas obscuras que rigen la dirección de los acontecimientos, a pesar de los hombres!... Ha bastado el deseo de hacer un gobierno de administración exclusivamente, para que las cosas salieran al revés. El decreto del 31 de diciembre, subscripto por el gobernador, viene a ser en este sentido una especie de lápida para los viejos ensueños perseguidos con tanto tesón y tanta... literatura.



●●●

"El gobernador Molinas — sigue diciéndome don Giácomo — sabía que al intervenir la municipalidad de Rosario desencadenaba una tormenta. Y así fué. En defensa de la autonomía lesionada se irguieron con Horacio Thedy los concejales Ferrero, Arijón y Cura, y entonces la junta del partido, que es una junta provisional, resolvió castigarlos con la separación, no sé si pensando que el que pega primero pega dos veces, o porque le pareció que lo más indicado era averiguar por este camino si "son todos los que están y están todos los que son".

—*¿Lo damos por averiguado?*

—Yo creo que sí. Todos o casi todos los que son — porque se lo dicen ellos mismos — fieles guardadores de la más severa tradición partidaria, desde la época de la famosa Liga del Sur, acaban de hacer rancho aparte. El vicegobernador de las Carreras y los diputados nacionales Antelo, Iturraspe y Colombres, son, sin contar los legisladores provinciales, las figuras visibles de este gran movimiento de opinión contra el gobierno de la provincia y contra el de la junta Demócrata Progresista que preside el senador Correa, y que se ha solidarizado con lo que aquéllos llaman un "mandoble fascista".

●●●

—*De modo que al gobierno santafecino se le van los partidarios y al partido los afiliados.*

—Se le van cuando más los necesita. Y se le van para promover la reaparición de la Alianza Civil. No se crea por ello que a los disidentes les interesa girar sobre el prestigio coalicionista de esta extinguida alianza de tres años atrás. Se trata simplemente de la denominación más a mano, para actuar independientemente en los comicios de marzo, en los cuales habrá que elegir nueve diputados por la mayoría y tres por la minoría. Y como si esto fuera poco, viene en seguida la renovación de la Legislatura, no menos importante, puesto que es ésta la que deberá designar en los comicios del año entrante un senador nacional por Santa Fe. Como usted ve, don Mandinga, toda una "maratón electoral"...



●●●

—*Y los adversarios ¿cómo pintan?*

—El adversario, dirá usted. Porque el partido oficial tenía un solo adversario desde el 6 de septiembre hasta ayer, que era el radicalismo impersonalista. Afortunadamente, para los demócratas también están divididos en "caballeristas" y "cepedistas". Aquellos que encabezan la lista de sus candidatos a diputados nacionales con el nombre del ex vicegobernador Francisco Elizalde, parecen estar en minoría, y no sería extraño que alguna "media palabra" saliera de la Casa Rosada para procurar una avenencia que aseguraría en estos momentos prósperos resultados. No deje de recordar, don Mandinga, que en el orden nacional hay más de uno que le prenderá una vela a la Virgen, en acción de gracias, por el quebrantamiento de los demócratas progresistas.

●●●



—*Lo cierto es que no es el único, don Giácomo.*

—¿A San Juan se refiere?

—*Dió en el clavo.*

—¡Menudo clavo!... Soy de opinión que el único hombre que podía toserle fuerte al gobernador es el que ha tosido. No entro a juzgar si tiene o no tiene razón, si irá o no irá lejos. Los que conocen a fondo el feudo bloquista aseguran que el ingeniero es hombre de extendida jerarquía moral y de recio temple en la buena como en la mala fortuna. ¡El único que podía herirlo en su talón de Aquiles!, como me dijo un periodista que tiene a veces el talento de volcarse en imágenes que parecen discursos. Y, sin embargo...

...é ben trovato

Ahora se sabe que con las influencias que han movido los dirigentes de un partido mayoritario para obtener pequeñas ventajas en el gobierno, del cual se proclaman desafectos, se podría componer una guía alfabética y varios volúmenes de sabrosas historias políticas.

● ●

Cosa poco menos que resuelta, según la versión que ha circulado insistentemente estos días en los centros universitarios, parece ser la separación de dos profesores titulares de Buenos Aires y La Plata, en mérito a sus notorias actividades políticas dentro de la universidad.

● ●

No deja de ser sugestivo que en un mismo día se hayan entablado tres demandas por desalojo contra otros tantos comités políticos, entre los cuales uno ya debía siete meses de alquiler sin... esperanza de obtener los resursos necesarios para ponerse al día.

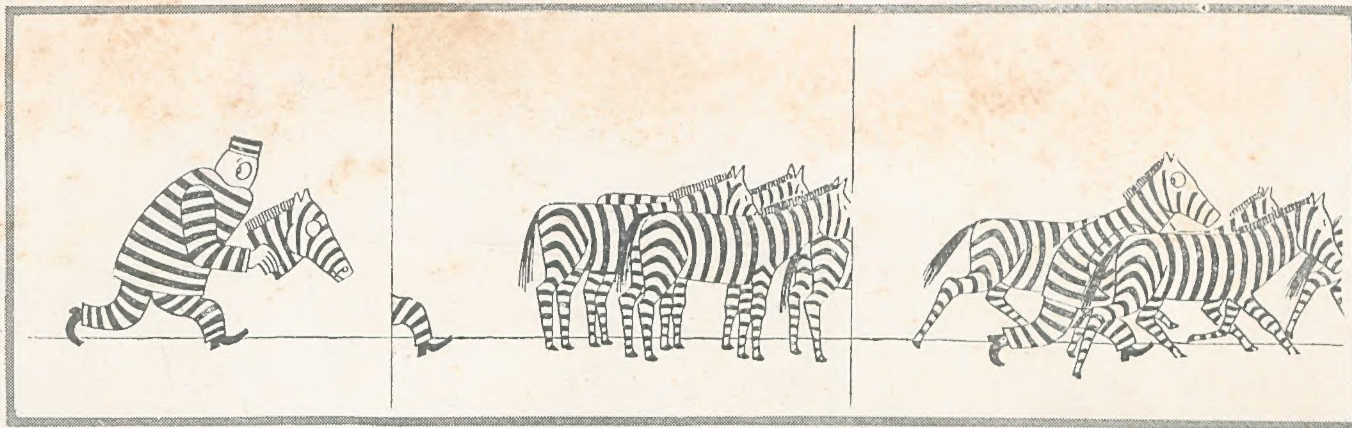
Por

El viejo Mandinga

EPIGRAMA

La lengua inglesa intentó
aprender don Juan de Lara,
y al que antes se la enseñara
dos mil pesos ofreció.
Agarró un inglés la presa,
y dijo a Lara el muy soca:
— Ahí tenéis.
Y abrió la boca,
y enseñó su lengua inglesa.

J. M. Villergas.



La fuga del presidiario.
(De "Judge", Nueva York)

SALPICON

LA VID

Un jardinero plantó delante de su casa una cepa de vid, que con el tiempo cubrió la fachada entera con sus ramas de abundante follaje y cargadas de racimos deliciosos.

Un vecino envidioso de la magnífica parra del jardinero, le cortó una noche las ramas más vigorosas.

Al día siguiente el jardinero se afligió sobremanera al ver su parra tan torpemente mutilada. En esa época se ignoraba todavía cuán útil es la poda de la vid para que produzca con abundancia.

— Siento ganas de llorar — decíase el pobre hombre, — como se diría que llora la vid misma sufriendo por la pérdida de sus ramas mejores.

Pero, ¡oh, prodigio!, ese año la parra dió fruto extraordinariamente abundante en racimos más bellos que los que hasta entonces había producido.

El mal que nos hace un enemigo, a menudo se transforma en bien.

SCHMID.



La esposa. — Yo no sé por qué siempre quieres venir a este lado de la playa. ¿Acaso no es igual para ti ir al otro lado y resolver tus palabras cruzadas conmigo?

(De "The Humorist", Londres)

APUESTA JUDIA

Se encontraron en una calle de Holanda, Salomón e Isaac, dos judíos muy amigos de jugarse el dinero en cualquier ocasión que se les presentase. Salomón llevaba los bigotes llenos de lentejas y, al verlo, Isaac le dijo:

— Cuarenta florines te apuesto a que averiguo lo que has comido hoy.

— Mejor que cuarenta florines, que sean ochenta — repuso Salomón.

— Van los ochenta florines. Tú has comido hoy lentejas.

A lo que Salomón contestó tranquilamente:

— Pues vengan los ochenta florines, que las lentejas las he comido anteayer.



— Ahora comienzo a pensar seriamente en el matrimonio.
— ¿Va usted a casarse?
— No; me he casado hace ocho días.

(De "Ahora", Madrid)



— No sirves para nada. ¿Qué has hecho en todo el año pasado?
— ¿Olvidas, papá, que he lanzado la moda de este nuevo lazo de corbata?

(De "L'Amusant", París)

GREGUERIAS

¡Oh, si hubiera una hora más en el día, una hora excepcional, y de plus, la hora veinticinco!... Sólo necesitaríamos esa hora más. En ella lo acabaríamos todo.

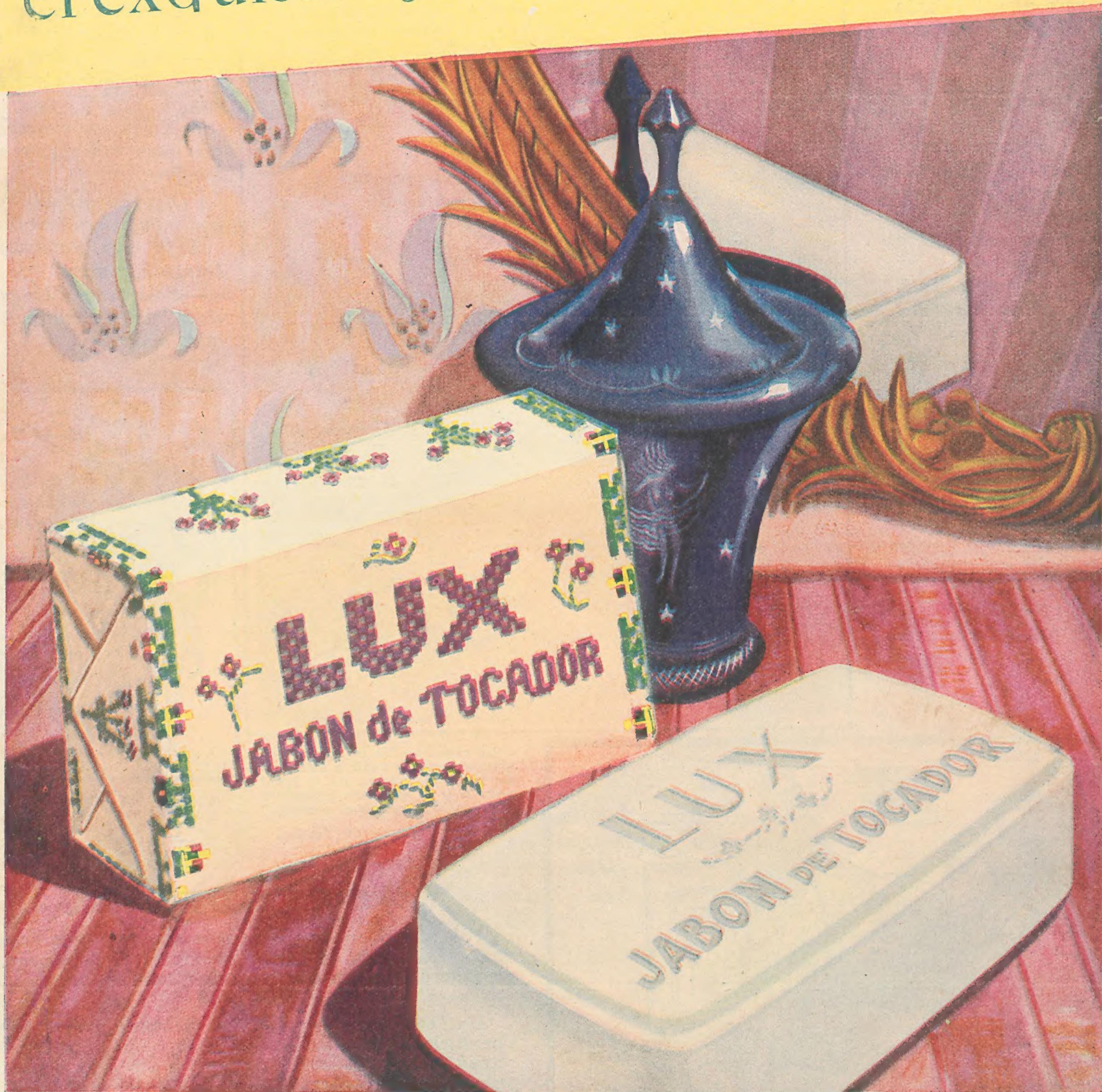
● ●

Un "consommé" de hotel es un agua que se toma por superstición, como las beatas el agua bendita... Es, tal vez, agua bendita caliente...

● ●

Todos los que van con un guardia parecen detenidos. Es el castigo de los agentes por ser agentes. No pueden tener amigos.

Ramón Gómez de la Serna



Impreso en los talleres gráficos de la Empresa Editorial Haynes Lda., S. A.